

JOHN AND CAROLE E.
BARROWMAN



TORCHWOOD

EXODUS
CODE

THE WORLD
IS ENDING.
THE MADNESS
IS SPREADING.

BBC

BOOKS

Traductores:

- Scnyc
- Nerea266
- Luna_gris
- Disorder80
- Patricia Porta
- Laura Ramirez
- Ada Mirasol
- Xisco Lozdob
- Lucie de La Tour
- Cele F.
- Lúar
- Sarah jane
- Alba Lage
- Mim

Organizado por scnyc.

Ayudantes de traducción y demás cosas: msg_amgeek, Weber

Agradecimientos a webs y foros que han ayudado a difundir estas traducciones y menciones especiales:

- [Doctor Who Foro](#)
- [El Destornillador Sonico](#)
- [Papel Psiquico](#)
- [Asociacion Planeta Gallifrey](#)
- [Con T de Tardis](#)
- [Doctor Who Wiki en Espanol](#)
- [Doctor Who Spain](#)
- [Gmail, Facebook y Twitter](#)

TODOS LOS DERECHOS LOS TIENE LA BBC, John y
Carole E Barrowman Y BBC BOOKS

AUDIOWHO Y NINGUNO DE SUS COLABORADORES
NO BUSCA INFRINGIR COPYRIGHTS SINO HACER
LLEGAR A FANS ESPANOLES EL UNIVERSO EXPANDIDO
DE DOCTOR WHO Y ESPERAMOS CON ILUSIÓN
QUE ALGUN DIA SE EDITEN ESTAS OBRAS EN ESPANOL
DESDE AQUI ANIMAMOS A COMPRAR NOVELAS, CÓ-
MICS Y DEMAS DEL GRAN UNIVERSO EXPANDIDO DE
DOCTOR WHO.

PROHIBIDO LA VENTA O LA COPIA DE ESTA
TRADUCCION.

HECHO POR FANS Y PARA FANS.

ESTAS Y OTRAS NOVELAS Y COMICS LAS PODRAS
ENCONTRAR.



AUDIO WHO

**VERSIÓN INCOMPLETA, SALDRÁ LA COMPLETA MÁS ADELANTE.
RECOMENDAMOS SEGUIRNOS EN LAS REDESSOCIALES.**

Para todos los bosques en el mundo y más allá

Parte Uno

1

Costa sur de Perú, 1930

Un Hawker Hornet se ladeó por encima del Pacífico, hizo un giro muy cerrado en redondo y se lanzó en picado tierra adentro por encima de los rojos acantilados de la línea costera del sur de Perú.

— Se va a poner feo, amigo mío— dijo el piloto.

Su pasajero aseguró sus gafas sobre sus ojos y ajustó los tirantes del arnés que

llevaba sobre los hombros. Una densa neblina matinal envolvía la cumbre de la Madre Montaña, reduciendo considerablemente la visibilidad del piloto y dejando la cabina abierta helada. El viento golpeaba la cara del pasajero y su cuello. Estremeciéndose, se acurrucó en su asiento y se subió el cuello del abrigo, pero no era suficiente para mantenerlo en calor u olvidar la ansiedad que había estado carcomiéndole por dentro desde que despegaron hace unos minutos de la pista de aterrizaje de Castenado. La sensación era más una inquietud que un temor, un afilado dolor punzante en el estómago del Capitán Jack Harkness.

La estructura de madera del Hornet daba sacudidas en las corrientes de aire del sur del Pacífico. El estómago de Jack dio un vuelco. Una caída repentina le elevó de su asiento, golpeándose la cabeza contra la cruz de las alas.

— ¿Qué es lo que me quieres enseñar que tanto vale la pena?— gritó Jack por encima del sonido de los motores.

— Te prometí que te sorprendería, ¿no?

Jack sonrió al atractivo piloto.

— Renso, ya lo has hecho.

Renso guió el Hornet hacia los afilados acantilados que a Jack le parecían la boca abierta de un monstruo. Había visto demasiados en su época. Jack suspiró, encorvándose en el desvencijado asiento.

— ¿Preparado?— preguntó Renso.

— ¿Importa mucho si no lo estoy?

Renso rió, haciendo volar el Hornet directo hacia una nube de neblina. Casi inmediatamente, el pequeño biplano estaba envuelto en una húmeda capa gris. Jack se estremeció de nuevo y la sensación que antes no pudo definir se desató de su estómago, subió hasta su pecho, llegó hasta su garganta y se quedó tras sus ojos, haciéndole daño. Jack agachó la cabeza y gimió.

La comida le había sentado mal, pensó. Tenía que ser así.

— ¿Estás bien, amigo?

El sudor frío recorría la frente de Jack y una sensación de quemazón le agatorraba los músculos de la base del cuello. Los ojos le picaban.

— Bien. Estoy bien— pero Jack no estaba nada bien. De hecho, no se había sentido nada parecido a bien desde que llegó a la costa de América del Sur por petición de Renso hace dos días.

Segundos después, el avión salió disparado por el otro lado de la niebla hasta un sorprendente cielo azul. La escena despejó a Jack y se quedó mirando la cuenca de la montaña.

— ¿Qué demonios es eso?

— ¿Quieres decir que no lo sabes?— dijo Renso— . Pensé que si alguien lo sabría, serías tú.

2

Jack observó asombrado los tres enormes anillos de roca ígnea latiendo desde dentro de los intestinos de la montaña. Sabía que había habido una erupción en Enero y, al principio, creyó que los anillos eran magma ardiente. Pero cuanto más se acercaba el Hornet, más claramente podía ver que cada anillo giraba y se movía dentro y fuera del resto. Podía oír su ritmo sincronizado en su cabeza. Sonaba como si la montaña tuviese un corazón latente. El efecto era hipnótico.

— ¿Puedes acercarme hasta ahí?— preguntó, forzando la retirada de atención de los anillos.

— No hay donde aterrizar— dijo Renso— . Sería una larga caminata hasta subir ahí desde el cañón más cercano. Pero puedo acercarme más.

Renso tiró de la palanca, las hélices chirriaron, los motores tosieron y el Hornet se tambaleó violentamente. Por un momento, Jack pensó que el avión había muerto, pero entonces Renso corrigió su maniobra, lanzando el Hornet en una subida vertical.

— ¿Qué estás haciendo?

— Confía en mí, Jack. Esto te acercará más.

— No ahora, Renso. No creo que pueda soportar uno más de tus trucos.

— Pero si te encantan— Renso sonrió— . ¡Agárrate!

Con toda la habilidad del mejor piloto de combate de la Primera Guerra Mundial que Renso había sido y el piloto de avioneta fumigadora que era ahora, giró el Hornet y lo dejó en caída libre. El avión giraba en espiral peligrosamente hacia la cara de la meseta y la roca giratoria.

— ¡Deja de lucirte! ¡Vuelve a subir, ahora!

— No seas tan miedoso, Jack— rió Renso tirando de la palanca. El Hornet se elevó centímetros antes de que sus alas rozasen la meseta.

— ¿Mejor?

— No mucho— susurró Jack con la respiración entrecortada. Cada exhalación contraía su pecho. Era el aire, se dio cuenta; era incluso más escaso a esta altitud de lo que había calculado. Soltando sus gafas alrededor de su cuello, Jack se frotó los ojos con la manga de su abrigo. Sacó un cuaderno de su bolsillo interior y comenzó a dibujar los anillos. Mientras lo hacía, con cada trazo de su lápiz sonaba una nota en su cabeza, como las notas distantes de una melodía recordada a medias. Jack frunció el ceño, el dibujo bailaba ante sus ojos. Cuanto más cerca miraba, más rápido parecían girar los anillos entre unos y otros. Con cuidado, Jack tocó el papel con la punta de su lápiz, sintiendo que se contorsionaba como la goma, enviando los anillos bailando desde la página hacia el aire antes volver a su sitio. La visión de Jack se aclaró mientras miraba el patrón.

— Parecen jeroglíficos— dijo Jack, garabateando intencionadamente— . Me resulta familiar. Mi egipcio antiguo está un poco oxidado actualmente.

Renso levantó una ceja. Como un montón de cosas que Jack decía, no sabía si era una mentira desproporcionada, o una verdad aún más desproporcionada. Miró hacia el patrón ardiente en el paisaje bajo ellos.

— ¿Egipcio? Dada la tierra que sobrevolamos, más bien sería inca.

— Sí— coincidió Jack— . Podría serlo— mientras hablaba, su mano seguía dibujando, cada movimiento del lápiz haciendo sonar más de esa melodía en su cabeza. A pesar del insistente viento y el tambaleo del avión, Jack continuó con su dibujo.

Renso miró hacia atrás. Las páginas del cuaderno de Jack se estaban llenando de palabras, figuras geométricas, dibujos de lo que Renso le parecían series de líneas extrañas, círculos y líneas de notas musicales. Parecía como si alguien estuviese controlando sus manos; se movían con furia por las páginas. Renso conocía a Jack lo suficientemente bien como para no cuestionar sus capacidades, pero aún así, había algo que no estaba bien en su conducta.

Cuando Renso miró hacia las fauces, lo único que podía ver era una extraña formación de rocas ardientes. Nada de movimiento. Ningún pulso y, por supuesto, ninguna de las formas que Jack estaba dibujando. Manteniendo el Hornet tan cerca de la cuenca como podía, preguntó:

— Jack, ¿estás seguro de lo que estás viendo?

— Si lo que estás preguntando es que si sé lo qué es y lo que significa, entonces no — dijo Jack— . Aún no. He visto todo tipo de cosas, todo tipo de formas de vida. Pero no creo que haya conocido a nadie que pudiese tallar algo como esto en el interior de una montaña.

Mientras hablaba, Jack se dio cuenta de que eso era exactamente lo que estaba viendo.

— Aunque sí sé una cosa— lo que quiera que sea y signifique, ha estado en esta montaña mucho tiempo.

— ¿Cómo sabes eso?— la voz de Renso le sonaba rara a Jack, distante y confundida. Jack tragó, con el sabor de la vainilla y la canela bajando por la garganta.

Renso levantó el avión por encima de la cuenca, tratando de darle a Jack tantos ángulos como le fuese posible.

— Los conquistadores españoles destruyeron la mayoría de los templos y sitios sagrados que fueron parte del paisaje cuando llegaron a las Américas. Destrozaron la superficie de estas montañas en busca de oro y plata hace siglos. ¿Ves esa línea oscura que recorre todo el centro de la meseta?— Jack dio un empujoncito al hombro de Renso y señaló hacia delante. Renso asintió, levantando aún más el Hornet, la línea que Jack señalaba se estrechaba claramente por delante de ellos— . Es una veta de filón y no es algo que normalmente veas en la superficie de una montaña. Lo encuentras bajo la superficie.

— Así que estos anillos han estado escondidos hasta ahora— dijo Renso— . Eso era lo que pensé.

— Necesito llegar hasta la cuenca, verlo más de— — la garganta de Jack se tensó. Se atragantó con “cerca”.

— ¿Jack? ¿Estás seguro de que estás bien?— preguntó Renso, virando el Hornet para aproximarse a la cuenca desde otro ángulo.

— Estoy bien— graznó Jack, ignorando la solitaria voz en su cabeza, la suya seguramente, que seguía diciendo; “No, no lo estás, Jack. Algo muy malo te está pasando”.

Jack sacudió su cabeza para aclarar la voz solitaria que en un momento se convirtió en dos y después tres y antes de que Jack pudiese acallarlas, un coro de voces como la suya se estaban burlando de lo mal que se estaba sintiendo, lo terrible que era volar, lo fuerte que estaba latiendo su corazón, lo exhausto que se sentía, y como las cosas sólo iban a ir a peor.

— Peor, Jack, mucho, mucho peor.

Renso parecía ajeno a la creciente angustia y pánico de su pasajero. Jack se forzó a concentrarse en lo que el piloto estaba diciendo.

— Lo que te estoy diciendo es que si esos anillos hubiesen sido visibles por un rato, me habría dado cuenta antes porque he estado volando por esta ruta desde al menos un mes desde el invierno.

El dolor punzante tras los ojos de Jack estaba empeorando según las voces crecían, y entonces se detuvieron, al menos hasta que Renso giró el avión y pasó por encima de la cuenca y los anillos del sur. Cuando el Hornet subió por la montaña de nuevo, Jack juraba que estaba escuchando música en lo más profundo de su cabeza. Una débil melodía de violín. Jack se echó en su asiento y se frotó los ojos. La música era algún tipo de lamento. Era familiar, estaba seguro, pero no podía decir dónde lo había escuchado antes. Y entonces, los profundos acordes de las cuerdas cayeron tras una voz, la de una mujer, melódica y rica, que cortaba las cuerdas, armonizándose con la música. Un sensual canturreo cautivador.

Cuando Jack miró a Renso, el hombre estaba concentrado en silencio en los controles del Hornet. La música y la voz de la mujer ascendían juntos en la cabeza de Jack, hermoso y emocionante. La imagen de la madre de Jack bailaba enfrente de él. Cerrando los ojos fuertemente en contra de su recuerdo, pudo sentir su dolor y su sufrimiento en cada uno de los huesos de su cuerpo. Cuando el Hornet ascendió a través de la meseta de nuevo, Jack se sintió rodeado de angustia por todo lo que había hecho. Desesperado, cerró su mano alrededor de su garganta. Estaba dando bocanadas otra vez. Entonces la música en su cabeza fue subiendo de tono, su belleza aparecía en forma de lazos azules justo por encima de la cabeza de Renso.

Con toda su energía, Jack forzó la música y las voces de su conciencia. El sudor bajó por su espalda. Puso su mano en el hombro de Renso, apretándolo, sintiendo algo de alivio con el contacto y el calor del cuerpo de su amigo.

— ¿Una vuelta más, Jack?— Renso esperaba que dijese que no. Su amigo no parecía estar muy bien ahí atrás.

— Ya está bien, Renso. Creo que ya he visto suficiente por ahora.

Renso llevó el Hornet hacia arriba otra vez, con el viento silbando por la cabina abierta. Con sus prismáticos, Jack escaneó el horizonte y pensó que podía ver más glifos, dibujos del tamaño de campos de fútbol que sobresalían en las polvorientas mesetas. Uno parecía un pájaro, otro un mono, un candelabro... Renso giró y el avión volvió a pasar por la cuenca y los anillos desde el noreste.

Jack se inclinó sobre un lado del avión, mirando a un claro en la meseta, un oasis en la montaña, una aldea rodeada por árboles hurarango, con sus raíces como venas sobresaliendo en la superficie del suelo.

Jack observó mientras cada uno de los árboles arrancaban sus raíces del suelo y comenzaban a arrastrarse hacia la montaña.

3

El Hornet se zambulló, haciendo saltar a Jack en su asiento. Cuando el avión volvió a quedarse en horizontal, Jack miró a la meseta de la montaña. El oasis que había bajo él era atractivo y edénico, con los árboles estáticos.

Eso era extraño.

— Renso, ¿cuándo descubriste que esto estaba aquí?

— Tuvo que ser justo después de la erupción en Enero. Justo antes de comenzar la cuaresma— contestó Renso— . De vez en cuando hago un, um, favor, trabajo de transporte, para la gente de la zona— sonrió a Jack— . Me mantiene lejos de los problemas. Creo que me habría dado cuenta si estos anillos estuviesen dentro de la

montaña antes de eso.

Jack se obligó a concentrarse en las palabras de Renso — las voces y la música iban desapareciendo, pero el dolor en la cabeza, la opresión en el pecho, estaban yendo a peor.

— La erupción volcánica debe haber roto la parte superior de la montaña. He visto esto suceder antes.

Recostándose en su asiento, Jack cerró los ojos con la esperanza de alejar el dolor mientras Renso forzaba al Hornet a ir hacia arriba, tambaleándose al final. La belleza de los Andes, el extremo sur del Gran Tablazo de Icas, se extendía bajo ellos como un lienzo, las exuberantes llanuras verdes, los picos rociados con la nieve, los cañones como cintas sinuosas entre ellos, la meseta salpicada de artemisas y las pirámides de arena que recorrían la línea costera.

El paisaje le recordó Jack a Boeshane, con sus pirámides gigantes de roca y las dunas de arena emergiendo del suelo como obeliscos dorados.

— ¿Sientes eso?— preguntó Jack.

— ¿El qué?

— ¿El aire? De repente parece pesado. Opresivo. No debería ser tan denso a esta altura... y sabe a...

— ¿Sabe?— Renso movió el dedo. Ahora estaba muy preocupado, pero contestó muy animado— . No más tequila para ti esta noche, amigo.

El corazón de Jack estaba acelerado, un sabor ácido le llenaba la boca. ¿Y ese olor? Era como aceite de vitriolo y... miedo.

El suyo.

— ¿Te das cuenta de que esto no es algo que vamos a ser capaces de mantener en secreto por mucho tiempo?— dijo Renso, volando lo suficientemente bajo para poder ver más de cerca— . Pronto dejaré de ser el único que posee un avión en esta parte del mundo.

— Lo sé— respondió Jack, frotándose las sienes. Ahora se sentía muy mareado. Esto era mucho peor que un burrito en mal estado.

— Entonces, ¿qué vas a hacer?— preguntó Renso.

La cabeza de Jack pesaba una tonelada sobre su cuello, sus ojos no dejaban de llorar y cada nervio de su piel estaba ardiendo. ¿Estaba soñando? Incluso su cabello parecía estar dolorido.

— Investigaré... un... un poco, Renso. Volveré cuando sepa más.

— No sé, amigo— dijo Renso, mirando a Jack, manteniendo su mirada por un momento— . Tal vez este no sea un lugar al que debas volver.

— ¿Por qué no?

— Porque estás hecho mierda.

Jack se obligó a sonreír.

— Ah, gracias. Es la altitud o algo que he comido.

— Ja, muy gracioso, amigo. ¿Desde cuándo te ha molestado volar? Vamos a volver a Castenado.

— Vale, pero entonces necesito mirar más de cerca, Renso. Necesito ir a esa montaña. Tengo que examinar esos anillos.

— No mientras yo esté aquí, Jack.

— ¿Por qué no?

— Porque, amigo, te están sangrando los ojos.

— ¿Qué?— Jack se frotó los ojos con el reverso de su mano, sus lágrimas eran rosas en su pálida piel. Antes había tenido tiempo de procesar lo que le estaba pasando, la adrenalina se había disparado por su columna, recorrió todas sus extremidades e hizo

explosión en su cerebro. La espalda de Jack se arqueó, sus piernas se tensaron y todo su cuerpo se convulsionaba, golpeándose contra el pequeño biplano. No podía controlar sus extremidades, pero era consciente de cada violento movimiento. Era como si alguien le hubiese conectado el cerebro a la corriente eléctrica, haciendo que su cuerpo bailase.

— ¿Qué diablos?— gritó Renso.

Horrorizado, Jack observó como las palabras de Renso salían en ondas amarillas y verdes, pero el único sonido que Jack pudo escuchar era el chillido de una mujer. Y su voz sabía a jengibre.

Y entonces, como si un interruptor se encendiese dentro del cerebro de Jack, cada sonido alrededor él se volvió dolorosamente amplificado — el aullido del viento, el rugido de las hélices, hasta el roce del abrigo contra su cuello. Y ese olor. ¿Qué era ese olor? Era como barro de zanja y cuerpos en descomposición, montañas de ellos, que lo asfixiaban. Jack tenía arcadas. Se mordió la lengua. Su sangre sabía como... como la muerte.

¿Qué demonios le estaba pasando?

Jack movió su mano hasta su cara, olvidando que aún sujetaba el cuaderno. Voló de entre sus dedos. Instintivamente, Renso alargó la mano para alcanzarlo.

— Tío, ¿qué demonios ha sido eso?— exclamó Renso, dando un tirón a su mano. El cuaderno voló y se alejó. Renso gritó, y el sonido fue como si un cuchillo se clavase en la pierna de Jack. Presionó su mano contra su muslo, pero no había herida. Lentamente se colocó en su asiento, las convulsiones por fin cesaban.

Jack observó con horror la mano derecha de Renso. Sus dedos tenían el aspecto de haber sido machacados con un martillo uno por uno.

— Oh, Jesús, ¿qué está pasando? ¡Haz algo, Jack!

Al principio Jack estaba demasiado aturdido para moverse. La mano de Renso parecía tener vida propia, hueso y cartílago empujando a través de la piel triturada de Renso.

Renso aulló. Jack soltó su arnés y al mismo tiempo la muñeca de Renso se partió bruscamente por la mitad, con la sangre arterial pulverizando la cabina. Jack se revolvió en su asiento. El Hornet se desplomó en dirección a la montaña.

— ¡Madre mía!— gimió Renso, su cara estaba falta de color, golpeándose la cabeza contra los controles del Hornet mientras luchaba por mantener el avión en el aire con su otra mano.

— Quédate conmigo, Renso— exclamó Jack— . Quédate conmigo.

Jack desató su bufanda de su cuello, pero cuando trató de estabilizarse dentro del pequeño espacio el Hornet se ladeó y fue lanzado de nuevo contra su asiento.

Renso estaba sangrando. No cabía duda. Jack estaba observando como su amigo sangraba hasta morir. Se subió sobre su asiento, se inclinó por el ala y pasó su brazo por la estructura. Se estiró hacia delante lo más que pudo dentro del avión que caía, tratando desesperadamente de atar la bufanda alrededor del irregular y sangriento muñón que hacía unos momentos había sido la mano de Renso. El grito en su cabeza estaba subiendo el volumen y el sabor en su boca se volvía más asqueroso.

El Hornet se inclinó ante el peso de Jack, sus torpes movimientos empujaban a Renso contra la pequeña cabina. La cabeza de Renso golpeó el acelerador hacia delante al caer inconsciente. El Hornet cayó en espiral, una vez más zambulléndose en dirección a las montañas.

El Hornet lanzó a Jack en el aire como una muñeca. Moviéndose frenéticamente, Jack se agarró a la primera cosa que pudo, sus dedos estirándose, rozando y después agarrando el borde de las ruedas, con las piernas colgando bajo él. El avión se dirigía hacia el suelo, el viento golpeaba la carne de Jack mientras colgaba con los dedos del

lateral del Hornet.

Jack pasó su brazo por encima de la base y balanceó sus piernas, saltando para alcanzar la cabina. El Hornet giró, tratando de quitárselo de encima. El cuerpo de Jack se golpeó fuertemente contra el lateral del avión, apartando el viento de él. Jack jadeó y perdió el agarre.

Los violines, las voces estridentes, los trágicos lamentos de desesperanza se callaron dentro de la cabeza de Jack.

Con su abrigo ondeando tras él como enormes alas, Jack cayó hacia la cara de la Madre Montaña, con el avión cayendo en espiral a su lado.

— Esto— pensó Jack antes de perder la consciencia— , va a doler mucho.

Isela

4

Costa sudeste de Perú, Hacienda del Castenado, en el presente.

Isela se estaba preparando para disparar a alguien. Desde su posición en el lado norte de la capilla de la Hacienda del Castenado, la niña de 14 años tenía una vista clara del Pacífico a su izquierda, las mesetas desiertas de los Andes a su derecha, y el estrecho cañón que atarvesaba la Madre Montaña enfrente de ella. Tenía calor y estaba aburrida y cansada de ser siempre la francotiradora en la torre.

En la década de 1640, un virrey español levantó la Hacienda del Castenado para cercar (y asfixiar) el antiguo poblado inca de los ancestros de Isela, los Cuari. Las terrazas de la hacienda eran ahora una joya turística excavada en la cara oeste de la montaña. Para consolidar su poder, el virrey español, Alfonso Castenado el Grande (o el Despreciable dependiendo del color de tu piel) había construido la capilla en el foco de la hacienda. Se levantaba sobre las ruinas de un templo nativo que había estado allí durante miles de años hasta que fue destruido por los conquistadores.

Siglos después, Isela, una descendiente directa de Alfonso y su concubina cuari, acechaba ahí, con un rifle automático descansando a su lado.

La madre de Isela, al igual que la mayoría de la población de las aldeas de alrededor, era una seguidora devota del cocktail religioso de rituales católicos y ritos nativos de la región. Ella creía que la posición de la capilla encima del antiguo templo y todos los que vivían entre sus paredes de adobe rosado estaban doblemente bendecidos. Según la opinión de Isela, el lugar estaba continuamente aplastando sus sueños y sin decirle nada a su espíritu, el cual, insistían su madre y su abuela, era la reencarnación de una diosa Cuari.

A pesar de los extraños sueños que había estado teniendo toda su vida, su asombrosa habilidad para ver claramente en la oscuridad, Isela no estaba segura de que se hubiese tragado la explicación, pero los turistas lo hacían y por eso la obligaban a

vestirse y actuar durante el Festival Cuari de la Diosa cada domingo por la tarde a las cuatro en la plaza. No esta semana. Esta semana el festival tendría que encontrar otra deidad. Isela planeaba estar bien lejos el domingo.

Isela espantó una mosca de su cara y escupió mugre sobre el empedrado campanario. Maldijo a su madre por centésima vez esa mañana. Si no fuese por su madre, Isea habría tenido una oportunidad de escapar de esta opresiva existencia antes de hoy. Si no fuese por su madre, Isela habría tenido una oportunidad de usar sus talentos, y tenía muchos más a parte de sus habilidades con el rifle, de formas más legítimas. Si no fuese por su madre, Isela habría matado a su hermanastro, Antonio Castenado, hace años.

En la plaza empedrada enfrente de la capilla, Isela observó como los artesanos locales levantaban sus puestos alrededor del perímetro arqueado a la sombra. Cada mañana, estos hombres y mujeres disponían sus objetos de cerámica para el flujo de turistas que llegaban de Ica y Lima y regiones más al norte. Cada mañana, estos hombres y mujeres preparaban sus productos para la afluencia de turistas que llegaban desde Ica y Lima y las regiones más al norte. Un río de autobuses entraba uno a uno a través del estrecho cañón, hasta que la hacienda y la zona periférica fueron un hervidero de gente.

Isela observó a los hombres y mujeres descubriendo sus carritos llenos de macetas esmaltadas brillantes, cruces de madera con Jesuses marrones grabados en ellas, y los tapices brillantes cosidos con diseños incaicos, probablemente hechos en México, imaginó Isela. Durante unos segundos, Isela mantuvo su mirada sobre un par de hombres y dos mujeres que nunca antes había visto y que estaban luchando para estabilizar sus carros en las piedras adoquinadas.

Isela cogió su rifle. Divisó a un carro con capota llevando de camisetas estampadas con todo, desde el estallido de la imagen del Che Guevara hasta el contorno de la silueta del Zorro. A los turistas les gustaban esas chorradas, pensó.

Mirando a los dos hombres y las mujeres por un par de segundos, supuso que debían haber sustituido a los carros a algún un miembro de la familia, alguien que había caído enfermo, tal vez. Entonces Isela articuló el sonido de un disparo, dejando que su imaginación inventara el caos que podría causar en la plaza si les disparara.

Todo el infierno se desataría. Ella no podía esperar.

A pesar de la temprana hora, los negocios alrededor de la plaza bullían de vida. En cada rincón se encontraba un bar o una cafetería con barriles del famoso pisco aguardiente de la región, sudando en las losas de piedra fuera de cada establecimiento. La mayoría de las mesas con sombrillas ya estaban ocupadas con los turistas ricos que estaban en el hotel spa de lujo de la hacienda, que estaba en el lado opuesto de la plaza colonial.

Desde su ángulo Isela no tenía una visión clara de los pasos de la capilla justo debajo de ella, pero ella sabía que se estaría llenando de mujeres indias envueltas en chales multicolores con canastas en equilibrio sobre sus cabezas. Podría, sin embargo, ver a un grupo de cuatro o cinco chicos comenzar un partido de fútbol en la pista de aterrizaje, un campo de polvo con una caseta prefabricada de hormigón construido a las afueras de los muros de la hacienda. Dos llamas sarnosos mascando artemisa cerca de la meta provisional, retrocesos de los chicos en erupción en las nubes de polvo.

Antes de que ella dejara su arma, Isela vio a dos de los vendedores de comida poniendo los carros humeantes a uno y otro lado de las puertas de madera tallada del hotel. ¿De dónde habían salido?

Su padre no estaría contento con su posición justo en frente de su cara, pero su muy llamativa entrada que hizo Isela sonriera. Tal vez el día prometía de lo que había pensado al principio.

Levantando sus binoculares, Isela escudriñó la carretera del cañón en dirección norte hasta la carretera y más allá de Lima. Paraíso.

Dios, no podía esperar a salir de este lugar. Buscó en el lejano horizonte, señalando la línea clara en el cepillo del desierto convirtiéndose en exuberantes filas verdes de olivos. A su izquierda, el mar crecía en olas de color azul cobalto, un barco pesquero rebotaba en el horizonte.

Entrecerró los ojos contra el sol, y luego con un puño en alto señaló a Antonio. Su hermanastro estaba repantigado en una extremidad blanca y robusta del árbol de huarango, el humo del cigarrillo a través las conexiones de su amplia copa, sus botas con espuelas cortaban su gruesa corteza.

Dentro de los muros de la hacienda, el árbol de huarango dominaba el delantero de la capilla, sus raíces creaban una línea de falla que corría irregularmente debajo de toda la iglesia, algunos pensaban que durante cincuenta kilómetros más allá de los muros de adobe.

La Abuela de Isela solía contar historias sobre cómo el árbol dio vida a la región, sus hojas absorbían la niebla y el rocío del agua dibujando océanos en el acuífero por debajo de ellos, sus vainas de frijol amarillo alimentaban el paisaje y su dosel se refugiaba la diosa que vivía muy por debajo de él decidiendo el destino de la humanidad.

Según la historia, cuando el mundo llegara a su fin el árbol extendería sus extremidades, abriría una grieta en la tierra, y caminaría a la montaña.

Mirando por encima de la pared del campanario, Isela miró a Antonio y al árbol. Cada historia que su abuela y su madre contaban de sus antepasados involucraban al árbol y a la montaña, de alguna manera, lo que era una de las razones por las cuales, le explicó su madre, el Inca adosaba sus viviendas en la roca de la Madre Montaña a fin de no molestar a las raíces profundas de los árboles y aún así estar lo suficientemente cerca de la madre de todas las cosas.

Antonio empujó su sombrero de vaquero de la frente y se estiro sobre la extremidad del árbol. Cuatro años mayor que ella, Antonio había practicado mucho el arte de machismo, su piel oliva, su estructura muscular delgada y el espeso cabello rubio que había heredado de su madre, la cual había practicado el surf en California, simplemente había reforzado sus creencias sobre el mundo y su lugar en él, incluido el idea de que recorrer esta región olvidada de Dios era un derecho que se había ganado, en lugar de el hecho de que él era el mimado hijo bastardo de un mimado hijo bastardo.

Alcanzó a ver a Isela mirándolo desde el campanario. Le disparó con el dedo. Ella le hizo una peineta.

¡Qué huevón! Qué idiota.

Metiendo la mano en el bolsillo de sus pantalones cortos de mezclilla, Isela sacó el diario de su abuelo, yendo rápidamente a las páginas que había dejado la noche anterior. El diario estaba envuelto en un cuadrado de tela, con los bordes doblados cuidadosamente alrededor del pequeño libro. Desarrollando, ella se preparó para sentir la emoción que había tenido cuando había leído sus páginas, por primera vez, como si las sensaciones que su abuelo estaba experimentando cuando escribió este diario permanecieran atrapadas en sus páginas. No le había dicho a nadie que lo había encontrado, así que no podía pedir ayuda a nadie para descifrar sus bocetos y apuntes, sólo uno o dos de los cuales reconoció.

Los dibujos, las ecuaciones y las notas no tenían sentido para ella, pero las cartas metidas en el pequeño bolsillo en la parte de atrás eran algo completamente distinto. Los había mirado sólo una vez, doblándolos de nuevo en su lugar, avergonzada y confundida por su contenido, cartas de amor sin entregar a un hombre.

Los sonidos del mercado se levantaron para Isela en olas de color, retazos de

conversaciones, fragmentos de melodías, gritos de animales, gritos de los niños, un camión petardeando, todo flotando en su línea de visión en cintas de azules y amarillos. Luego un click. Click. Click. Gorjeos en la plaza de abajo.

Sabía a leche agria.

Levantando sus prismáticos de nuevo, se volvió hacia el hotel, que bordeaba el lado opuesto de la plaza. Sus paredes color salmón brillaban al sol de la mañana, sus ventanas blancas cerradas contra el calor invasor. La hacienda podría ya no ser llevada desde España, pero seguía siendo una colonia. Porque la historia tenía un sentido de la ironía, la tierra fue una vez más en las manos de un usurpador, su padre, Asiro Castenado. Era el segundo marido de su madre. La quiebra y la muerte del primero habían significado que el hotel tenía que ser vendido. El padre de Isela se había casado con su madre tan sólo horas antes de que el banco pudiera cerrar un acuerdo con una empresa norteamericana. La madre de Isela había dado la bienvenida a la compra, ya que significaba que nunca tendría que dejar la montaña. Isela no quería correr la misma suerte.

Las puertas de madera del patio tropical de la hacienda lentamente se abrieron, los armados guardias de seguridad del hotel establecieron en sus posiciones para la llegada de la marca influyente de hoy. Los guardias estaban vestidos con lo que su padre creía que eran uniformes auténticos de los conquistadores españoles.

¡Qué huevón!

Cuanto antes se pudiera escapar de este lugar el mejor.

5

Costa Sur de Perú, 1930.

— ¡EL CÓNDOR! ¡EL Cóndor! — Gritó un niño, corriendo por el sendero empinado del cañón y hacia el pueblo, con pie firme a pesar de las piedras sueltas y el polvo que estaba levantando. — Un hombre con enormes alas ha caído de los cielos.

La pequeña villa pueblo se asentaba cerca de la parte superior plana de la Montaña Madre en el Valle Sagrado de los Andes, ubicado frente a los acantilados de la meseta más alta y uno de los lugares sagrados de las llanuras costeras que los conquistadores habían dejado de descubrir cuando sus ejércitos marcharon por todo el Perú. Durante la gran rebelión final del Manco Inca, los Cuari había llevado sus pertenencias y sus secretos a lo más alto de la montaña, a este lugar sagrado donde habían sobrevivido, aislados y protegidos, desde entonces.

Durante siglos, los Cuari tuvieron poco contacto con la civilización más allá del valle. De vez en cuando un esclavo perseguido corriendo, un intrépido misionero, o un curioso investigador universitario se había aventurado con desconocimiento en su aldea. La tendían a dejar con la misma rapidez, no muy seguros de lo que habían visto o hecho o descubierto. El pueblo se convirtió gradualmente en un mito, un peruano Shangri— La, historias fragmentadas que hacían su camino de regreso por el sendero a Cuzco y Pisco y Lima y más allá. Con el tiempo, la curiosidad que quedaba sobre los secretos ocultos de este misterioso lugar se desvaneció en comparación con el sitio muy tangible de las impresionantes ruinas del templo de Machu Picchu y los descubrimientos de las cercanas líneas de Nazca. Con el paso del tiempo, las historias sobre el pueblo y el paradero de la tribu Cuari fueron olvidados.

Ahora nadie hablaba de este lugar sagrado, y los Cuari hicieron todo lo que pudieron para que siguieran siendo así. Cuando llegara el momento, el universo se sabría de su existencia.

La alta sacerdotisa de los Cuari y mujer — medicina de alta se agachó fuera de su choza. Su piel estaba tan salpicada como el lado de la montaña, con el pelo blanco anudado en una trenza delgada, sus capas de faldas que revelaban unas gruesas pantorrillas y los pies descalzos. La mayoría de las mujeres jóvenes de la aldea se habían agachado sobre un gran suelo de fuego, golpeando el maíz en grandes piedras planas y rodando tortillas con sus dedos ágiles. Una o dos de las mujeres que llevaban bebés dormidos envueltos apretadamente sobre sus espaldas. Miraron hacia arriba mientras la chica se deslizaba, sin aliento, parando frente a la Sacerdotisa.

— Es él. — Exclamó el niño, saltando de la emoción. — Yo lo vi. Bajó con la máquina voladora. — La chica señaló a un embudo de humo negro espeso de la Hornet estrellada que se iba hacia cielo.

— ¿Dónde están sus animales? — Le preguntó La Suma Sacerdotisa. Juntos cruzaron el claro de un templo de piedra, un mojón redondo con un techo escalonado llegando a convertirse en una pirámide, construida antes de la Conquista bajo el dosel de dos árboles de huarango. Sus raíces monstruosas corrían por debajo de la superficie de la meseta como garras gigantes que sostenían la montaña bajo su control. Los Cuari creían que lo hacían..

— Pastoreando con Rojas. Ella es capaz. — La voz de la chica se convirtió en un susurro cuando se acercaron al templo de piedra redondo. Odiaba las cabras, y ella no era tan aficionada a Rojas tampoco. Ambos olían mal, por lo que se había alejado a explorar cuando oyó el pájaro mecánico volando arriba. El corazón le latía con fuerza en el pecho. — Tenemos que ir rápidamente. Yo sé dónde cayó. La montaña no se lo ha llevado todavía.

La Sacerdotisa frunció el ceño ante la muchacha.

— ¿Le tocaste?

— ¡No!— Dijo, mirando al suelo, rayando con los dedos de los pies descalzos la tierra, avergonzada de que a la Sacerdotisa se le ocurriría que ella era capaz de tal deshonra. La muchacha sabía que no era digna de mirar a una deidad, y así todo lo que había hecho era recoger las pertenencias que habían caído del cielo y estaban dispersas

por la meseta, evitando la ardiente máquina voladora. El pájaro gigante la asustaba, los ruidos de la madera y el chasquido crepitante de las llamas como un león enojado en la noche.

— — Bien. — respondió la Sacerdotisa, despeinando con un ademán el cabello negro rizado de la muchacha y aceptando las pertenencias que había envuelto en su poncho a rayas. Detrás de la Sacerdotisa, la pesada cortina de cañas que cubren la entrada al túmulo sagrado crujió.

La sacerdotisa se dejó caer de rodillas. La muchacha huyó.

Dos manos envueltas en tiras anchas de gasa roja salieron de detrás de la cortina, con las palmas hacia arriba. La Sacerdotisa enganchó el poncho sobre la gasa, haciendo que la tela no tocara la piel. El poncho desapareció en el interior.

— El tiempo de las profecías está llegando. — dijo la Alta Sacerdotisa en la antigua lengua de sus antepasados. — Voy a prepararme para entrar.

— Estoy listo. — dijo una voz femenina baja, sensual.

La sacerdotisa era la *amauta* de los Cuari, la guardiana de su narrativa histórica, la protectora de los cuentos de sus antepasados, historias contadas y repetidas muchas veces eones antes del Diablo Pizarro, desde el momento en que las estrellas habían caído a la montaña y el mundo nació.

La vieja matriarca había hablado con los comerciantes de los pueblos de las tierras bajas, y con los arqueólogos que ahora estaban cavando en una ruina del templo en el otro lado de la montaña. Ella sabía de ellos que los dioses usaban a los hombres para librar batallas en el mundo más allá de su pueblo. Pero como siempre los Cuari se habían librado de la violencia invasora porque tenían una antigua profecía que cumplir y la montaña para protegerlos.

De vuelta a su choza, la Sacerdotisa se desnudó, dejando que sus faldas cayeran en un paquete junto a la puerta. Se puso de pie en una bañera de hierro y se bañó, frotando su piel hasta que cada ángulo agudo y suave de su flácida piel estuvo limpio. Dejó que el aire cálido y húmedo en la cabaña secara su piel moteada antes de ponerse una túnica gris limpia. En la puerta, deslizó sus pies en las sandalias de cuero y salió. Un pequeño grupo de aldeanos, que se habían reunido frente a su choza cuando se enteraron de que la niña está gritando, retrocedió rápidamente para dejar pasar a la Sacerdotisa.

En la entrada al templo, se detuvo y se arrodilló, asegurándose de que su rodilla no tocara el suelo.

— Que los dioses te protejan, Gaya.

Luego se hizo a un lado la pesada cortina y entró en el templo de la Estrella Guía.

La sacerdotisa dejó caer con cuidado la cortina detrás de ella, consciente de cada crujido y susurro mientras lo hacía. Se mantuvo en una cámara externa pequeña, cuyas paredes estaban cubiertas con telas bordadas de color rojo y negro, esperando hasta que Gaya ajustara su presencia y la convocase a seguir. Cuando lo hizo, la Sacerdotisa levantó el pesado telón drapado en otra la entrada de arco y entró en la cámara principal del templo.

En esta cámara la luz del sol estaba atenuada, sus vigas la filtraban a través de las hendiduras de la piedra y la difusión a través de la tela roja exuberante que vestía las paredes y cubría el techo. El suelo estaba cubierto con pieles de alpaca, suavizadas y teñidas para que coincidieran con el color de las paredes. El color rojo como dulce paprika para Gaya y, en su soledad, cuando ella lo quería, el color le traía alegría y un placer sensual profundo.

Un fuego ardía en un pozo central, su tapa en forma de cuenco llena de agua, con un gran número de agujeros canalizando el humo a través de la abertura en el techo escalonado. Bajo la res, casi cada ladrillo estaba cubierto de jeroglíficos de colores

brillantes, que describían la historia de los Cuari y la historia de la montaña.

Una gruesa estera acolchada con montones de mantas bordadas estaba en la esquina opuesta, mientras que una segunda esterilla de juncos amarillos se había desenrollado al lado del fuego, una sola fila de macetas de barro decoradas estaban en su cabeza. El aire de la cabaña era denso y húmedo, pero fresco y perfumado con eucalipto y bálsamo, los únicos aceites para los que los sentidos de Gaya habían desarrollado una tolerancia.

Gaya se situó al otro lado de la cámara, desnuda, mirando a la Sacerdotisa, una mirada de tal agonía en su rostro que trajo lágrimas a los ojos de la anciana. La piel de Gaya era el color de canela, con los ojos brillantes como piedras pulidas negras, su pelo cayendo sobre sus hombros como suave terciopelo. Era alta y delgada, sus pechos y sus caderas completos y redondos, y cada pocos segundos ella se balanceaba de puntillas, inhalando y exhalando con respiraciones cortas y agudas, la intensidad de la presencia de la Sacerdotisa asaltando los sentidos de Gaya, no importaba lo bien que la anciana se hubiera frotado.

Cuando el dolor se alivió y Gaya había controlado la cacofonía de sonidos en su cabeza, se negó a que la sacerdotisa se adentrará aún más en la cámara, donde se detuvo y metió las manos en una olla que se calentaba en el fuego. Se limpió las manos una vez más, un ritual que la sacerdotisa había estado llevando a cabo todos los días durante más de diecisiete temporadas, ya que Gaya la había elegido como su nodriza en el templo. Después de unos minutos más, Gaya sería capaz de tolerar a la Sacerdotisa de pie casi a su lado.

— Necesitarás subir a la montaña. — Susurró la Sacerdotisa, su voz tranquila llenado la boca de Gaya con el sabor de los limones. — A la luz del sol.

— Lo sé. — Dijo Gaia. Ella nunca se había aventurado fuera a la luz del día, su cuerpo no tenía capacidad para filtrar la luz y los ruidos de la aldea. Algunos días, ella había orado. Y algún día había llegado.

— Estoy preparado. — Susurró. — Yo he estado para siempre.

La sacerdotisa asintió, mirando una prenda cubierto en un tronco de caoba que se asemejaba a una cota de malla en su diseño y su armadura, el tipo de prenda de protección que los conquistadores podrían haber llevado bajo sus armaduras. Con la ayuda de tres tejedores Cuari, Gaya había confeccionado el traje del más suave de los algodones, las capas del exterior de ante negro de pieles de animales, los costura brillando con hilos de plata.

La Sacerdotisa cogió la prenda y ayudó a vestirse a Gaia, deslizándolo con cuidado el vestido por encima de su cabeza, levantando el pelo liso de la joven sobre su espalda, fijando los delicados hilos de plata con la coraza, entrelazando las pieles de cuero flexible a sus pies y piernas. Cuando la Sacerdotisa terminó de vestir a Gaia, ella dio un paso atrás.

— Tú eres tu propia noche. — Dijo la sacerdotisa.
Y lo era. Gaia parecía un puma negro y liso.

Isela

6

Costa del Sur del Perú, Actualmente

JUAN CORTEZ era un hombre de talentos diversos, pero sólo unas pocas pasiones. Por desgracia, había sido víctima de una de sus pasiones por última vez. Cartas, peleas de gallos, apuestas de fútbol, los patrones climáticos, cualquier cosa en la que pudiera apostar el poco dinero ganado con su talento como conductor, que no era mucho. Por eso en los últimos tres meses había estado conduciendo la ruta de Lima a los Hacienda del Castenado cuatro veces al día.

Juan debía dinero a su corredor de apuestas y eso significaba que debía dinero a Asiro Castenado. No tenía otra opción en cuanto a cómo pagar sus deudas. Juan hizo un rápido estudio y había aprendido la rutina necesaria para estas carreras especiales, y hasta ahora no había encontrado ningún tipo de interferencias. Estaba contento con su trabajo, sobre todo porque su esposa estaba esperando su tercer hijo. Y este viaje iba a ser el último. Le habían prometido sus deudas se pagarían, había comprado su libertad.

Juan miró en el espejo, a los pasajeros detrás de él. Este grupo era más pequeño de lo habitual que en el resto de estos viajes privados, especialmente uno con la marca de la jornada encima. Los dos pasajeros más jóvenes estaban durmiendo, sus cuerpos tapándose, un hombre y una mujer en sus veintitantos años, probablemente, estudiantes universitarios, las mochilas en los compartimentos superiores.

Un hombre de mediana edad, muy guapo, que parecía un ex jugador de rugby se sentaba solo en la parte trasera del autobús con los auriculares puestos y su equipaje abierto en su regazo. De todos los pasajeros, se veía menos como un turista en su traje de verano de color canela y camisa azul con el cuello abierto. Pero su actitud era relajada, y Juan estaba seguro de que no sería una amenaza, cuando llegara el momento.

Juan supuso que era un hombre que había estado en este viaje antes porque no prestaba atención a las espectaculares vistas al mar, el microbús se subió a la montaña a la Mesa. Tal vez, pensó Juan, el hombre era un guía de viajes, revisando los arreglos para un futuro grupo.

Lástima que el viaje no iba a acabar como predecían las guías de viajes.

Un hombre y una mujer en sus treinta y pocos años mirando sus guías de lectura a los senderos del Inca que el cuñado de Juan les había vendido en la terminal antes de

coger el autobús. Parecían un partido extraño. El hombre, que parecía como recién salido de la guía turística y que nunca hubiera andado por un camino un día en su vida, estaba vestido de pies a cabeza con el equipo de senderismo de un catálogo de lujo al aire libre, todo coincidiendo y encajando a la perfección. La mujer tenía el pelo largo y oscuro, un rostro pecoso y la piel más blanca y pálida que Juan había visto en su vida. Había estado durmiendo de forma intermitente desde que cogieron el autobús. Tenían diferentes acentos, aunque uno era tan grueso como la del otro. Juan pensó que el hombre podría ser de Louisiana. Había estado en el casino una vez de New Orleans.

el casino una vez en Nueva Orleans. La mujer, que él pensó que podría ser irlandesa o escocesa. No estaba seguro. Los acentos le sonaban igual.

Sentado justo enfrente de la pareja estaba la marca de la mañana, el que estará en el centro de los acontecimientos del día de hoy, un hombre brasileño de mediana edad, en buen estado y en buena forma, el director ejecutivo de una empresa de licores de distribución internacional y un hombre con estrechos vínculos con todo tipo de poder. Viajaba con su tercera esposa, también brasileña, atlética, bronceada y maravillosamente mejorada, Juan sabía que estaba al frente de la empresa del mañana.

Ella captó la mirada de Juan y el la desvió.

El último pasajero de Juan era considerado el que está sentado justo detrás de él, un hombre bien parecido, difícil de saber su edad, con preparación militar, vestido con uniforme de combate del desierto, una insignia de seguridad de las Naciones Unidas cosida en la camisa. Mirando por la ventana, estaba perdido en sus pensamientos. Había hablado con Juan en español cuando se había subido al microbús en el último momento, tirando de las puertas cerradas cuando Juan se estaba alejando, por lo que fue imposible que Juan insistiera en que esperara al siguiente, que era lo que debía hacer.

Un soldado entre toda esa gente, algo que para Juan significaba un factor incómodo en su plan cuidadosamente diseñado. Había muchas cosas tras los ojos grises del soldado, decidió Juan. Tendría que verlo de cerca cuando llegara el momento.

Dos horas al sur de Lima, la furgoneta aparco en la carretera Panamericana e inició, por el camino más estrecho al cañón, la subida a la Hacienda del Castenado. El dramático cambio en el paisaje animó a los pasajeros y a la extraña pareja a dormir. El hombre en la parte posterior cerró su computadora portátil, desconectó su disco duro externo y lo metió en su bolsillo.

Juan sólo había visto una vez la Montaña Madre desde un avión y había pensado que parecía un sombrero bombín del revés, que los dioses habían excavado en la tierra, la carretera de la costa rodeaba el borde estrecho de la montaña. Conducir a la hacienda, excavada en la roca de la ladera, era como conducir en una zanja. No había espacio para el error en ninguno de sus lados, lo que significa que una vez que el minibús llegaba a esta parte del viaje no había vuelta atrás, no podrían subir o bajar hasta que Juan saliera por el otro lado en el paisaje de terrazas del Gran Tablazo de Ica y la hacienda.

Una vez que la furgoneta llegó a la carretera del cañón, la superficie se igualó y se ensanchó un poco para acomodar las filas de olivos adosados y vides de uva en un lado y para proporcionar una distancia segura del mar rompiendo por debajo de ellos en la otra. En esta primera parte de la subida, cada ola del Pacífico rociaba agua sobre la camioneta. Los estudiantes se reían como si estuvieran en alguna atracción de Disneylandia. El soldado había cerrado los ojos, el empresario estaba leyendo y la pareja brasileña estaba discutiendo. Deja que el pobre tonto gane esta partida, pensó Juan, observando a los brasileños en su espejo. Va a ser la última.

Juan movió los engranajes, compensando los cambios en la superficie de la carretera sin pavimentar y ahora la inclinación gradual del minibús subió aún más alto sobre el nivel del mar. Con estos primeros kilómetros de la carretera de la costa, necesitaba toda su concentración. Tenía que prestar toda su atención en su verdadero trabajo una vez que él y sus pasajeros se encontraban a salvo en la parte superior.

7

ENFOCÓ SUS GEMELOS a través de la pista de aterrizaje, Isela había seguido un avión volando bajo a través de las montañas. Todavía era una mota, entrando y saliendo

entre los picos nevados. Volvió su atención a la carretera del cañón, en busca del minibús que pronto sería visible en el horizonte. Entonces, apartándose del sol, volvió con sus prismáticos a uno de los huéspedes del hotel que había estado leyendo a la sombra de una sombrilla en la cafetería desde la mañana temprano.

De acuerdo con uno de los chef del hotel Sous, el hombre simplemente había aparecido la noche anterior, cuando la ciudad estaba cerrada a cal y canto contra una furiosa tormenta del Pacífico. Lo extraño fue que el hombre no había golpeado en todas las puertas, no había gritado para que cualquiera pudiera abrirle, no había hecho gritos ansiosos en busca de refugio. Él simplemente se había levantado el cuello del abrigo y se acurrucó contra la puerta principal de la hacienda, bajo la lluvia torrencial y el viento golpeándole durante horas.

Según su madre, este hombre era carismático, encantador, y maldito, ella podía olerlo en él. Esa mañana en el desayuno, después de que su padre se había excusado a su estudio, su madre había insistido en que era el extraño olor de la muerte. Isela entornó los ojos al recordar la advertencia de su madre de permanecer lejos de él.

— Este extraño tiene el alma del Cóndor, el antiguo ser caído del cielo, sin poder regresar, dijo su madre con el tono de voz que reservaba para los turistas norteamericanos y para Isela. Su madre levantó una copa de estaño hacia sus labios completamente rojos. — El Cóndor lleva a la oscuridad dentro de él. Sus cargas están presionando sobre su alma. Debes permanecer lejos o la oscuridad te asfixiará.

— ¿Cómo lo sabes? hostigó Isela, consciente de que esta conversación se estaba desplazando hacia un territorio que obligaba a su madre a recordar sus raíces, tener que decir en voz alta que ella también era Cuari, como su madre y su madre antes que ella, una línea que se remonta al Rey Sol, una de las mujeres elegidas de la tribu destinadas a proteger la montaña. Con tres matrimonios, y una cantidad considerable de maquillaje, la madre de Isela había logrado ocultar esa parte de su identidad. Hasta hace poco, cuando los primeros temblores comenzaron y la montaña se enojó.

— No soy estúpida, Isela, dijo su madre. — Sé que piensas que puedes hostigarme tan fácilmente, pero ten presente mis palabras. Un día lo comprenderás. Sí, soy una Cuari, y por eso, mi amor, tú también lo eres. Así que ten cuidado.

Su madre levantó la copa y se trasladó a la gran ventana arqueada que daba a los jardines privados de la familia. Mirando hacia arriba en la meseta de la montaña, se estremeció. Volviendo a mirar a su hija, ella dijo: — Yo esperaba que la carga de la montaña nunca fuera algo que tuvieras que soportar, pero me temo que será tu destino después de todo.

Directamente debajo de ellos una fuente burbujeaba, el agua era extraída de un manantial subterráneo que formaba parte de un acuífero antiguo que mantenía la vida en este desierto. En distintos puntos alrededor de la hacienda había fuentes similares, cada uno considerado sagrado, y de acuerdo a las historias reimprimadas en todos los folletos y en el sitio web para el hotel, había estado fluyendo continuamente desde que el área fue poblada en la antigüedad.

Al lado de los caminos incas que comenzaban a pocos kilómetros del hotel y estaba cercano a las líneas de Nazca, los baños eran una atracción turística. Se creía que el agua del valle sagrado tenía propiedades que hacían desmayarse a los hombres y temblar a las mujeres y hacían el amor de forma más dulce y con los cuerpos más atractivos.

Ahora, sola y agazapada detrás de la pared de la torre, con los prismáticos apoyados en la superficie se desmoronaba, Isela finalmente vio una nube de polvo en el horizonte lejano. Por fin. La señal.

El primer autobús del día desde Lima estaba saliendo de la carretera y subía hacia

el paso de cañón, y éste traía su boleto para salir de esta ciudad sofocante.

Recogiendo su rifle automático, Isela comprobó el cartucho, apuntando entre las sombras por encima de la cafetería.

El cóndor estaba mirando hacia la torre. Isela agachó fuera de su vista.

¡Qué huevón!

Gaia

8

Costa Sur del Perú de 1930

La SENSIBILIDAD DE GAIA con el mundo exterior del templo había sido una prueba más de las Cuari para demostrar que era su guía, su explorador estrella, el espíritu sagrado se describe en las antiguas profecías como el que ha de venir antes, el que prepararía el camino para la deidad cuando volviera a comenzar el fin de los tiempos. Por la Suma Sacerdotisa, tal afirmación no había sido necesaria. Porque ella sabía que Gaia era un guía espiritual desde la noche de su nacimiento, debido a lo que había presenciado: primer aullido de Gaia, el último aliento de su madre. Gaia había estallado desde el vientre de su madre, las extremidades y la cola primero, encerrada en una membrana gruesa.

La Sacerdotisa, una anciana incluso desde el momento del nacimiento de Gaia, se había convertido en su tutora y su maestra. Desde muy temprano en su infancia, Gaia podía oír cuando los cultivos debían cosecharse, podía saborear el viento antes de que estallara, y sentir la lluvia en el mar antes de que las nubes se deslizaran hacia el interior de las tormentas. Gaia sentía el dolor cuando ella no estaba herida, escuchaba cantar

cuando ella estaba en silencio, y por la noche viajaba más allá de la montaña a las estrellas.

Gaia había aprendido la adivinación de las rocas y los pájaros e incluso desde niña, ella había demostrado su rápido ingenio y su memoria eidética. La anciana sacerdotisa le había enseñado a leer los manuscritos antiguos, cuando ella era apenas capaz de caminar a buscarlos. Gaia tenía todas las historias Cuari en la cabeza, glifo por glifo, después de leerlas, podía recordar los nombres de todos los niños nacidos en el pueblo desde la conquista.

¿Cuántas noches había pasado la anciana bañando en aceite para calmar su espíritu cuando corría por el cielo, su cuerpo se convulsionaba en el suelo, su ser era tan sensible con el mundo material que sus gritos podrían despertar a los dioses. Tal vez por fin lo había hecho.

Por su parte, Gaia sabía que su lugar en el Cuari era especial, pero también sabía que su lugar en el cosmos sería aún más aclamado. Gaia y la anciana sacerdotisa, había estado observando los signos de la montaña ya que los vientos habían cortado su corona durante la estación fría.

Si este hombre que había caído del cielo era el ser profetizado desde los tiempos antiguos, el oráculo le había dicho la verdad, y Gaia debía prepararse para cumplir su propósito. Gaia apenas podía controlar su excitación mientras terminaba de vestirse, pegando taponos de cera en sus oídos, su entusiasmo llenaba su cabeza con música.

La anciana colocó sus manos ásperas, las manos de un agricultor, aunque fuera una mujer santa, suavemente sobre los hombros de Gaia. Incluso una sacerdotisa tenía que trabajar para mantener la vida en la tribu. No importa lo sagrado de su propósito, todavía tenían que comer.

Las ancianas irán contigo para traerlo de vuelta. ¿Podrás con la escalada?

La sacerdotisa miró a los pies de Gaia.

Gaia asintió, rápidamente se trenzó el pelo y se puso la capucha sobre su cabeza, dejando sólo sus oscuros ojos y la barbilla hundida visible.

— Si este hombre caído es el profetizado, dijo la sacerdotisa, entonces él debe ser sacrificado a la montaña como se ha anunciado, pero, Gaia, si no lo es...

La sacerdotisa no terminó de expresar sus dudas, temiendo lo que le haría a Gaia si este hombre no era el de la profecía. La mente rápida de Gaia no tenía espacio para la incertidumbre en esta materia, sin momentos para la duda. Este era su destino. Su razón de ser. La Sacerdotisa suspiró. Gaia puede haber nacido con una estrella guía antigua, pero a los ojos de la anciana todavía era una niña.

— Recuerda lo que has aprendido. Él debe ser examinado en la montaña, Gaia, y si él no es el elegido, hay que hacer lo que te han enseñado a hacer. No debe volver aquí con vosotros. No debemos ser descubiertos hasta que la profecía pueda cumplirse.

La sacerdotisa levantó por un estuche de madera largo de un estante de piedra. Sus rodillas crujieron mientras se inclinaba para levantar una espada que descansaba en el interior de un satén rojo, su empuñadura era de plata labrada con la imagen de un puma con jade en sus ojos y un collar de oro puro.

La Sacerdotisa colocó la pesada espada en una faja de cuero sujeta sobre el pecho de Gaia. — Si él no es el elegido, la cabeza debe regresar a la montaña. Asintió Gaia. — ¿Pero si es él?

— Entonces, como se ha predicho, ayudarás a su regreso a las estrellas. — ¿Y el mío?, preguntó ella, levantando la cabeza, con los ojos ardiendo, con la mano apoyada en la empuñadura de la espada.

— Serás su guía, respondió la anciana.

9

La campana de cobre forjado en Chavín de Huántar estaba colgada una vez más de la entrada al templo. Su timbre atrajo a todos de inmediato, su tono era particular y para un Cuari no importaba en que parte se encontraba en la montaña. Pero la última vez que sonó, una década antes, sus campanas sumergieron a Gaia en una locura de la cual había necesitado varios meses para recuperarse, y su sensibilidad hacia el mundo había aumentando aún más desde que cruzó la feminidad.

En cambio, la sacerdotisa envió a dos muchachas corriendo a llamar al resto de las Cuari de la montaña al pueblo. La pareja subió corriendo por la montaña. Las mujeres dejaron sus herramientas, se subieron a sus llamas y todas ellas en procesión por las enormes laderas verdes, su charla era como el canto de los pájaros en el viento.

Las Cuari se reunieron rápidamente y en silencio delante de la sacerdotisa. Dejando a los pies de la anciana una bolsa ricamente bordada, que ocultaba algo con la forma y el tamaño de una cabeza.

— Mujeres de la Montaña, dijo la sacerdotisa, alzando los brazos al cielo, hablando en la lengua de sus antepasados Cuari. — A medida que el oráculo ha predicho, la deidad se ha escapado de los cielos. Debemos prepararlo para su regreso a Uku Pacha es el momento de su liberación.

Las Cuari se miraron las unas a las otras, con emoción en sus ojos. Algunas murmuraban entre sí, uno o dos asintieron y miraron al cielo en oración silenciosa. Nadie cantaba, gritaba o alababa a los cielos en voz alta. Estaban demasiado cerca del templo y de Gaia para cualquier manifestación vocal de su fe.

Gaia se lo llevará, dijo la sacerdotisa, frente a cuatro de las Cuari más fuertes arrodilladas. Iban vestidas con túnicas de colores, con un símbolo tribal, era tres círculos entrelazados que se elevaban a un punto tatuado en la parte posterior de su cuello. Sus pies estaban descalzos, con el pelo cuidadosamente trenzado y sus rostros morenos

marcados con el sol y el sufrimiento. — Recuerda que si él, es de hecho de estrellas, tiene que volver ahí antes del anochecer, antes de que los cielos descubran que se ha ido.

La sacerdotisa levantó la pesada pantalla de la entrada del templo y Gaia salió a la luz solar, la capucha protegía sus ojos de la luz deslumbrante. El pueblo entero se postró delante de Gaia y de la sacerdotisa. Algunas de las mujeres más jóvenes que habían sido niñas cuando Gaia había estado por primera vez en el templo, nunca la había visto antes, y se quedaron sin aliento ante su belleza etérea, sus voces hacían cosquillas en los pies de Gaia. Miró a las mujeres más jóvenes y las sonrió ampliamente.

La sacerdotisa le hizo un gesto a Gaia para que diera un paso adelante y mantuvo sus manos envueltas. Ella ungió cada uno de los dedos de Gaia con aceite balsámico en una bendición para el paso de Gaia seguro hacia la montaña antes de entregarle la bolsa con forma de cabeza a Gaia, que aceptó con una inclinación brusca. Luego, con la ayuda de otra Cuari, Gaia se colocó el paquete sobre los hombros con mucho cuidado, equilibrando su peso usando la inclinación de la espada en el cinturón sobre el pecho a modo de guía, Gaia sabía que ella y la sacerdotisa eran los únicos seres vivos que podrían tener un contacto directo con la deidad de los cielos. Con todo su corazón, Gaia oró para que fuera el — su presencia entre ellos, su regreso a ellos, le permitiría poner fin a su sufrimiento sin deshonorar a la Cuari de los dioses.

Antes de que Gaia y las ancianas comenzaran su ascenso a la parte superior de la montaña, una de las mujeres de la aldea le entregó a Gaia una bolsa llena de agua, dos tortillas calientes y un trozo de queso de cabra. Sabiendo que no se detendría hasta llegar a su destino, Gaia guardó la escasa comida mientras guiaba la procesión a través del cañón hacia la nube de humo.

Para cualquier otra persona la subida habría sido difícil, pero las cuari habían pasado sus vidas en este monte, y eran tan ágiles en sus movimientos y expertas en escalada, como cualquier león de montaña, especialmente Gaia. Ella mantenía una distancia de seguridad por delante de las ancianas para que sus olores y el murmullo de la conversación le causaran la menor molestia posible.

Cuando el desfiladero empezó a aplanarse hacia la meseta y un campo de hielo fue visible como un cristal en el horizonte, la temperatura bajó drásticamente. El frío resonó en los oídos de Gaia como cencerros distantes. A pesar de los tapones de cera, Gaia podía oír un gemido largo y penetrante de angustia en un afloramiento de rocas directamente adelante. Gaia probó el agua salada y le hormigueo en los dedos. Ella sabía que estaban cerca de él.

Gaia levantó las manos y las ancianas se detuvieron, apuntando hacia arriba por delante del arbusto y las rocas donde las piernas destrozadas del hombre y los pies torcidos eran visibles, golpeados contra el suelo.

La Cuari se detuvo, no se sorprendió al ver el cuerpo destrozado y las extremidades fracturadas atrapadas entre las rocas, había visto suficientes animales sacrificados en su vida, pero el gemido que emanaba de aquel hombre era salvaje. Fue aterrador. Si este hombre vino de sus dioses, pensó una de las Cuari anciana, él no estaba contento de estar allí.

Gaia estaba a punto de correr hacia adelante cuando la anciana se acercó y la agarró por detrás. Gaia se estremeció como si hubiera sido golpeado con un látigo. La anciana apartó las manos inmediatamente. — Perdóname por tocarte, susurró ella. Pero puede ser peligroso.

— No lo será, respondió Gaia. Su propia voz sabía a raíz de jengibre en su lengua. Gaia era demasiado curiosa para no ver lo que los dioses habían enviado y tener que esperar más. Las ancianas sacaron sus espadas y formaron una herradura entre las

rocas, asegurándose de que no pudieran mirar al hombre, pero podrían ayudar a su guía si necesitaba protección rápidamente. Gaia se acercó de puntillas al cuerpo.

La niebla se había levantado en la montaña y el sol estaba en su pico, las sombras alargadas sobresalían como dedos curiosos entre las rocas.

Gaia desató la bolsa y la puso en una de las rocas planas más grandes, deteniéndose a unos pasos del arbusto suave donde el hombre había aterrizado. Ella bajó la mirada hacia él y le rogó que fuera el dios que sería la salvación de la montaña. Y su dueño.

Él hombre se había partido muchas partes del cuerpo, demasiadas para que Gaia las pudiera contar, su cuerpo quedó tendido en ángulos extraños, con los brazos dislocados de sus hombros, su cabeza colgando a un lado sobre una almohada de sangre. La parte posterior de su cráneo había sido aplastada en el impacto. Su cara estaba tan hinchada que sus ojos eran rendijas cortadas en la piel inflamada. Los dientes habían atravesado sus labios y seguían rezumando sangre.

Este no es el profetizado, pensó Gaia. Este es un hombre mortal. Se volvió hacia las ancianas. — Él no es el que el oráculo predijo.

Gaia se inclinó hacia delante y colocó la cabeza del hombre de lado, dejando ver la piel desgarrada y el hueso irregular de su cuello roto. Volteando su cuerpo, desenvainó su espada, manteniéndola constantemente a su lado. Vivir una vida de clausura del mundo, había dado a Gaia todo el tiempo que necesitaba para dominar la mayoría de las habilidades de combate sus antepasados. Era tan hábil con la espada como cualquier caballero hubiera sido. El jade en su empuñadura captó la luz del sol y envió triángulos de luz que rebotaron en las rocas y crearon una melodía de flautas en la mente de Gaia.

El hombre gimió.

Gaia levantó la espada sobre su cabeza.

Segundos antes de que la espada de Gaia tocara al hombre, giró la cabeza y Gaia observó con asombro cómo su cuello se había curado y la parte posterior de su cráneo estaba recomponiéndose.

Dejó caer la espada a su lado, y se puso de rodillas. Sin saber por qué, las ancianas, siguieron el ejemplo de su guía, y también se arrodillaron.

— Perdóname, le dijo a la cara hinchada del hombre. Bajo su mirada, los labios del hombre comenzaron a repararse.

Él volvía a aullar. Con cada pequeño desgarró que sanaba, cada herida sangrienta que se secaba, estaba agonizando, debido al increíble dolor que parecía estar sufriendo de su cerebro.

Reconociendo su sufrimiento, Gaia sacó el paquete que la sacerdotisa le había dado, había una máscara de oro, como el casco de un Conquistador, con un adorno frontal con forma de sol soldado a él.

Él parecía estar al tanto de los movimientos de Gaia y la cadencia melódica de su voz suave calmó sus aullidos. Se agachó al lado de su cabeza, Gaia sacó dos hojas de cacao de la bolsa de su espada.

Levantó la vista hacia el sol. No tenía mucho tiempo. El sol estaba comenzando su descenso a los infiernos, y al llegar a Uku Pacha los dioses sabrían que esta deidad se había escapado. Tenían que actuar con rapidez si querían poner a salvo a su pueblo antes de la noche y prepararlo para la montaña.

Le abrió suavemente la boca, lo suficiente para que ella pudiera presionar las dos hojas sobre la lengua hinchada. Se echó agua de la cantimplora en las manos y luego dejó que goteara el fresco líquido de sus dedos en la boca de él, levantándole un poco la cabeza para que pudiera tragar con comodidad. Goteo más agua en sus manos envueltas, le secó la frente y le enjuagó los párpados hinchados. Luego le frotó con

suavidad la cera en sus labios agrietados. Él gimió otra vez, en voz baja, cada vez menos agitado.

Gaia pensó que estaba tratando de sonreír. Se quedó a su lado hasta que el gemido de angustia cesó y las hojas de coca le habían calmado. Cuando él se quedó en silencio, fue consciente de que sus piernas se habían curado solas, y ya no se veían los huesos salir de los cortes de sus rotos pantalones. Gaia levantó la máscara por encima de la roca y bajó el sol de oro sobre su rostro.

Su tarea estaba completa, ella asintió con la cabeza a las ancianas que estaban esperando. Las cuatro mujeres extendieron la litera al lado de su cuerpo y luego le rodaron cuidadosamente sobre la piel ahora firme. Gaia se dio cuenta de que sus brazos ya no estaban dislocados.

La revelación de que ver como este hombre era capaz de curar su cuerpo no fue un shock para ella.

El después de todo venía desde cielo.

Cargándolo en sus hombros y con Gaia liderando su descenso, las mujeres corrieron durante la puesta de sol por el empinado barranco de camino a la aldea.

Langley, Virginia, día actual

DARREN CROWDER HABÍA sido un periodista antes del Milagro, uno bueno. Había trabajado en el mostrador de *Washington Register*, un semanal en línea leído mayormente por empollones en política y burócratas en la agencia gubernamental. Como trágico que había sido, el Milagro le había dado a Darren y a sus compañeros muchas oportunidades de “Te lo dije” mientras los acontecimientos de aquellos terribles meses habían expuesto las fallas inherentes en los Estados Unidos y las políticas de atención sanitaria del mundo. Cuando la gente finalmente comenzó a morir otra vez, dos cambios globales significativos ocurrieron como resultado: los gobiernos aumentaron el personal en sus agencias clandestinas con la esperanza de evitar otro evento como tal; y, dentro de esas agencias, en cubierto invirtieron recursos para rastrear a las tres familias que estaban detrás del cercano apocalipsis.

Muchos meses y demasiados tribunales y audiencias gubernamentales después, el enfado y terrores que rodeaban el Milagro se habían disipado, y la culpa se había extendido equitativamente entre los gobiernos, corporaciones, organizaciones de salud y organizaciones no gubernamentales por los fallos administrativos y de liderazgo catastróficos que habían dejado tales terribles faltas en la moralidad global. Los hombres y mujeres corrientes sólo querían que sus vidas volvieran a ser algo normales. Sus muertes, también.

Darren Crowder había sido reclutado por la División de Actividades Especiales de la CIA. El Subdirector había leído y apreciado el trabajo post— Día del Milagro de Darren, y personalmente lo había contratado como analista financiero. La nueva agencia era conocida públicamente (y en cualquier el Subdirector estaba al alcance del oído) como la Oficina de Asuntos Geo— Mundiales; el resto del tiempo, era conocida como “La Morgue”, porque su mandato era el resultado del regreso de la muerte.

Mirando a través de la habitación llena de gente, Darren decidió que, aunque esto era una rama de la CIA, el espacio tenía todas las características de una sala de prensa. Su mandato era único, pero su cercanía no era diferente— hombres y mujeres inteligentes recolectando información, sacándola de reportes y registros para descubrir patrones y relaciones. En el caso de los hombres y mujeres en esta habitación particular, examinando cuidadosamente para descubrir que tan grande era el poder de las tres familias, si seguían siendo una amenaza, y quizás la mas importante pregunta de todas, en lo que se refería a Darren, ¿quiénes diablos eran?

En la computadora de Darren sonó una alerta. Escribió su contraseña de acceso y un mapa satelital apareció de repente en su pantalla. Al principio, no confió en sus ojos. No podía estar viendo lo que veía. Acercando la imagen, se quedó mirando la pantalla por unos Buenos diez minutos antes de guardar la imagen en el servidor del departamento, cerrar sesión y correr por el estrecho salón. Salteándose los ascensores, tomó las escaleras en su lugar, saltando 3 escalones de una vez.

Sin aliento, corrió hacia la oficina externa del Subdirector. Su asistente saltó de su asiento intentando bloquear la entrada de Darren hacia el santuario interno.

- Necesito ver al Subdirector inmediatamente.
- Déjeme ver si está disponible.

El asistente se sentó de nuevo, señalándole a Darren un sofá de cuero, donde se dio cuenta de que una joven mujer estaba sentada, hojeando una revista, obviamente

esperando a ver al Subdirector. Se veía familiar, pero descarto el sentimiento, dándose cuenta de que todos los que solicitaban un puesto en esta unidad tenían el mismo aspecto: traje gris, expresión gris. Ya nadie tenía sentido del humor. Era como si la sociedad hubiera perdido su capacidad de burlarse, de reírse de la vida, porque la muerte se había ido por un tiempo.

El asistente colgó el teléfono.— Está en medio de entrevistas importantes, Agente Crowder. Me temo que tendrá que esperar como todos los demás.

— Esto realmente no puede esperar— dijo Darren, empujando a un lado al asistente, quien no pudo poner la traba de emergencia en la puerta del Subdirector a tiempo. Darren se echó hacia la oficina, pero no antes de darse cuenta de que la mujer en el sillón aún estaba hojeando su revista, sin inmutarse por sus atrevidas acciones.

Dentro de la amplia habitación con vista al Capitolio, el Subdirector levantó la mirada, gruñó, y con un gesto de la mano despidió a un nuevo recluta que estaba sentado en frente de su escritorio. Su asistente cerró la puerta con más énfasis del necesario.

— Tiene que ver esto, señor— dijo Darren, colocando su mano en la esquina superior izquierda de la pantalla montada en la pared. Después de que su acceso fuera admitido, Darren abrió el archivo que había visto en su escritorio.

— Más vale que sea algo— dijo Rex Matheson, el recientemente nombrado Subdirector, saliendo de detrás de su escritorio y acercándose a la pantalla.

— Es de la operación Castenado, que está en progreso en Perú, señor, el que rastrea a las tres familias— Darren se detuvo antes de agregar— . Y es mucho más que algo. Es alguien.

Isela

11

Costa Sur de Perú, Hacienda del Castenado, día actual

CON SUS BINOCULARES, Isela observó la cola de polvo que salía detrás del minibús mientras subía por el camino del desfiladero hacia la hacienda. Estaría lo suficientemente cerca de ella en diez minutos, máximo.

Ella miró sobre la cima de la pared de la torre, haciéndole señas a Antonio quien, desde el árbol, corrió pasando las puertas de madera del patio del hotel tropical. Unos minutos después, los parlantes en la pared de adobe rosa que enfrentaba a la plaza emitieron acordes líricos de la música con charango andina, el agudo instrumento sonaba lo suficientemente fuerte como para que los futbolistas a lo largo de la pista de aterrizaje lo notaran. El mercado tomó vida cuando la música se filtró desde la hacienda. Los vendedores abrieron sus puestos, la mujer en los escalones de la iglesia discutía con los otros por los mejores espacios.

Isela se quedó mirando a los chicos que jugaban cerca de la pista de aterrizaje y se dio cuenta de que ya no podía ver el avión venidero. ¿Había aterrizado y ella se lo había perdido?

No, no era posible. Pero si no era posible, ¿dónde había aterrizado? El hangar, escondido por los árboles próximos a la pista de aterrizaje, era donde su padre guardaba sus aviones, y podía ver que aún estaba asegurado.

Enfocando sus binoculares a la línea de los árboles, Isela examinó el área del camino de excursión que llevaba más profundamente hacia el cañón y la meseta de la montaña. Los turistas generalmente tomaban el otro camino, el del Lago Aczuma, un oasis artificial que filtraba las aguas primaverales para los viajeros que llegaban a la hacienda por algo más auténtico que la piscina del hotel y las visitas guiadas a las cercanas ruinas Incas.

Con la música a todo volumen, los hombres y mujeres esparcidos alrededor de los mercados estaban de repente más vivos, con sus movimientos coreografiados en respuesta a las demandas del hotel para entretener a los turistas que llegaban. No era que lo aldeanos no se beneficiaban. La Hacienda del Castenado era la envidia de muchas ciudades más grandes de la región, con sus edificios de la comunidad, incluyendo el estado de una escuela primaria de arte completamente reconstruida después de la devastación del terremoto de 2007, un desastre del cual muchos pueblos de la zona nunca se habían recuperado.

Pero con hotel o no, bajo los acordes de la música y los coloridos trajes de la muchedumbre en la plaza, Isela sabía que esos campesinos eran todos aún esclavos del propietario de la hacienda, su padre, el cerebro de la droga y secuestrador extraordinario, y su madre, la matriarca de la montaña.

Más allá de la estructura de concreto, Isela se concentró en un grupo de chozas redondas de techo de paja, ladrillos mojones, construidas por sus ancestros siglos atrás para los sacrificios rituales a los dioses para una cosecha rica. Su padre había mantenido las estructuras exteriores intactas, pero renovado el interior para crear saunas y cabañas de meditación para los de la Nueva Era quienes harían sus peregrinaciones a la localidad en los meses turísticos. Esas chozas estaban esparcidas por el paisaje, formando una línea hacia las montañas.

Olvidándose del avión, Isela acercó sus binoculares a la choza que estaba en el límite de las tierras de su padre.

— ¿Qué era ese movimiento que pudo ver detrás de la estructura?

Mantuvo su mirada en el lugar por un momento, asegurándose de que lo había imaginado.

El minibús estaba a tiempo, habiendo pasado la primera choza en el camino del cañón, luego el segundo, y ahora estaba lo suficientemente cerca como para que Isela viera al conductor con sus binoculares. Reconoció a Juan al volante.

Mierda, ¿por qué tenía que ser Juan? A ella le agradaba. Era leal, lo que significaba que no renunciaría a la marca sin luchar.

Ocho minutos.

Isela volteó su atención al *cóndor* en la cafetería, que estaba poniéndose de pie. Tiró algo de dinero a la mesa y avanzó sin prisa por la vereda adoquinada detrás del local hacia la pista de aterrizaje y los chicos jugando fútbol. Isela redujo su enfoque a la escena. Los muchachos dejaron de jugar, y observaron al hombre caminar hacia ellos.

Él dijo unas pocas palabras. Ellos respondieron. A partir de los gestos y la expresión corporal, Isela supo que estaban negociando. Era una habilidad que todos en la hacienda habían perfeccionado. El hombre le pasó el dinero a Enrico, quien, Isela sabía, era de su edad y el mayor del grupo. Enrico le entregó la pelota al hombre quien la lanzó al aire

delante de sus pies, pateándola al otro lado de la pista de aterrizaje y sobre el plano techo del hangar.

¿Por qué les compraría una pelota sólo para patearla hacia los árboles? Los niños corrieron a toda velocidad detrás ella, desapareciendo en la selva detrás del hangar de hormigón.

Un ensordecedor silbido puso fin al ensueño de Isela. Echando un vistazo sobre la pared del campanario de la plaza, vio a Antonio haciéndole señas para que comenzara la cuenta regresiva.

Isela asintió con la cabeza. Finalmente, iba a salir de aquí. Alejarse de la locura y la influencia que esta montaña tenía sobre ella.

Colocando su rifle en una pequeña zanja que había hecho en una piedra de la cornisa, ella avistó el camino del cañón y esperó su oportunidad para liberarse de la montaña.

Gaia

Sur de Perú, 1930

EL SOL ERA una abrasadora bola naranja bajando hacia el mar mientras Gaia dirigía a los mayores desde la montaña. Llevaban al hombre entre ellos.

Una niña se había encontrado con la procesión a medio camino con agua para Gaia y los ancianos. Salió corriendo delante de ellos para alertar a la Suma Sacerdotisa. Tan pronto como supo de la proximidad de la procesión la Sacerdotisa aceptó un ramo de plumas de cóndor de otro anciano. Poniendo en remojo las plumas en un tazón de arcilla llena con sangre de cabra y con otra persona mayor yendo a su paso detrás ella sosteniendo el pote, la Sacerdotisa marcó las paredes del templo. Era una necesaria parte del ritual porque, cuando el inframundo descubriera que el hombre de los cielos estaba perdido, el templo sería protegido de la ira de los dioses.

Cada tres pasos, la Sacerdotisa se detenía, oraba, y luego rozaba el símbolo Cuari de los tres círculos entrelazados en los bloques de piedra del templo.

Mientras marcaba, sus cantos llamaban a los dioses de los tres mundos— el inframundo, Uku Pacha, el supramundo, Hanan Pacha, y el mundo del hombre, Hurin Pacha— para unirlos como el uno que habían sido alguna vez. Los tres debían estar unidos cuando la profecía se cumpliera.

Gaia se detuvo al final del cañón, permitiéndole a la Sacerdotisa terminar su ritual. Cuando hubo recorrido el perímetro del templo, la Sacerdotisa puso las plumas en un cuenco y luego le hizo señas a Gaia para que continúe. El crepúsculo le hizo posible a Gaia bajar su capucha mientras cruzaba el claro polvoriento, con sus ojos brillantes absorbiendo todo lo que podía resistir antes de esconderse para prepararse a sí misma y al cóndor para su viaje. Tan pronto como Gaia salió del cañón, los aldeanos se arrodillaron, postrándose en el suelo, halando a sus pequeños niños debajo de sus

cuerpos, aterrorizados de ver al hombre que había bajado de los cielos.

Con Gaia aún liderando el camino, los cuatro ancianos llevaron la honda a través del canal creado por los aldeanos y la pusieron dentro del círculo que la Sacerdotisa había hecho. Sólo esta última y Gaia tenían permitido cruzar el círculo.

Dejando al hombre envuelto en la honda, la Sacerdotisa y Gaia sujetaron una vara de madera y torpemente arrastraron su cuerpo inerte hacia el templo. Se detuvieron al lado de la estera que Gaia había desplegado más temprano.

— Lo siento— dijo la Sacerdotisa, sin aliento debido a la tarea. Gaia esperó hasta que la anciana respiró adecuadamente y se limpió su frente seca. Gaia probó papas del sudor de la mujer mayor.

Levantando un rollo de gasa de algodón negro de un canasto próximo a la puerta, Gaia envolvió su cabeza con la fina tela, cubriendo su boca y nariz. Parecía un *bandito*.

— Debemos seguir la profecía con tanta precisión como sea posible— dijo la Sacerdotisa.

Gaia asintió, aguantando los agudos acordes que disparaban a través de su cráneo y el dolor en sus articulaciones por el olor a sangre y sudor emanando del hombre. Ella se había hecho hábil en soportar su sufrimiento porque sabía que era un regalo de los dioses. Este día cumpliría su destino. Pronto estaría bailando en las estrellas.

Colocando un recipiente intrincadamente estampado con bandas rojas y negras al lado de la cabeza del hombre, la Sacerdotisa se arrodilló y desató las de correas de cuero unidas a la honda. Miró a Gaia, quien asintió con la cabeza, y luego, con un elegante ademán, la Sacerdotisa tiró la resortera.

Las ropas del hombre estaban rasgadas y manchadas de sangre, pero sus huesos ya no estaban rotos, y las rasaduras y cortes de sus piernas y brazos estaban casi curados. Gaia levantó la máscara dorada de su rostro, y ambas mujeres se miraron la una a la otra sorprendidas, lágrimas de asombro llenaron los ojos de Gaia.

La cara del hombre continuaba lastimada, sus ojos hinchados, sus labios agrietados, pero sin ninguna otra lesión.

— ¿Alguna vez has visto algo como esto... como este *ser* en tu experiencia, Gaia?

— Nunca— dijo Gaia, arrodillándose al otro lado del hombre, acariciando el cabello oscuro de su frente.

Ambas mujeres permanecieron a su lado, sentadas con las piernas cruzadas en silencio hasta que el sol bajó completamente de los cielos y cayó al mar, y el brillo de la luz de luna se filtraron en la cabaña a través de las hendiduras en las piedras. El fuego se había apagado hace tiempo. Cuando la luz de la luna tocó la parte superior de su cabeza, la Sacerdotisa lentamente se levantó, sus huesos crujiendo. Gaia permaneció sentada, sus ojos cerrados, entrando y saliendo del sueño.

La Sacerdotisa volvió a encender el fuego, y luego tocó el hombro de Gaia.— Es la hora. Uku Pacha se ha abierto. Debemos prepararte para tu descenso.

Durante toda su joven vida, Gaia había estado practicando y orando para este honor, por ser la que guiara al hombre estrella al inframundo para que la antigua profecía se cumpliera. Desde el principio de los tiempos, los Cuari habían sido los protectores de la montaña, primero esperando a que una guía naciera entre ellos, y luego, cuando ella estuviera esperando, prepararla para acompañar a la deidad.

Gaia aceptó un tazón de leche tibia de la Sacerdotisa, tomándola toda sin siquiera darse cuenta de los puntos de colores que bailaban ante sus ojos mientras lo hacía. Devolviéndole el recipiente vacío a la Sacerdotisa, Gaia deslizó su cuchillo de caza ceremonial de la vaina. Con las manos temblorosas, comenzó el ritual que, hasta ese día, sólo había imaginado.

Primero, Gaia pasó su cuchillo a través de manga del abrigo del hombre, quitando la

ropa, exponiendo la camisa, tiradores y pantalones. Mientras la Sacerdotisa le sacaba las botas, Gaia le quitaba las ropas ensangrentadas, lanzándolas en una pila cerca de la puerta del templo. Los ancianos Cueri llevarían las ropas a la montaña, donde la quemarían, enviando el humo en la montaña como señal de que estaba llegando. Cuando estuvo desnudo, Gaia remojó un trozo de algodón en aceite de eucalipto caliente, bañando su cara y su cuerpo.

Gaia nunca había visto a un hombre desnudo hasta ahora, pero las imágenes de las paredes del templo y los glifos de los antiguos pergaminos la habían preparado para la vista. Cuando terminó, extendió una manta, la cual había pasado la mayor parte de su infancia bordándola, con un elegante puma negro rodeando a un cóndor gigante. Extendió la manta a lo largo del cuerpo del hombre desnudo.

La Sacerdotisa se agachó detrás de la cabeza de Jack y pintó el símbolo Cuari en cada uno de sus templos usando tintas de los frascos de barro, mientras Gaia limpiaba los pies del hombre.

Pronto, el aire de la cabaña se tornó espeso y áspero, los aromas de los aceites y el vapor de agua del cuenco nublaban el espacio. El hombre gimió y se movió debajo de la manta.

La Sacerdotisa miró a Gaia.— La hora ha llegado.

JACK HARKNESS ABRIÓ sus ojos. Se sentó de golpe e inhaló. No estaba respirando.

Muerto. Otra vez.

Había experimentado este despertar muchas veces antes. Sabía que esperar.

Inhaló. Exhaló.

Nada.

Ningún jadeo. Nada.

Ahucando sus manos en su boca, exhaló de nuevo. Nada. No estaba respirando. ¿Qué diablos...?

Renso. El Avispón. La montaña. Jack sentía que su pecho estaba liviano. Presionó su mano en el corazón. Aún estaba latiendo. Así que tal vez no había muerto.

¿En el limbo? ¿Aún curándose?

Extraño.

Jack intentó respirar profundamente, pero nada entró ni salió de sus pulmones.

Así que, ¿eso hizo que esté muerto?

La confusión se precipitó sobre Jack con una fría onda. Nunca había experimentado esto antes.

Y entonces, el fragmento de una imagen— una chica, el sol, un beso, oscuridad.

Y mucho dolor. Jack jadeó, su memoria revoloteándose.

Sentándose, Jack pudo sentir que estaba en una plataforma de roca. Entecerró los ojos, pasando sus manos sobre la superficie, eventualmente viendo que estaba en un borde de la roca que formaba la circunferencia de una cámara de piedra maciza. Las paredes eran de mármol y granito negro con filones de plata que latían en la oscuridad. Sobre él, la cámara formaba una abertura cuadrada, donde un ligero brillo de luz de luna se filtraba. Muy debajo de él, el suelo ondeaba como una bata de seda en una suave brisa.

¿Podía la roca hacer eso?

Jack estaba bastante consciente de su cuerpo, con el hecho de que no estaba usando nada excepto una larga, bordada túnica, de que la lana suave acariciaba su piel, de que disfrutaba la sensación inmensamente, de que escuchaba el agua fluyendo en algún lugar en la distancia, de que, a pesar de la oscuridad, estaba viendo claramente ahora, de que en frente de una agobiante sed, estaba probando limón y jengibre y un poco de chocolate.

¿Había caído del avión hasta este lugar? ¿Dentro de la montaña misma? El avión explotando en el suelo destelló en frente de Jack, los últimos momentos de Renso eran como un noticiero cinematográfico en blanco y negro pasando sobre la cabeza de Jack. Estiró una mano para alcanzarlo. La imagen se esfumó. Renso. Pobre Renso.

Jack se oyó a sí mismo pensando las palabras, pero no sintió tristeza, ningún dolor en su espalda, o en su corazón.

Adoraba a Renso, lo adoraba, y aun así Jack fue incapaz de sentir el duelo.

Jack se miraba las manos, volviéndolas una y otra vez. Dedos largos, sin callos y uñas planas y redondeadas. Eran definitivamente sus manos. Se arremangó las anchas mangas de la túnica y miró los brazos. Abrió la túnica y deslizó las manos por su piel. No había pinchazos, ni heridas en todo su cuerpo.

Se había curado de la caída.

¿Pero había caído? ¿Cuándo? ¿Hace un par de minutos o de meses? Sus recuerdos del momento le parecían pequeños y muy delgados y se le escapaban.

—Soy Jack Harness —dijo en voz alta, y su voz no produjo eco. En una cámara de piedra de este tamaño, debería haberlo producido. Extraño.

—Soy un Agente del Tiempo, un viajero en el tiempo. —sonrió. Su voz se sentía suave y sensual en la garganta. —Conozco a un Señor del Tiempo, el día, la hora, la hora del té que dos por dos no es demasiado —, dijo, riendo, con las palabras rebotándole en la cabeza.

Su risa resonó, pero su voz no lo había hecho. Volvió a reír. Las plateadas venas que había en las paredes latían cada vez que lo hacía. Jack nunca había visto nada parecido a este lugar, y lo habían atado y encerrado en sitios bastante extraños. Éste debía de ser uno de los más fantásticos.

Al apoyarse contra la pared Jack sintió una descarga de deseo por todo el cuerpo. Sintió una erección bajo la túnica. Wow. Su cuerpo parecía etéreo, ligero, pero aun así presente, experimentando este momento, sustancial. Las venas plateadas de la pared salieron de la pared como si fueran dedos y bailaban sobre su cuerpo.

Jack cerró los ojos, pero en vez de oscuridad se vio a sí mismo languideciendo en la plataforma rocosa experimentando una poderosa descarga de placer.

Durante un segundo se dio cuenta de que la cámara estaba en su cabeza y fuera de ella, a su lado y enfrente. Se rio de lo absurdo que resultaba y se dejó caer de nuevo en la roca. Las venas plateadas se entrelazaron en sus músculos, extremidades y en todo su cuerpo. Al cerrar los ojos de nuevo pudo verse integrándose en la roca.

La sensación era maravillosa, y aun así Jack se encontró pensando que no era un “maravilloso” positivo. Era malo. Era como te sentías al final de la una jornada excitante, tras un momento de intimidad. Era el último hurra, el capítulo final, el beso de despedida, el principio del fin.

Jack levantó un brazo y arrancándolo de la pared y rompiendo los hilos.

Oyó un sollozo, sabía a jengibre.

Puede que fuera bueno. Dejó caer el brazo de nuevo. Los hilos volvieron a enredarse sobre su brazo inmediatamente. Jack nunca había sentido el cuerpo tan caliente, satisfecho, bienvenido, tan en paz.

— ¡Jack muévetel! —

Cerró los ojos de nuevo y volvió a verse cerrando los ojos, y así otra vez y otra, al tiempo que su mente creaba una casa de los espejos. Habló en voz alta, gritó, aulló, de forma que el sonido de su propia voz le mantuviera consciente, consciente de que no estaba preparado para el fin.

Inexplicablemente estaba consciente e inconsciente a la vez. Estaba consciente, atrapado en una cámara en un lugar bajo tierra, y bastante asustado.

—“*El tiempo de la profecía está cerca*” —

Jack miró hacia arriba. No era su voz. La abertura que había en el techo de la cámara se hacía más ancha y Jack podía ver la luna llena. A Jack le gustaba la luna. Sonrió al pensarlo y las venas latieron a la vez que se apretaban en sus piernas, sus muslos y su pene; había cientos, como pequeños hilos de electricidad que empujaban y se metían entre su pelo, saliendo de la roca y absorbiendo a Jack. De repente las venas le envolvieron el cuerpo, momificándolo, moviéndose en manada, serpenteando, tragándose los hombros de Jack, su cuello y su cabeza.

Un gruñido bajo y suave rebotó en la cámara. Jack se lamió los labios. Sabían a menta. Sus manos hormigueaban. Su cabeza estaba prácticamente cubierta de hilos plateados y podía ver frente a sí mismo y detrás de él. El universo flotaba a su alrededor. Estaba en las estrellas. Estaba

en casa.

— ¡Ey! ¡Ey! ¿Estás bien? —

—Espera —gritó Jack. Sintió unas manos que tiraban de su cabeza y hombros apartándolos de la suave roca. —No estoy preparado —eran sus propias manos.

Jack vio como los hilos se iban retirando, chillando, hacia el granito.

Al mirar hacia abajo pudo ver un banco de peces azules con ojos marmóleos y saltones y escamas con pinchos que entraban y salían de su campo de visión.

Los gruñidos eran cada vez más fuertes, menos sensuales, rabiosos y salvajes.

Jack estaba hipnotizado mirando los peces, viendo un recuerdo de su infancia como si fuera un holograma situado a pocos centímetros de su cara. Jack era un adolescente corriendo hacia el Mar Boeshane con su hermano, Graym intentando cazar anchoas azules. Una tarea prácticamente imposible, pero si conseguías cazar uno y sus ojos estaban abiertos, podías ver tu futuro.

¿Había cogido uno aquél día? ¿Soy todavía un niño y esto es mi futuro?

Miró hacia abajo. Los peces habían desaparecido, como Gray y su pasado.

El gruñido se transformó en palabra — ¡Cae! —

La palabra recorrió las venas como electricidad, desde el granito, pegándose a la cabeza de Jack. Un rugido como un trueno salió de debajo de él.

—*Vamos Jack, no nos queda tiempo* —

El rugido era cada vez más ruidoso y conforme subía de intensidad el sabor en la boca de Jack se intensificaba, jengibre, limón y eucalipto.

— ¡Cae! —

Jack se puso de pie y avanzó hacia el precipicio, mirando los tres aros de fuego que giraban al unísono, persiguiéndose, la cola de uno formando el principio del otro.

—*Debéis caer juntos* —aulló la voz, era un grito animal, profundo, no humano. Como si Jack estuviera oyendo una carga eléctrica, una onda de sonido, una fuerza de la naturaleza.

Las venas pulsaron más brillantes aún y se aferraron con más fuerza a Jack cuando se acercó al borde.

— ¡No! —

Jack se soltó de su capullo y al hacerlo la cámara empezó a disolverse a su alrededor. Se tiró sobre la cornisa al tiempo que una roca enorme caía desde la pared que había detrás de él. Escapó de su trayectoria, pero en cuanto lo hizo, la roca se levantó en la cornisa, cambiando su forma a una versión petrificada de Jack que se abalanzó sobre él.

Jack entrelazó sus dedos en un doble puño y lo lanzó contra la cabeza del monstruo. La roca se deshizo enfrente de él, haciendo saltar trozos de roca y ceniza al abismo que se abría bajo sus pies.

Sentía como si su cráneo estuviera agrietándose. Se miró las manos intentando moverlas de nuevo. Se arrancó los restos de los hilos plateados de la cabeza, pecho, brazos y piernas. La montaña gritó, la roca retumbó, y un grito como un trueno salió de los anillos de fuego, provocando una grieta en llamas que se abría paso desde abajo. La grieta salió por el borde y persiguió a Jack por la cornisa. La cámara se sacudió. Jack patinó y trató de agarrarse a algo. De los anillos empezó a elevarse lava ardiendo y burbujeante.

— ¡Cae! —

— ¡No! —

El agudo silbido resonó por todas las grietas —*Así es como debe ser* —

14

JACK ABRIÓ LOS OJOS.

—Dios, amigo —dijo Renso, empujando una piedra ensangrentada al oscuro abismo de la montaña. — ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí? —

Jack miraba pasmado a Renso. Sentía como si hubiera estado en una pelea y hubiera salido mal parado. Le dolían todos los músculos y la cabeza, y olía a sexo. Una manta dorada y pesada le rodeaba la cintura. La retiró de una patada y se quedó mirando a la hermosa joven de piel oscura acurrucada a su lado.

Jack la sacudió. Estaba inconsciente y el corte que tenía en la frente sangraba sobre la

túnica de Jack.

Confundido, miró a Renso. — ¿Dónde estoy? —

—Estás en algún tipo de altar —dijo Renso, ayudándole a sentarse. —Como una cueva excavada en un lateral de la montaña. Hay tres en el perímetro. Creo que eran lo que veíamos sobresalir de la base de la montaña desde el Hornet. —

— ¿El qué? —

—Mi avión, del que por cierto no queda más que goma derretida y yesca. Me debes un montón, amigo. —

Jack se tambaleó hasta las rodillas. Sintió a Renso sacudirlo. El pánico y la incredulidad chocaban en la psique de Jack. Renso no le tocaba.

El suelo temblaba.

Él temblaba.

—Despacio, amigo. —Renso le cogió del brazo con dos buenas manos. —Hay un largo camino. —

— ¿En qué momento estoy? —

— ¿Qué? —le preguntó Renso, sin entender la pregunta que le hacía Jack.

— ¿Momento? —Tartamudeó Jack — ¿Cuándo estamos? —

—Pasada la media noche del día en que volamos, si es a lo que te refieres. Llevo horas buscándote. —Renso le alargó una cantimplora. Jack tragó y tragó hasta que el agua le resbaló por la barbilla.

—Mi paracaídas se enganchó en los árboles así que también estuve fuera de combate un tiempo. Pero Dios, ¿cómo demonios has llegado hasta aquí abajo? —

Renso miró en la gruta. Las paredes estaban llenas de filas de coloridos símbolos y dibujos. Renso apuntó la linterna hacia uno de ellos. Era un detallado dibujo de un hombre cabalgando por las estrellas a lomos de lo que a Renso le parecía un león de montaña, un puma para ser exactos. Giró la linterna hacia unos círculos punteados y entrelazados, esculpidos en el arco de la gruta.

— ¿Qué es este lugar? —

— ¿Renso? ¿Eres tú? —Jack sonrió al darse cuenta de quién estaba con él.

—Renso, me alegro tanto de verte. Pensé que habías caído con el avión. —Jack levantó la mano y acarició la dura barba de su amigo.

—Yo también me alegro de verte, Jack, y caí con el avión, pero gracias a Dios no hasta el suelo. —Jack le devolvió la cantimplora. —Tenemos que movernos, Jack. No tenemos mucho tiempo. —

— ¿Tiempo para qué? —Jack se levantó y al momento se sintió mareado, confundido y con náuseas. ¿Qué demonios llevaba puesto? Levantó las mangas de la túnica bordada, la lana le picaba. Sus piernas estaban cubiertas de arañazos, como de garras, un corte en su brazo sangraba, y la piel entre los tobillos y la ingle estaba cubierta de delgadas líneas rojas, como quemazos provocados por una cuerda.

Renso le ayudó a levantarse, guiándole por la cornisa hasta la sección más corta de la roca por la que había descendido.

Jack miró hacia arriba, estaban a unos diez metros dentro de la montaña.

Sin previo aviso, un estruendo sacudió toda la base. Jack se deslizó hacia delante. Renso lo cogió y lo apretó contra la pared hasta que el temblor pasó.

—Este volcán está a punto de estallar de nuevo, Jack. No sé cómo has llegado hasta aquí abajo, o qué hacías con ese... ese animal de ahí, no es asunto mío. —Renso señaló la cueva y a lo que estaba acurrucado bajo la manta con Jack.

—Tenemos que salir de aquí. ¡Ya! —

De repente un géiser de vapor negro explotó a través de la montaña, lanzando trozos de roca ardiendo por el pico, que caían sobre Jack y Renso mientras intentaban subir. Renso medio llevaba, medio arrastraba a Jack hasta donde había dejado su cuerda. El aire se condensaba entre el alquitrán y el sulfuro.

—Renso, deberíamos bailar y tomar una copa y... quién sabe. —bromeó Jack, cogiendo y sacudiendo la mano de su amigo.

—Amigo mío, no sé qué ha pasado estas últimas horas, pero sí tengo una cosa muy clara,

tu, Jack Harness, vas colocado. —

—Creía que habías muerto, Renso. —Exclamó Jack —Me alegro tanto de que no sea así.

—No gracias a ti —dijo Renso, enrollando su cuerda alrededor de la cintura de Jack y asegurándola con dos gruesos nudos. —Esta mañana eras un hombre poseído. Los ojos sangrando, sonidos extraños saliendo de tu boca, y entonces me atacaste. Saltaste sobre la cabina de mando e intentaste romperme la muñeca y acabaste por arrancarme la piel. —Renso levantó la muñeca, enseñándole a Jack tres parches en carne viva de dónde habían arrancado la piel. —Y entonces me dejaste inconsciente. —Comprobó que la cuerda atada a Jack estuviera tensa. —Lo siguiente que recuerdo es que volabas por el cielo como un maldito pájaro enorme y que mi Hornet está a punto de estrellarse contra la montaña. —

Jack cogió a Renso por los hombros, lo atrajo hacia sí e intentó besarlo.

Renso le dio una colleja. —Jack, no hay tiempo. Voy a subir a la cima y luego tiraré de ti para sacarte. —

—Puedo trepar, soy un escalador experto. Una vez reté a Hillary a una cima... ¿dónde era? El Everest no, de eso estoy seguro. —

—No estás en condiciones de escalar sin ayuda. Quédate aquí. —Renso empujó a Jack contra la pared.

—Sólo unos minutos más, ¿de acuerdo? Te sacaré de aquí enseguida. —

—De acuerdo mi muy buen amigo. —se rio Jack.

Pasándose la cuerda por encima del hombro, Renso empezó a trepar la roca.

En la cueva, Gaia se desperezaba.

Jack miraba, embelesado, como la hermosa joven India se quitaba la manta, estiraba el desnudo cuerpo y andaba hacia él por la cornisa. Se movía con gracia y su sonrisa invitaba. Jack podía saborear el jengibre. Podía oler su placer. Levantó los brazos incitando a Jack para que la abrazara. A la luz de la luna sus ojos brillaban como el cobalto. A Jack le dolía el cuerpo de lo mucho que la ansiaba. Dio otro paso.

— ¡Jack para! ¡Sal de ahí! —

Jack miró hacia arriba. Renso estaba de pie en el precipicio sosteniendo la cuerda. Tras Jack se oyó un rugido salvaje. Sin mirar atrás, estiró de la cuerda.

Le levantaron de la cornisa, y por un momento quedó colgado y balanceándose sobre el precipicio.

—Jack —gritó Renso —no vendría mal un poquito de ayuda. —

Cogiendo la cuerda, Jack se impulsó y escaló.

Entonces miró atrás, la mujer India, con los brazos extendidos y los ojos suplicándole que volviera. Jack dudó. La cuerda cedió un poco. Jack descendió un poco hacia la cornisa.

En ese momento, Gaia sacó la espada de detrás de su espalda y la puso contra el cuello de Jack.

— ¡No debes marcharte! —

15

RENDO HABÍA ENCONTRADO suficientes salientes en la cara de la roca que le permitían moverse con rapidez y agilidad, lo cual era positivo, ya que el aire dentro de la montaña era pesado y estaba cargado de ceniza y sulfuro, que hacía llorar los ojos.

Cuando casi había llegado a la cima, miró hacia abajo. Dios, no.

Jack se había movido. Tras él, la criatura se desplazaba por la cornisa y Jack andaba hacia ella con la mano extendida. Era un león de montaña, un puma negro, un animal propio de los Andes pero ya extinto en esta región. La bestia tenía una herida en carne viva sobre el ojo, donde Renso le había golpeado, y sangraba sobre la roca.

Renso puso el pie en un saliente cerca de la cima y se impulsó hacia arriba, rondando rápidamente fuera de la abertura a la vez que desataba la cuerda tan rápido como podía. Había luna llena y la plataforma estaba bañada en su clara luz.

Poniéndose de pie, Renso corrió hacia un afloramiento de rocas en las que ató su extremo

de la cuerda y entonces se volvió, atando dos vueltas de cuerda a su cintura.

Apoyándose en la cuenca, Renso bajó la cuerda y llamó a Jack. El puma estaba listo para saltar. Renso sabía que se lo llevaría con él al interior del volcán.

— ¡Jack, para! ¡Sal de ahí! —

Sintió como Jack tiraba de la cuerda.

Vio saltar al león de la montaña.

Tiró de la cuerda. Durante un segundo, Jack se quedó balanceó por el precipicio con el puma gruñendo y lanzando zarpazos contra sus pies.

—Jack —gritó Renso —no estaría de más un poco de ayuda. —

Gracias a Dios, Jack trepaba. Renso se relajó.

Un repentino tirón de la cuerda hizo que Renso se diera cuenta de que Jack había caído. Oyó el rugir del puma.

Renso sacó la pistola y disparó a la oscuridad.

— ¡Jack! ¿Estás bien? —

Jack miraba a la criatura tendida en la cornisa con el hombro sangrante. —Le has disparado. Era tan hermosa. —

—Estás alucinando, Jack. Estás colocado. No le he disparado a una mujer, era un león de montaña. Ahora muévete antes de que la maldita cosa se levante y trate de comerte. —

Unos minutos más tarde, Renso sacaba a Jack de la cuenca. —Necesitamos volver a la civilización, y rápido. —

Jack miró hacia el cuerpo que había quedado abajo y una gran desesperación se apoderó de él. Si estaba alucinando, ¿por qué todo se sentía tan real, y por qué sentía que debía permanecer allí con ella?

Tras el penoso ascenso de Jack, Renso tiró de él para sacarlo de las fauces de la montaña. A estas alturas el suelo temblaba con tanta violencia, el sulfuro que llenaba el aire era tan denso, que incluso Renso tenía problemas para mantenerse en pie mientras empujaba y arrastraba a un inestable Jack hacia el paso del cañón.

A medio camino, Renso divisó un claro y un pueblo desierto. —Al menos los que vivían aquí han podido salvarse. —

En el centro del claro había un templo de piedra, con forma de pirámide redondeada. Renso decidió que volvería si la montaña seguía allí una vez cesara la erupción.

Jack se paró en las afueras del túmulo. —Creo que estaba aquí. —

— ¿Cómo es eso posible? —

Jack presionó el cuerpo contra un bloque de piedra irregular que obstruía la entrada al templo. No se movía. Empezó a reír. — ¡Ey! Un poco de ayuda. —

—No hay tiempo, Jack. Tenemos que salir de esta montaña antes de que entre en erupción.

—

Jack seguía empujando, la piedra se movía unos pocos centímetros y luego volvía a su posición.

Renso siguió andando hasta que se dio cuenta de que Jack no le seguía. Empezaba a enfadarse. Quería a Jack, se conocían desde la Gran Guerra, y Jack le había salvado la vida. Y desde luego había sido el mejor polvo de su vida, pero ahora, colocado o no, era una verdadera molestia.

Renso se puso detrás de Jack y empujó. El bloque de piedra se movió lo suficiente como para abrir un pasaje. Con las piernas temblorosas, Jack entró en la antecámara y en el templo principal.

—Definitivamente he estado aquí. —Jack podía sentirlo, pero no conseguía conjurar las memorias.

Siguiendo a Jack, Renso se quedó asombrado al ver una cámara adornada como si una reina hubiera vivido aquí, no hace centenares de años, sino ayer. El fuego todavía ardía.

La montaña se sacudió con otro rumor profundo y los dos hombres cayeron. Jack cayó en una pila de cojines que había en una esquina. Ni siquiera intentó levantarse.

—Recuerdo una vieja mujer de pelo blanco y...—la voz de Jack se fue perdiendo al intentar encontrar palabras que no podía recordar.

El suelo se sacudió de nuevo, y esta vez dos piedras triangulares se soltaron del techo, cayendo en un baúl de madera y abriendo la tapa, lo que dejó al descubierto un juego de cuchillos ceremoniales. Renso cogió uno, admirando el aplique de jade de la empuñadura. Pensó que no tenía ningún sentido dejarlo allí, al alcance de cazadores furtivos, antes de que volvieran los aldeanos. Además, algún tipo de evidencia podría ayudar a conseguir espónsos para su viaje de vuelta. Se metió dos de los cuchillos con gemas encastadas en el cinturón.

Jack se frotó los ojos inyectados en sangre. —Tío, estoy frito. No consigo concentrarme en nada más de un segundo. —

Renso se dirigió hacia el fuego, pateando algunos botes de escayola por el camino. Cogió uno y se lo metió en el bolsillo.

La montaña rugió. El suelo tembló. Y una fisura se abrió en la pared de piedra.

— ¿Por qué estamos aquí Jack? Esta mañana he sobrevivido a un accidente de avión, y preferiría no morir enterrado vivo por la noche. Necesito un chupito de tequila y dormir. Mejor aún, necesito una botella de tequila. —

—Y yo —dijo Jack, levantándose de los almohadones con cierta dificultad, encorvándose ligeramente mientras se agarraba los bordes de la túnica, se reía. —Quiero unos pantalones. —

Tras unos minutos rebuscando entre los cestos y arcones de madera que había por la cámara, Jack encontró su abrigo hecho trizas bajo una alfombra, frente al fuego. Lo cogió por una de las solapas.

—Parece que alguien le ha dado con la espada. —

—Gracias a Dios tengo más de uno. —dijo Jack.

Un rumor profundo tiró a los hombres al suelo, el olor a sulfuro empeoró y el humo y las cenizas se colaban por la abertura del techo.

Jack escarbaba entre sus raídas ropas, sin encontrar ninguna de una sola pieza. Aun así sus botas estaban en condiciones. Se sentó al lado del fuego siseante y se las puso.

Cuando se levantó, ni Renso fue capaz de contener la risa. —Parece que te hayas escapado de un manicomio. —

Jack se miró las botas, las profundas marcas como de garras que le había dejado la mujer India, y le asaltó un extraño sentimiento de deja vu, deteniendo su mente y enfocándola. De repente, con una urgencia que no podía explicarle a Renso, supo que debía recordar lo que había sentido, lo que había pasado y si había pasado hoy. La montaña, la mujer, la anciana, el sol en sus ojos, la cueva... Y ya la memoria se desvanecía, se alejaba como la ceniza.

Tenía que escribir lo que recordaba. Era importante. No sabía por qué, pero podía sentir en los huesos que lo era.

Mientras la montaña se sacudía, Jack rebuscó en los bolsillos de su abrigo, sintiendo pena por su destrozo.

— ¿Qué estás haciendo?—

—Necesito encontrar algo en lo que escribir antes de que olvide completamente lo que ha pasado. La montaña está provocando cosas raras en mi cerebro. —

—A lo mejor no es solo la montaña —dijo Renso, levantando un cuenco recubierto con hojas de cacao.

—Sé que es parte de ello, pero lo siento diferente, como si me viera pensar. —

—Toma —le dijo Renso, sacando la libreta de Jack del bolsillo delantero y pasándosela. — Usa esto. —

— ¿Cómo has conseguido mi libreta? —

—La encontré cuando te estaba buscando... después de que el Hornet se estrellara. —

Jack abrió una hoja en blanco, escribió en las páginas sin tener muy claro lo que ponía, pero sintiendo una enorme necesidad de dejarlo por escrito, de capturar todas las cosas extrañas que cruzaban su mente. Tomó notas sobre las dos mujeres, sobre la cámara en la que estaba, el accidente del Hornet y la extraña seducción que se produjo dentro de la montaña. Escribía mientras todo a su alrededor se derrumbaba porque en ese momento, en ese lugar, Jack creía haber perdido la noción de lo que era real y lo que no.

16

UN IMPRESIONANTE CHASQUIDO sacudió trozos de roca del techo del templo, que

cayeron sobre los hombres. Renso cogió la libreta de manos de Jack, la metió en el bolsillo de su camisa y, tirando de su brazo, lo sacó del templo.

Sobre los bancales, los dos hombres vieron como la cima de la montaña estallaba en una explosión de gas nocivo, humo y rocas ardiendo.

—Dios, ¿has visto eso? —preguntó Renso, empujando a Jack frente a él y hacia el descampado.

—Me pregunto que les habrá pasado a todas las mujeres que estaban aquí antes — Preguntó Jack mientras zigzagueaban por el claro, con las manos sobre las cabezas para protegerse de las rocas que la montaña les arrojaba.

Un árbol se arrancó del suelo cerca de donde estaban, sus enormes raíces se separaban del suelo frente a Renso, atrapándole los pies y haciéndole caer en el barro. Mientras Jack se arrastraba para ayudar a Renso vieron con ansiedad como el suelo bajo el templo crecía, como si estuvieran hinchándolo desde abajo. El suelo rugió, la montaña se rompió y se tragó la estructura de piedra.

—Dios —dijo Jack, ayudando a Renso a ponerse de pie y avanzando hacia el paso del cañón que quedaba al otro lado del claro. Era el único camino para llegar a la base de la montaña.

Renso podía oír a Jack reírse unos pocos pasos por detrás suyo.

— ¿Qué demonios es tan gracioso? —

—Eso. —Jack señaló la gruta humeante que había en el lugar en el que había estado el templo. Una fisura tan ancha como una trinchera se abría camino desde el templo hundido y avanzaba por el suelo hacia ellos. Sin aliento, Jack observó como la fisura rodeaba el pueblo, sacudía sus cimientos, la casa de adobe, los olivos cercanos, los hogares para el fuego y los engullía. Y entonces se dirigió directamente hacia Jack y Renso.

—Esa... esa grieta nos sigue —dijo Jack.

—Jack, estás para encerrar —dijo Renso con escepticismo y sin aliento.

Saltando sobre los árboles arrancados de raíz, esquivando los proyectiles que salían del templo, los dos hombres corrieron por el claro hacia la jungla. A su alrededor lo que quedaba del pueblo se llenaba rápidamente de humo del volcando, que rezumaba lava.

—Creo que la montaña trata de detenernos —gritó Jack, al tiempo que apartaba a Renso de la trayectoria de un árbol que caía.

Ahogándose por el olor y el humo, con las fauces acercándose más y más, Renso le gritó a Jack —Creo que lo va a conseguir. —

Cada cabaña y árbol por la que pasaba la fisura eran absorbidos por ella, aplastados y arrugados. A Jack le dolían los pulmones y sus desnudas piernas, tatuadas de cortes y quemaduras provocadas por la ceniza y el carbón ardiente que salía de la montaña. Sabía que tenían que llegar al cañón a través de la jungla, pero temía que fuera imposible atravesarla con la luz de la luna disminuyendo.

Sin tener ni idea de a donde se dirigían, Jack y Renso se adentraron en la jungla, agachándose, esquivando y destejando el espeso follaje que les golpeaba, se les pegaba y los asaltaba.

Jack se paró para recobrar. Sangraba por un corte que llevaba encima del ojo, mientras la grieta se adentraba en la jungla marcando su avance en los árboles aplastados y caídos, como si un monstruo invisible les pisara los talones. Renso se paró al lado de Jack, la ranura cada vez más cerca.

Jack sonrió a Renso, le cogió la cara y lo besó con fuerza en los labios. —Ha sido un placer en muchos sentidos, amigo. Ahora corre. Sé que suena a locura, y sé que estoy absolutamente colocado, pero creo que la montaña sólo me quiere a mí. —

—Pero... no te voy a dejar para que mueras. No cuando acabo de reencontrarte. —

—Créeme. No voy a morir. Ahora, corre ¡Corre! —

Renso miró a los azules ojos de Jack y vio algo que le hizo darse cuenta de que nunca había conocido a este hombre. Pero, incluso de vuelta en las trincheras, había creído la palabra de Jack. Renso se volvió y corrió, con la certeza en su corazón de que esa había sido la última vez que viera a Jack Harkness.

Jack se quedó mirando hasta que Renso desapareció de su vista y, entonces, dio uno, dos,

tres pasos hacía la grieta. Cuando sólo quedaban unos centímetros para que ésta llegara a las botas de Jack, el suelo dejó de temblar, la grieta empezó a cerrarse, el suelo a sanarse, dejando un rastro de destrucción parecía al que habría dejado un viento muy fuerte que los hubiera estado siguiendo.

Desconcertado, Jack siguió el rastro de destrucción hasta la aldea. Miró a la cima de la montaña, tranquila, la erupción había parado, y con una fina línea de sol detrás de ella, cubriendo la cima y bañándola en la pálida luz del amanecer.

El dolor de cabeza de Jack ya no era insoportable. Se sentó en una pila de ladrillos de barro que estaban un poco sueltos y que habían formado parte de la cabaña de alguien. Se quedó mirando su túnica, sus raídas botas y sus piernas, que empezaban a sanar. Se quedó mirando el casco del pueblo, los bancales tras él, transformados en abono, y empezó a reír. Se pasó los dedos por el pelo y aulló.

— ¿Dónde demonios estoy? —

17

Langley, Virginia, a día de hoy.

—RETÉN MIS LLAMADAS —gritó Rex Matheson en su intercomunicador. —Y deshazte de mis próximas reuniones. —

Miró a Darren. — ¿Cómo se ha convertido esta misión en un atajo tan grande de despropósitos? —

El ordenador que tenía delante mostraba una imagen satélite de hacía una hora de la Piazza de la Hacienda del Castenado.

—Todo iba conforme al plan hasta que... —

Darren, utilizando el ratón táctil, amplió la imagen de vídeo del campanario y de Isela disparando. Avanzó la imagen y vieron un minibús descarrillar por el cañón, darse la vuelta, con un cuerpo saliendo por el parabrisas y a la furgoneta caer hasta un alto en la entrada del cañón.

—Por lo que puedo ver, la chica debía de ir en ella con Castenado, pero creo que Carlile no la tuvo en cuenta como amenaza por la edad. Teníamos vigilados al resto de personas de la Piazza. Pero no nos fijamos en ella ni en el campanario. —

— ¿Qué pasó con el Agente Carlile? Conducía el minibús, ¿no? —

—Sí, pero nunca salió, creo que debemos esperar lo peor, señor. —

—Mierda —Rex se pasó la mano por la afeitada cabeza. — ¿Qué ha pasado con nuestro objetivo, Donoso? —

Darren usó el mando para avanzar las imágenes. —Todavía no lo sabemos, pero la cosa se pone peor, señor. —

— ¿Cómo demonios puede ponerse peor? —gritó Rex, paseándose por delante de la pantalla.

—Mire. —

Segunda Parte

“La mente es su propio lugar, y en ella puede crear un cielo en el infierno y un infierno en el cielo.”

John Milton, *El Paraíso Perdido*

Gwen

18

Swansea, Gales, dos semanas antes del disparo de Isela.

GWEN COOPER VIO a la loca mujer moviendo los brazos en el aire y gritando — ¡Distaw! ¡Distaw! —en el pasillo del té y el café. Le echó un vistazo y enseguida la despachó como “chalada”, volviendo a su lucha particular, conseguir que Anwen se sentara en el frontal del carrito de la compra. La loca se movió, con el tiempo, hacia el pasillo de los pasteles y panes, y sus gritos de — ¡Silencio! ¡Silencio! —resonaron en la nave del supermercado.

— ¡No! ¡No! De pie —exigió Anwen, cogiendo un mechón de pelo de Gwen cuando ésta se agachó para abrochar el cinto de seguridad alrededor de la cintura de su hija.

—Esta vez no —dijo Gwen, quitando las pegajosas manos de su contrariada chiquilla de su pelo. —Tenemos que hacer un montón de compra. —Gwen dirigió el carrito hacia la fruta y las verduras.

Anwen no se iba a rendir tan fácilmente. Empezó a gritar, arqueó la espalda, puso el cuerpo rígido y golpeó con brazos y piernas los laterales del carrito.

Gwen puso las manos en las piernas de su hija, en un patético intento de aplastar el inicio de una pataleta. Nunca la había dejado indiferente como esta preciosa niña podía transformarse en un monstruo.

—Por favor, ahora no, Anwen. —suplicó Gwen. —Tenemos que volver a casa antes que papá, o me meteré en un enorme lio. Otra vez. —

Anwen continuó pateando y gritando, atrayendo la atención desde la cola al mostrador de la carne. En mitad de la tarde, los compradores de Swansea no eran muy tolerantes con los berrinches de un niño malcriado. Gruñían y chascaban la lengua. Gwen maldijo por lo bajo.

—Que os den —repitió Anwen.

Gwen miró boquiabierto a su hija —No. Palabra mala, Anwen. —

Genial, ahora aprende a maldecir, pensó Gwen. Una cosa más que añadir a su lista de mala madre. ¿Cuándo había empezado la lista? No podía recordarlo, y al no poder hacerlo se enfadó consigo misma por tener esa sensación. Era una buena madre. Estaba todo el día en casa con Anwen. Pasaba más tiempo con ella que el resto de sus amigas trabajadoras—fuera—de—casa con sus trajes y sus pelos brillantes, estilizados y planchados. Gwen ni siquiera podía recordar si se había duchado.

Venga ya, chica.

Gwen guio el carrito hacia el pasillo de los cereales. — ¿Qué te parecen unos Puffs? —

— ¡Puffs! —chilló Anwen, el berrinche se detuvo en seco.

Gwen se rio. El chantaje como método de control de niños. Funcionaba todas las veces.

—A lo mejor sólo necesitarás un par de horas extra de terapia. —dijo Gwen, besando la cabeza de su hija. Sacó su teléfono y tocó el icono de foto, se lo pasó a Anwen y ésta empezó a pasar fotos familiares.

Girando por el pasillo de los cereales, Gwen se preguntó si el hecho de que Anwen ya supiera usar una pantalla táctil era otro síntoma de su inadecuada maternidad. ¿Qué sería lo siguiente? Acabaría en internet, enviando mensajes sexuales. De verdad, Gwen, déjalo ya. Y entonces vio a la loca. Esta vez la tenía de frente.

La mujer estaba a medio camino en el pasillo del desayuno, abriendo cajas de cereales, poniéndoselas en las orejas, agitándolas agresivamente y dejándolas caer a sus pies. Estaba rodeada de pilas de cereales y parecía que estaba construyendo un nido.

Necesitaban una limpieza en el pasillo seis, sin duda, pensó Gwen, empujando a Anwen hacia el desastre. Sorprendida se dio cuenta de que la mujer no parecía una vagabunda o desatendida. Llevaba puestos unos vaqueros oscuros, una blusa blanca y una americana azul marino. El bolso colgaba de su hombro, de diseño, y estaba cubierto de migas de Weetabix. La mujer murmuraba para sí y cada pocos segundos golpeaba el suelo con los pies y gritaba — ¡Para! —a alguna persona imaginaria que había detrás suyo. En algún punto del camino había perdido los zapatos.

Gwen acercó el carrito y se dio cuenta de que la mujer no era mucho más mayor que ella, posiblemente en los cuarenta, y sintió una punzada de culpabilidad por haberla considerado una vieja chalada.

La mujer vio a Gwen. — ¿Puedes oírlo? —preguntó. Sus labios estaban pálidos y el rímel corrido. Se había estado rascando los ojos. Un montón. Tenía el cuello cubierto de machas rojas y había perdido uno de los pendientes de aro.

— ¿Estás bien, cariño? —preguntó Gwen.

— ¿Te parece que estoy bien? ¡No he tenido ni un minuto de paz hoy! —gritó la mujer, destrozando la tapa de otra caja, metiendo la mano y sacando un puñado de cereales. —Puedo oír algo moviéndose en estas cajas. El encargado debe saberlo. Alguien debería decírselo. —la voz de la mujer se rompió cuando empezó a llorar histéricamente.

Gwen cogió una caja y se la acercó al oído, fingiendo interés y esperando que calmara a la

mujer. La mujer miró expectante a Gwen, que le sonrió con confianza. Manchas blancas de saliva empezaban a acumularse en las comisuras de la boca de la mujer. Gwen se acercó la caja al otro oído para reforzar su preocupación en lo que comentaba, mientras le quitaba con cuidado el teléfono a Anwen.

Inmediatamente, Anwen empezó a gritar como protesta.

Espantada, la mujer dejó caer la caja de cereales que estaba examinando y empezó a saltar sobre las plantas de sus pies desnudos. — ¡Hazla callar! ¡Hazla callar! Hace que me duelan los dedos de los pies. —

Gwen trató de alcanzarla, de calmarla, pero se alejó de un salto. Y Anwen se agitaba en su asiento, gritando cada vez más alto. Una pareja mayor se aproximaba a ellas por el pasillo, pero al observar la escena se retiraron.

—Cobardes —dijo Gwen, cogiendo una caja de maíz inflado de la estantería y poniéndola en las manos de Anwen. Inmediatamente los alaridos de Anwen se transformaron en una queja en voz baja, mientras se las arreglaba con la tapa de la caja. Sus pequeñas manos arrancaban el cartón.

Cuando Gwen se volvió, la mujer estaba a sus pies, de rodillas, balanceándose adelante y atrás, murmurando cosas sin sentido.

Gwen se agachó frente a ella — ¿Hay alguien a quien pueda llamar por ti? —

—Sólo quiero que pare. —Se cogió la cabeza con las manos. —Todo suena demasiado fuerte. Todo. Puedo oírme parpadear. Me duelen los pies. Me duelen muchísimo. —

La pobre mujer posiblemente había dejado de tomarse la medicación, pensó Gwen, poniendo la mano sobre su hombro y apretando suavemente. La mujer gritó y desesperada se apartó del toque de Gwen, como si fuera un cangrejo.

— ¡No me grites! —

—Lo siento... lo siento —dijo Gwen, levantando las manos. La mujer se apoyó contra la esquina de las estanterías que había al final del pasillo, metió la cabeza entre las piernas y se puso la chaqueta por encima de la cabeza.

—Mira, voy a llamar a alguien por ti, —dijo Gwen, los cereales crujían bajo sus pies. — esperaré aquí contigo hasta que vengan. —

La mujer dejó escapar un gemido lastimero. Gwen lo tomó como un sí y se puso el teléfono en la oreja, llamando al 999. Mientras explicaba la situación, Anwen se cubría en una lluvia de cereales.

Enterando la mujer golpeteaba con los pies las estanterías que tenía detrás, pero ya no gritaba ni gemía, tarareaba, no una canción sino más bien un conjunto de peculiares notas que, lentamente, se convirtieron en un canto en gaélico de — ¡Distaw! ¡Distaw! —

—Gracias —dijo Gwen, y metió el teléfono en el bolsillo. Se arrodilló frente a la mujer. —Va a salir bien, cariño, vienen a ayudarte. Estoy segura de que harán que los ruidos paren. —

EL GERENTE DE LA TIENDA y un guardia de seguridad entraron por el pasillo de los cereales, tirando las pilas de granos triturados, las cajas vacías esparcidas por el suelo, un niño en un carrito comiendo de una caja rasgada, abierta como si fuese una especie de animal salvaje, y dos mujeres se agacharon en el suelo, uno de ellas ocultada bajo una chaqueta, cantando y balanceándose sobre las puntas de sus pies.

— ¡Oi! ¿Qué estás haciendo?— El director gritó, señalando con enojo a Anwen.

Felizmente ignorante de lo que la rodeaba, ella buscó en sus cáscaras de avena. —Por Cristo, tendrías que pagar por este desastre y lo sabes. Esto no es una... una escuela de juego— bramó, asintiendo con la cabeza al guardia de seguridad, quien empujó el carro de Gwen hacia fuera de un lado, bloqueando su paso por el pasillo hacia el frente de la tienda.

En ambos extremos del pasillo, una pequeña multitud de compradores se reunían, algunos de ellos tomando fotografías de la escena bizarra con sus móviles.

Gwen intentó sofocar la rabia que podía sentir aumentando en su pecho mientras se levantaba y se enfrentaba al gerente. Abría y cerraba los puños, golpeándolos contra sus piernas, al respirar profundamente y escuchar la voz de Rhys en su cabeza antes de que él se fuera a trabajar esa mañana.

—Por favor, no tengas otra pelea, Gwen. Ya no podemos ir a las Botas o a la carnicería y tendrás problemas con un representante de la panadería Cwm Deri, y no es por probar las magdalenas. Trata de mantener la calma. Por favor. Mantén a la Señora Enfadada en calma.

Gwen sentía a Rhys fuera de su cabeza. La Señora Enfadada. ¿Quién demonios creía que le estaba hablando? Anwen? Estoy bajo control. Estoy siempre bajo control. Podía sentir su pecho apretándose y podía oír al director hablando por su móvil y por un momento pensó que podía ver sus palabras, rosadas y opacas, flotando a través de su campo de visión y luego la explosión en una tarjeta de la prueba de ruido blanco.

Realmente, Gwen, necesitaba un soporte.

Empezó a contar hasta diez. Rhys estaba en lo cierto. Este era el supermercado más cercano de casa. Gwen era consciente de que su temperamento le había mantenido lejos de la superficie por algunas semanas. Desde los terribles últimos días con Jack, había estado viendo mucho rojo, pero, mierda, esa pobre mujer estaba tan obviamente enferma y ese gran mamarracho estaba sobre ruedas de Anwen — su hija, y al tipo ella y Rhys se distanciaron por ser su única hija, nunca — sin su permiso, y aquí sólo estaba tratando de ayudar, tratando de ser una buena ciudadana, vecina servicial. Nadie aprecia sus esfuerzos más que otros. Esta mujer necesitaba su ayuda. Ella lo hizo. ¿Y cuándo fue la última vez que nadie había necesitado su ayuda para algo importante? Demonios, ¿cuándo fue la última vez que había hecho algo significativo aparte de jugar con bloques de madera y ver a la sangrienta CBeebies todo el maldito día.

—La policía está en camino—. El gerente empujó a Gwen cuando pasó y alcanzó el brazo de la mujer encogida.

Y eso fue todo lo que necesitó. Gwen le agarró la muñeca y le torció el brazo detrás de él, volteándole de rodillas y golpeándole la cabeza contra los estantes. —Sé que están de camino. ¡Maldito, yo les llamé! —Gwen estaba nadando en rojo. —Y este desastre no es mío, idiota sangriento. Es de ella.

La repentina acción violenta de Gwen, sorprendió al guardia de seguridad que se congeló en lugar de dar un golpe, luego volvió en sí lo suficiente como para luchar con su jefe desde el agarre de Gwen, y empujando más a la mujer, que se balanceaba y murmuraba de manera más agresiva en el suelo.

El guardia había completado su formación dos días antes, y sabía que no debía tocar a un cliente a menos que sea absolutamente necesario. ¿Era este uno de esos momentos? Miró a Gwen. Esta mujer parecía realmente cabreada. Miró al gerente desde una cierta distancia, pero su jefe se había apoyado contra los estantes, tratando de recuperar algo de su dignidad y sosteniendo su móvil frente a él como un arma.

—Te estoy filmando —le gritó a Gwen — así que...así que será mejor que retroceda.

Gwen le arrancó el teléfono de las manos y lo empujó a la sección de lácteos. Luego se giró y se enfrentó al guardia, que levantó instintivamente sus manos en señal de rendición, retrocediendo dos pasos hacia atrás.

Detrás del guardia, Gwen podía ver los brazos de los clientes estirados en el aire y móviles de imágenes intermitentes. Más allá de la multitud afuera del estacionamiento podía ver las luces de una ambulancia y un coche panda, pero lo peor de todo lo que podía ver una mirada de terror en el rostro de Anwen. Dios, ¿qué estoy haciendo?

Gwen inhaló y exhaló y el rojo en los bordes de su visión comenzó a desvanecerse, el crujido de los cereales a sus pies se suavizó, las luces por encima de ella parpadeaban tenues.

Sosteniendo su mano a la del gerente dijo —Yo soy así, lo siento mucho. Yo...sentí. Pensé que iba a hacerle daño. Esta mujer necesita ayuda.

El director golpeó la mano de Gwen lejos.

—Y usted también, señora.

Anwen comenzó a llorar de nuevo.

—Lo siento. Lo siento mucho. No sé qué me pasó —dijo Gwen, bajando su voz y su mano. —Estaba protegiendo a la mujer. Ella, obviamente, tuvo algún tipo de ataque y simplemente no parecía importarle.

Gwen podía sentir la ira reproduciéndose en el estómago. Se sintió enferma.

Ennoblecido por la vista de la policía entrar en la tienda, el gerente se infló el pecho y empujó el hombro de Gwen. —Quiero que te arresten.

— ¡Mammii! —gritó Anwen. — ¡Sube! —Luego Anwen tiró la caja de cereales a la cabeza del guardia, que se volvió y dio un paso hacia ella.

—No te atreves con la sangre—gritó Gwen, al sentir hervir su sangre otra vez. Ella golpeó el pecho del guardia, que cayó frente al carro, causándole a Anwen gritar aún más.

—Te quiero fuera de mi tienda en este momento—susurró el director, empujando al guardia hacia la entrada. — ¡Ve a buscar a la policía!

—Bien...eso está bien—dijo Gwen, recuperando el aliento y desenganchando a Anwen del coche. —Por favor, vamos a hacernos cargo de esta mujer primero. Ella realmente está en mal estado.

El guardia de seguridad se volvió y miró a Gwen mientras negociaba su camino a través de la multitud de compradores en las puertas delanteras.

Mientras mantenía un ojo en Gwen y estaba pie detrás de él con Anwen en sus brazos, el encargado estaba de cuclillas a una distancia de seguridad frente a la loca, que estaba ahora aullando de angustia y temblando violentamente, con la cabeza envuelta y escondida bajo su chaqueta.

—Creo que está teniendo algún tipo de ataque epiléptico— dijo el encargado.

—No jodas, Sherlock —espetó Gwen.

—Escucha, puta —dijo el encargado, finalmente perdido en sí. Se puso de pie, señalando a Gwen. —Usted es una amenaza sangrienta y por lo que sé le hiciste algo a esta mujer y por eso ella está en ese estado.

Una bola de color blanco, como el de postcombustión de un flash de la cámara, estalló frente a los ojos de Gwen. Ella estaba a punto de cargar contra el encargado de nuevo, pero Anwen se retorció en sus brazos. Gwen parpadeó con fuerza y el coraje se acomodó en su pecho.

Los aullidos de la loca se habían convertido en gritos de terror, deteniendo al encargado y Gwen de su enfrentamiento.

— ¿Eso es sangre?— preguntó el director, notando un pequeño charco formando bajo la loca.

Dos paramédicos iban con una camilla con ruedas apiladas con bolsas de equipo bajo el pasillo de los cereales, lo que obligó al director y Gwen irse a un lado. El director tuvo la oportunidad de estar claro de esta madre loca. Caminó por el pasillo para saludar a los dos agentes de policía que habían llegado con la ambulancia.

— ¡No te atrevas a moverte!—le gritó a Gwen. —No te irás hasta que yo lo diga.

—Vete a la mierda— murmuró Gwen, deslizando a Anwen en su cadera, mirando con

preocupación ya que los paramédicos trataban de obtener un brazalete de presión sanguínea de la loca que ahora estaba postrada en el suelo, respirando con dificultad, con el cuerpo rígido como una tabla, con acumulación de sangre debajo de la cabeza, que junto con sus manos aún estaba envuelto en su chaqueta.

— ¿Ha ingerido algo? —preguntó la médica a Gwen, mientras que su pareja trataba de desentrañar la cubierta de la cabeza de la mujer. Ella golpeó su distancia manos, luchando contra sus ministraciones.

—No sé quién es —dijo Gwen, apretando su agarre en Anwen, consciente del director agitando los brazos mientras uno de los policías la miraban a ella y anunciaba por la radio de su solapa, solicitando copia de seguridad. Este día no va a terminar bien.

—Ya estaba muy agitada cuando la vi—dijo Gwen al médico. —Creo que ella entró en la tienda de esa manera.

El médico estaba cortando la chaqueta alrededor de la cabeza de la mujer, y su largo pelo estaba enmarañado en su propia sangre.

Gwen se estremeció, su ira se convirtió en un dolor sordo en sus extremidades, las náuseas se estaban disipando. Oh Dios, si pudieran seguir los movimientos de la loca a través de la tienda, entonces podría seguir la de ella y ella no tenga que dar a Rhys una razón más para estar decepcionado con su capacidad para llevar una vida normal. Estaba ya en la cuerda floja de la zona. No, mejor que el hielo agrietado.

Por último, los médicos tuvieron a la loca restringida lo suficiente para separar la chaqueta de ella. Su pelo estaba pegado a su cuero cabelludo. El sudor empapaba el rostro de la mujer. Y la sangre. Mucha. La mujer entrecerró los ojos, en confusión y dolor al enmascarar su cara. Sostuvo algo al médico.

—Está tranquila ahora —dijo.

El médico volvió a caer sobre los talones, buscando frenéticamente a tientas en su bolso un kit de hielo.

—Llámalo —le gritó a su compañero, que no podía dejar de mirar a la cara y la cabeza de la mujer, con la carne pulposa y rosada sobre su cuello y el sangriento oído apretado en su puño empapado.

El médico miró a Gwen para decirle que era mejor que fuese a la policía para la declaración, pero Gwen y Anwen habían desaparecido.

ACUNANDO UNA TAZA de chocolate caliente en sus manos, Gwen se quedó fuera de la ventana de la luna llena. Detrás de ella, Anwen dormía, al fin, y Rhys, finalmente, había encabezado a nivel local, el 'un poco de cordura', gritó.

Gwen había editado en su papel los acontecimientos del día considerablemente, limitándose a decir lo que apoya la breve mención de "la loca en el Supermercado" en las noticias locales. Rhys afirmaba que estaba enfermo de sus burlas autocríticas sobre sus capacidades nacionales. ¿Le dijo a ella realmente que pensaba que era una mala esposa? Sus quejas le estaban agotando, afirmó. Se negó a ser arrastrado a otra pelea con ella por qué estaba tan triste, por qué se sentía tan inútil y por qué había tenido ese terrible sabor de boca desde que había vuelto a casa de las tiendas. Ella le había dicho que sabía a la desesperanza, que, según él gritó, era tan ridículo como que a lo que se estaba convirtiendo. Golpeó la puerta de la cocina, y se fue pisoteando al camino.

Gwen cerró los ojos, tratando desesperadamente de dejar que el silencio le calmara. ¿Cómo llegó ella a este lugar? ¿A este punto en su vida donde no tenía ni idea de quién estaba o a lo que estaba destinado a hacer ahora? Durante un tiempo, había sido alguien — un miembro de un equipo, una fuerza formidable, protegiendo al mundo de muchas de las cosas más terribles que esperaba que su hija nunca fuera testigo, y, oh, ella amaba a su hija más que a la vida misma. ¿Por qué entonces era tan miserable? ¿Por qué estaba tan enojada al tiempo que tan terriblemente triste?

Bebió un sorbo de cacao, secándose las lágrimas de la cara. Sin esperanza, eso es lo que sabía.

Tal vez sólo necesitaba un poco de compañía. Gwen observó las nubes finas cortadas en la cara de la luna.

—La marea está llena —susurró. —La luna se encuentra justo en el estrecho... y voy derecho de mi roquero —dijo en voz alta para sí misma recitando un sangriento poema que aprendió de memoria en la escuela.

Detrás de ella, Anwen se puso a un lado, cogiendo sus mantas, olisqueando de la manera que los niños hacen, hasta que volvió a entrar en sueño otra vez. Gwen sabía lo que su madre pensaba que estaba mal — la depresión post parto, la depresión post—parto. Pero Gwen sabía que no era eso.

DPT, más bien. Depresión Post— Torchwood.

¿Tal vez debería hablar con alguien por lo que estaba pasando? Después de la explosión de hoy en el supermercado, estaba segura de que ella necesitaba un poco de ayuda profesional, y era necesario encontrar a alguien en quien pudiese confiar para ayudarle a tomar sentido de sus sentimientos mixtos, para ayudar a averiguar los pasos que debía seguir en su vida.

Dejó la taza en el amplio alféizar de la ventana y se enroscó las piernas por debajo de ella.

— ¿Dónde estás, Jack? Realmente te necesito. Algo terrible me está pasando.

21

GWEN NO ESTABA SEGURA de cuánto tiempo llevaba sentada junto a la ventana, mirando la luna creciente, pero era el tiempo suficiente para que la autocompasión comenzara a enojarla demasiado. Ella necesitaba tomar el control de la situación. Se puso en pie, golpeando su taza en el suelo, con una decisión tomada.

Salió de puntillas de la habitación de Anwen y ya en su habitación elevó el monitor de seguimiento del bebé de la mesita de Rhys subiendo el volumen más alto. La respiración de Anwen era firme y clara. En la planta baja, cogió el teléfono de la mesa del pasillo donde se había puesto el correo de hoy y una linterna de debajo del fregadero. Cogió su abrigo de detrás de la puerta de la cocina, dejó su teléfono en el bolsillo, manteniendo el monitor del bebé en su mano. Cuando llegó a la puerta principal, puso el monitor en su oído para asegurarse de que todavía podía escuchar a Anwen. Y podía.

Gwen corrió por la calle, poniendo el monitor en su oído cada pocos pasos para estar segura. Al final de la calle, tomó un giro a la derecha, en dirección a una hilera de garajes y abrió una de las puertas. Estaba satisfecha de que Anwen aún durmiese y pudiese oírla. Gwen sacó un juego de llaves de coche de su bolsillo e hizo clic en el llavero. Justo enfrente de ella en la oscuridad, algo sonó con dos destellos. Gwen levantó la parte inferior de una lona de camuflaje y aparecieron las puertas traseras de un gran vehículo negro.

Dejando las puertas traseras abiertas y la lona cubierta sobre ellas, Gwen subió dentro del caparazón quemado del único vehículo superviviente de Torchwood. La parte de atrás de la camioneta estaba vacía. Los asientos destruidos de hacía mucho tiempo, el olor de caucho carbonizado, pólvora, pizza y de todas las cosas persistían en su interior. Por un breve momento, Gwen estaba sentada en la parte trasera de la camioneta a toda velocidad por las calles de Cardiff, Jack conducía, riendo, con la mano apoyada suavemente sobre la rodilla de lanto. lanto, serio, como siempre. Tosh y Owen burlándose de él desde los asientos traseros.

Los suaves gritos de Anwen desde el monitor la trajeron de vuelta a la camioneta y el caparazón que realmente era. Gwen esperó a estar segura de que Anwen se había recostado a dormir. Cuando lo hizo, Gwen se arrastró hasta la parte delantera del vehículo, levantando un espeso revestimiento de plástico, balanceándose en todo el camino hasta las puertas traseras.

Apretó el llavero en una serie de tres pitidos, una pausa y, a continuación, otros dos, viendo como un compartimiento se habría en el centro de la SUV y una pantalla de ordenador y el teclado emergente.

Gwen estableció el monitor del bebé a su lado, consolándola. Encendió el sistema. En el techo del SUV, una antena del tamaño de una aguja de tejer se reveló entre los pliegues de la claraboya rota.

Se registra en el sistema, sonriendo como el familiar logotipo de Torchwood aparecido en pantalla. Después de que hubiesen sido tan fácilmente descubiertos por la CIA hacía unos meses, y suponiendo que todavía podrían estar siendo observados, Gwen había acordado con Rhys que habían de mantener los ordenadores y el Internet de su casa. Cada semana, Gwen exploraba la casa y su automóvil para los insectos. Hasta aquí habían estado solos. Si Rhys descubriera esta configuración, Gwen estaba segura, dado todo lo que ella le había hecho pasar, que esta sería la última oportunidad.

—Así que vamos a mantener esto como nuestro secreto—dijo poniendo el monitor del bebé a su lado.

Gwen buscó en Google "loca del supermercado" y encontró seis versiones ya subidas a YouTube. Después de que ella hubiese visto tres de ellos y se viese a sí misma atacar al encargado de la tienda desde una variedad de ángulos, se sentía avergonzada, pero, tenía que admitir, que también se sentía un poco orgullosa de que aún podía defenderse, y que aún podría

patearle el culo a alguien.

No, Rhys tenía razón, pensó. Ella necesitaba, realmente, tener un control de la ira. De ninguna de las maneras ella se había estado defendiendo a sí misma o Anwen. Pero aun así, no podía dejar de sonreír mientras lo repetía, rebobinado y reproducido de nuevo, el momento en que pateó al gerente hacia los cereales para el desayuno y la mirada de terror en sus ojos.

Pausó el vídeo y Gwen se apoyó en lo que quedaba del tablero de la SUV con el corazón acelerado. Se había colado aquí con la intención de utilizar el software de Torchwood para borrar todos los registros del incidente, pero antes de que ella se decidiera a visualizar la última de las cuatro versiones del incidente. Ésta se había grabado desde el otro lado del pasillo por lo que había capturado Gwen, Anwen se apretó contra su pecho, esquivando la salida de emergencia para hacer su escape. La persona que tenía la grabación había señalado de nuevo a la mujer y a los paramédicos después de que Gwen se hubiese ido. Las noticias locales no habían mostrado nada de esto y cuando Gwen terminó de ver lo que ella podía y por qué. Como el médico quitó la chaqueta de la cabeza de la mujer, quedándose sin aliento ante la violencia que se había infligido a sí misma.

Muy extraño. La curiosidad de Gwen triunfaba sobre cualquier otra cosa que había estado sintiendo. Abrió otro programa en el ordenador y se envió el mismo mensaje que había estado enviando durante los últimos tres días, ya que había sentido su vida derrumbarse sobre ella.

Gwen oyó a Anwen toser, se detuvo, escuchó un golpe, luego se abrió un número de ventanas y se desplazó por la pantalla, hasta que tuvo acceso a las cámaras de circuito cerrado de la televisión local fuera del hospital en Swansea. Al reconocer los médicos que descargaban la camilla con la loca atada a ella, Gwen acercó la imagen. La deben haber sedado, pensó Gwen. La mujer estaba extrañamente inmóvil, con los ojos muy abiertos, y vendada con una cinta en el lado derecho de su cara.

Gwen tomó nota de la marca de tiempo en la grabación, cerrándolas todas, excepto una de sus pantallas que a los pocos minutos se había cortado en los registros de ingreso del paciente.

Antes de que pudiera investigar más a fondo, oyó un portazo en la puerta del coche a través del monitor. Mierda. Rhys estaba en casa. Él la mataría si descubría que había escondido todo este equipo, sin importar que ella hubiera dejado Anwen.

—Vamos, vamos—dijo ella, desplazándose por las pantallas hasta que encontró los archivos de admisión de los pacientes del día.

Desde el monitor del bebé, podía escuchar los pasos de Rhys en la escalera, y, por supuesto, Anwen decidió moverse en ese momento. Gwen escuchó sus gemidos comenzar.

Encontró la base de datos. Sus dedos volaban sobre el teclado, con sus picos de adrenalina. Dios, echaba de menos esta carrera.

Anwen estalló en llanto a gran escala.

Desde el monitor, Gwen oyó crujir la puerta del dormitorio abierta. La cuna de Anwen se sacudió, sus gritos eran cada vez mayor. Gwen oyó las pisadas en el suelo. Ella oyó susurros sobre las mantas de Anwen.

Gwen dejó de escribir, con las manos congelado en el aire. ¿Y si no era Rhys?

22

— ¿DÓNDE ESTÁ TU MAMÁ, cariño?

Gwen suspiró, sin saber lo que habría hecho si la voz en el monitor no hubiese pertenecido a Rhys.

Tres registros de los pacientes aparecieron en la pantalla, uno tras otro, dos mujeres y un hombre. Hizo clic sobre el hombre y examinó las notas A & E de admisión. Borracho

y desordenado, él se abrió la cabeza fuera de un pub.

Los gritos de Anwen se acomodaron en gemidos. Gwen oyó a Rhys recogiendo su cuna arriba. — ¿Está tu madre dormida, bichito?

Oyó la puerta de la habitación y los pasos que iban por el pasillo.

Gwen hizo clic en las otras dos cartas de admisión, explorando sus notas también. ¿Cuáles son las probabilidades de eso? Se dijo Gwen. Frenética, se envió por correo electrónico las listas a su teléfono.

— ¡Gwen Cooper!

Gwen saltó. —Mierda—. La estática en el monitor del bebé crujió ruidosamente, y la ira en la voz de Rhys era palpable. — ¡Vuelve aquí. ¿Cómo pudiste dejar a Anwen con su llanto?

Gwen cogió el monitor que estaba a punto de responder y ponerse en contacto con cada segundo, pero entonces recordó que no era una radio, una comprensión que reforzaba lo mucho que extrañaba a su antigua vida. Cuánto echaba de menos Torchwood.

Escuchó los pasos de Rhys limitando por las escaleras. Ella no podría estar fuera y encontrarla aquí. Le quitaría las únicas cosas que ella había dejado y la hacían sentirse necesaria. Aunque, en realidad, ¿qué podía hacer? Él podría encerrarla en el ático como a una mujer extraña. Podía quitarle su hija. Él no se atrevería. La ira de Gwen se anudó en su estómago.

— ¡Gwen! ¿Dónde estás?

Estaba a punto de apagar el ordenador, cuando la pantalla se llenó de estática. ¿Qué demonios? Mirando la estática, pasó sus dedos a través del seguimiento, pero la mantuvo estática. Trató de apagar el equipo. La estática seguía. Y entonces, como si hubiera entrado en el ruido, Gwen pudo ver no más que el ruido gris y la estática a su alrededor.

Sin embargo, una parte de ella sabía que estaba mirando a una pantalla de ordenador dentro de un esqueleto de un SUV en Gales. Era como si estuviera mirándose a sí misma mirándose a sí misma.

Se estremeció.

En algún lugar por delante de ella, Gwen oyó un zumbido bajo. Espera. No es un rumor, es un gruñido.

Gwen apartó los ojos de la estática de la pantalla. Se sintió enferma. Ella podía oír los fuertes gruñidos. ¿Qué era? Saliendo de la estática y gritando en la pantalla, Gwen se arrastró hacia un lado de la camioneta y se quedó fuera en la oscuridad. Las ventanas del SUV habían estallado hacía mucho tiempo.

Esta vez oyó el gruñido detrás de ella.

Dentro de la camioneta.

Se giró alrededor, lista para atacar, y se encontró la cara del animal más hermoso que había visto nunca. Su piel estaba envuelta en terciopelo, sus ojos eran como piedras pulidas — tan negras que brillaban azules. El puma se bajó en sus patas delanteras, sosteniendo la mirada de Gwen.

Gwen podía verse en los ojos del puma, ya no era su cara pero la pantalla del ordenador mostraba un esquema débil de una imagen, un diseño geométrico de algún tipo. Ella estiró su mano hacia el puma, sintiendo el aire a su alrededor seco y caliente. Abrió su boca y Gwen puso su mano dentro.

—Maldita sea, Gwen. ¿Dónde estás?

Los ojos de Gwen se abrieron. Estaba sola en la camioneta. Cuándo fue la última vez que comió o durmió, se preguntó. Ella miró su mano. Estaba mojada y pegajosa y tenía pequeñas lágrimas de sangre en los nudillos.

Detrás de ella, una imagen palpitaba contra la estática en la pantalla del ordenador. Trató de no mirar de nuevo. Presa del pánico, envió una captura de la pantalla a su teléfono.

La roca en el intestino de Gwen se movió, presionando su pecho. Sus labios se sentían agrietados y secos. Los lamió y a Gwen le supieron a melocotones. Odiaba los melocotones. Suave y resbaladizo en su boca. Rhys amaba los melocotones. Gwen odiaba a Rhys.

Ella apagó el equipo cerrado, lo escondió debajo del compartimento en el suelo de nuevo, derribando las antenas, y se arrastró de la SUV. Tiró de la lona de camuflaje y volvió a ponerla,

Gwen cerró de golpe la puerta del garaje y echó a correr por la calle.

La única persona que hacía algún ruido al desayunar en la mesa de Gwen y Rhys la mañana siguiente era Anwen, quien estaba disfrutando de la oportunidad de practicar sus últimos sonidos de granja. Sus grititos de júbilo resonaban contra las paredes así como de los tiesos hombros de sus padres.

—No sé qué te ha dado, Gwen. —Dijo Rhys, cogiendo harina de avena con una cuchara y dándosela a Anwen cuando paraba de balbucear para respirar. —No es propio de ti dejar a Anwen sola.

Le pasó la cuchara a Anwen, recordándole cómo cogerla, riendo cuando la enterró en la avena, cogiendo una cucharada del revés y llevándosela a la boca, haciendo que la mayoría quedara en su babero.

—Lo siento, Rhys. De verdad lo siento. —Dijo Gwen, echándole mantequilla a una tostada. Sus ojos estaban rojos e hinchados. —Tenía que salir. Me siento enjaulada aquí últimamente. — Se detuvo y le ofreció la tostada a Rhys, quien arqueó las cejas pero la aceptó. — ¿Amigos?

Él partió la tostada a la mitad, pasándola una a ella. —Amigos. Pero ni se te ocurra volver a hacerlo.

—Si te sirve de consuelo, —dijo Gwen, —tenía el monitor conmigo todo el rato y la podía oír todo el tiempo. Si algo hubiera pasado, habría estado de vuelta en un instante.

— ¡Todo fuera! —Exclamó Anwen con sus manos en el aire.

—Eso no es lo importante. —Dijo Rhys, apartando la bandeja de la trona y sacando a Anwen. —Me oíste entrar en casa, pero podría haber sido cualquiera. Podría habérmela llevado antes de que te dieras cuenta siquiera de que no estaba.

—Lo sé. Lo sé. Tienes razón. —Dijo Gwen, cogiendo a Anwen de los brazos de Rhys y dejándola en el suelo cerca de una pila de cajas de plástico de colores. Se volvió a llenar la raza de café.

Rhys tenía razón. Por supuesto, tenía razón. ¿Pero tenía que seguir recordárselo? Ya había dicho que lo sentía. Muchas veces. Había pedido disculpas la noche pasada cuando había llegado en un apuro, su corazón desenfrenado. Había mentido sobre dónde había estado, soltando que había salido a dar un paseo para disipar el dolor de cabeza, y esta mañana había pedido perdón por lo menos diez veces más antes de bajar a desayunar.

¿Cuántas veces necesitaba que se lo repitiera para que le entrara en la cabeza? De verdad. ¿Cuántas?

Gwen se dio cuenta de que sus manos estaban temblando. Demasiada cafeína. Vacío su taza de café y la dejó en el fregadero. El golpe sonó alto, como el sonido que la pistola de soldadura de su padre hacía cuando estaba en el taller. Su padre. Lo echaba mucho de menos. Él nunca había tenido demasiado tiempo para pasar con su única nieta.

Anwen había gateado al otro lado de la habitación hasta llegar al armario de las potas y sartenes y estaba vaciándolo.

—De ahora en adelante, si sientes que necesitas irte otra vez, debes decírmelo. —Dijo Rhys, pasándole a Anwen una cuchara de madera del cajón al lado del horno. Anwen golpeó las potas con la cuchara, gritando encantada con el ruido.

—Dios sabe que me hubiera quedado en casa si me lo hubieras dicho. —Añadió Rhys, gritando sobre el ruido que estaba haciendo Anwen y la radio. —Y si necesitas un descanso de pasar el día con Anwen, tan solo dilo. Sabes que tu madre nos ayudará cuando vuelva, y la mía estaría aquí en un segundo.

Gwen se dio la vuelta. —Oh, te gustaría eso, ¿no, Rhys Williams!? Te gustaría que mi madre o la tuya se hicieran cargo porque yo estoy haciendo un trabajo pésimo según todos creéis.

— ¡No! —Dijo Rhys, apartándose de la mesa. —Eso no es lo que quiero decir.

—Oh, ¿no lo es? Y supongo que soy demasiado estúpida para saber lo que quieres decir. Pobre Gwen, ¡encerrada en su pequeño mundo y haciendo a todos infelices!

Anwen dejó de hacer ruido de repente. Rhys se sorprendió ante el ataque de Gwen.

—No me miréis como si fuera una especie de paciente mental.

Anwen lloriqueó. Gwen se acercó a Rhys, clavando un dedo en su pecho. —Está bien para ti, pasando el día en el trabajo, siendo tratado con un adulto, teniendo conversaciones reales con

gente que puede usar el lavabo y masticar su propia comida.

Rhys no lo pudo evitar, se rio. Esta era su Gwen, su familiar, asesina de aliens, pateadora de traseros, y su comportamiento los pasados días era más que absurdo.

Gwen lo empujó contra la nevera. — ¡No te atrevas a reírte de mí! Estoy harta de estar encerrada en casa con ella. Quiero mi vieja vida de vuelta. Quiero a Torchwood de vuelta.

En ese momento, Anwen habló. — Mamá triste.

Gwen se llevó la mano a la boca y huyó de la cocina.

Anwen tiró la cuchara al suelo y rompió en lágrimas. — ¡Mamiiii! Quiero mami.

Rhys estaba sorprendido de como aquella conversación, y su esposa si era honesta, habían degenerado. Esto era peor que la pelea de anoche. Recogió algunos de los juguetes y libros de la niña y los posó junto a ella.

Anwen cogió un libro y lo lanzó. — ¡No libro! — Entonces se tiró sobre su espalda y comenzó una pataleta.

Rhys se agachó junto a ella, acariciando su frente, acercándole su osito de peluche favorito. — Lo sé. Lo sé. Quieres a mami. Iré a buscarla. Iré a por mami.

— ¡Mamiiii! — Lloró, abrazando a su oso.

— ¿Qué les pasa a las mujeres de esta casa? — Rhys le lanzó un beso a Anwen mientras salía hacia el pasillo, cerrando la puerta ante su hija llorosa.

Podía oír los sollozos de Gwen venir del lavabo de abajo. Abriendo de un golpe la puerta, Rhys se la quedó mirando, horrorizado por lo que veía.

Gwen estaba apoyada en el lavabo, con la cabeza agachada, sus manos agarrando las esquinas. Gotas de sangre caían del espejo al desagüe.

— Jesús, Gwen, ¿qué has hecho?

Rhys entró lentamente, colocándose tras ella. Pero antes de que pudiera tocarla, calmarla, ayudarla, algo, Gwen se puso de puntillas, echó la cabeza hacia atrás, y dio a Rhys en toda la nariz.

Éste cayó al suelo, dándose con la muñeca en el váter. Gwen le pisó la otra mano mientras salía del baño.

Durante un segundo, Rhys no se pudo concentrar. Se recostó en el suelo de piedra, el dolor peor que nada que hubiera sentido. Había roto su maldita nariz. Elevó la mano para tocarla, y supuso que no estaba rota pero su muñeca podía estarlo. Gritó de dolor, colocando su mano contra su pecho. Podía oír a Gwen subiendo las escaleras y lo único que se le ocurría es que algo la había poseído. Tenía que ser eso. Un alienígena. Un fantasma. Algo. Porque aquella mujer no era su esposa.

Desde el salón, los gritos de Anwen se estaban volviendo más fieros por momentos.

Ignorando la sangre de Gwen esparcida en el fregadero, Rhys abrió el botiquín de primeros auxilios con su mano izquierda, apartando jarabes para la tos medio vacíos, bolsas de tiritas y un puñado de gomas de pelo hasta que encontró un rollo de sagas. Después de envolver su muñeca lo mejor que pudo con la otra mano, intentó salir del baño, sólo para pisar un charco de sangre de Gwen, resbalar y darse con la cabeza contra el fregadero.

Atontado, descansó con su mejilla contra el frío suelo durante un momento, y cuando por fin pudo ver bien, se levantó y caminó hasta el pasillo con cuidado. Los gritos de Anwen se habían reducido a un sollozo.

Al menos estaba a salvo.

Rhys siguió el rastro de sangre de Gwen hasta el final de las escaleras, donde se paró y escuchó. Gwen se estaba moviendo en la habitación de arriba. La puerta de un armario se cerró de golpe, los cajones se abrieron y cerraron.

¿Qué demonios estaba haciendo?

El corazón de Rhys latía acelerado, su respiración entrecortada, y su muñeca dolía. Sobre su cabeza, escuchó una mesa volcándose. Entonces la cama chirrió cuando Gwen la empujó a través del suelo de madera. El pánico le oprimió el pecho, la adrenalina se extendió por su cuerpo.

En ese instante, el terror se apoderó de Rhys. Entendió exactamente lo que Gwen estaba haciendo. Tenía que detenerla.

El sargento Andy Davidson llevó una taza de té con leche y dos galletas de chocolate a la habitación principal del escuadrón Swansea y se acomodó en su nuevo escritorio. Aquel era su momento favorito del día de trabajo, antes de que la mayoría de su patrulla llegara para llenar la habitación tenía un par de minutos para sí mismo, para comprobar las anotaciones del informe del sargento de noche antes de pensar en las tareas del día. Había sido trasladado alrededor de South Wales bastante el último par de años, una serie de acoplamientos temporales siguiendo a su inesperada promoción. Tenía el mal presentimiento de que la élite lo consideraba más problemas de los que valía. Un viaje no autorizado a Londres y una disputa con un espía sin nombre de MI5 habían, sospechaba Andy, llevado a su último traslado lejos de Cardiff.

Deslizándose su taza y el plato en frente del monitor, Andy dejó el sombrero en el escritorio, revolviendo su corto cabello rubio. Mojó la galleta en el té y revisó los informes de ayer. Dos robos, una serie de hurtos, una pelea en el cine, interrupción de la paz en la Bahía Bracelet, un asalto a la biblioteca de la universidad, una conmoción en un establo local, y un encontronazo en el supermercado que resultó en su cierre durante todo el día.

CID había sido requerida en el incidente del supermercado y en la librería. Los detectives seguían investigando el último, pero una orden de arresto había sido procesada una hora atrás. Cuando Andy leyó el nombre en la orden, su galleta resbaló de sus dedos y se disolvió en el té.

—Mierda. —Dijo, lamiendo el chocolate de sus dedos. Empujando su taza a un lado, clicó en el informe completo. Cuanto más leía, más pensaba que el asalto al manager no sonaba como su Gwen. Y la otra mujer, la que había arrancado su oreja, bueno, por supuesto que estaba loca. Quizás había escapado del Instituto Dellmore, pensó. Aun así, tendría que arrestar a Gwen. Lo haría él mismo, lo primero de la mañana. Era lo menos que podía hacer por su amiga.

Cuando terminó de leer el informe del supermercado, algo hizo 'click' en su cabeza. Su nueva novia, Bonnie de Blackpool, estaba estudiando psicología en la universidad local y estaba enseñando a Andy a prestar atención a sus instintos, a ser abierto con su 'tigre enterrado'.

¡Grrr! Andy sonrió al pensar en ella. Qué habría hecho Bonnie con Gwen, se preguntaba.

El viejo Andy habría contado su corazonada a sus superiores, y luego volvería a su escritorio con su té y galletas. Pero este era el nuevo Andy, y solo porque había rechazado el traslado a un distrito policial más grande para estar cerca de su madre no significaba que no fuera ambicioso, una cualidad que Bonnie aprobaba con ferocidad. Andy estaba dando lo mejor para complacerla en todo modo posible y a ella le gustaba su tigre enterrado, así que lo iba a mantener rugiendo.

Andy volvió a leer las anotaciones que había visto sobre el asalto a la universidad. Algo raro había ahí, también.

Tragando su té templado, Andy cogió el resto de sus galletas de chocolate y salió de la habitación.

Rhys subió las escaleras de dos en dos, tropezando una vez con la alfombra, olvidándose de su rodilla y apoyando ambas manos en el suelo para detener la caída. Ignorando el dolor que subió por todo su brazo, trepó las escaleras que le quedaban a cuatro patas. Cuando estuvo arriba, se detuvo, cogiendo aliento, concentrándose en el paradero de Gwen.

No podía oír sus movimientos ahora. ¿Dónde estaba? Se escondió en un hueco al final del pasillo y escuchó. ¿Había ella encontrado lo que estaba buscando?

Algo pesado se estrelló contra el suelo y se dio cuenta de que Gwen estaba rebuscando los cajones de la habitación de Mary. ¿Por qué estaba mirando allí? Rhys se levantó, le dolía la cabeza, y su muñeca estaba dolorida. Se encontraba anonadado — contento, pero anonadado. Si Gwen estaba en la habitación de Mary, entonces no estaba buscando la llave de la habitación donde guardaba las armas — sabía perfectamente dónde estaba.

¿O había perdido la memoria a la vez que la cabeza?

Gwen dejó escapar un grito desde la habitación y entonces salió volando al pasillo, vio a Rhys sorprendido de pie al otro lado del pasillo y cargó contra él. Rhys la esquivó, se tropezó y cayeron escaleras abajo, pudiendo detenerse justo antes de chocar contra la barandilla al final. No se permitió perder tiempo pensando qué nuevas partes de su cuerpo estarían rotas. Poniéndose de pie como pudo, correteó como un animal salvaje escaleras arriba, gritando a Gwen que parara. Esta vez cuando llegó al final, pudo oír a Gwen desmantelando su habitación.

Su corazón se detuvo cuando la vio en la entrada a su habitación riéndose de él, la llave del almacén de las armas colgando de su mano.

Con toda su fuerza, Rhys se lanzó contra su esposa. Ambos cayeron de espaldas hacia la habitación, descolocando el armario, y, con Gwen dándole puñetazos y escupiendo obscenidades contra él, se golpearon contra el suelo. La cabeza de Rhys chocó contra la base de madera de la cama y por un segundo todo se volvió negro. Fue tiempo suficiente para que Gwen se liberara de su agarre y saliera de la habitación.

Rhys se levantó, el dolor de sus heridas no era nada comparado con el terrible miedo que revolvió sus entrañas. Gwen tenía la llave y podía oírla correr escaleras abajo.

Anwen permanecía en silencio, habiendo llorado hasta quedarse dormida.

Por favor Dios, deja que Gwen venga a por mí primero, pensó Rhys.

A duras penas se movió hacia el pasillo. El teléfono. Las escaleras en frente de él daban vueltas y sintió que iba a vomitar. Necesitaba conseguir ayuda.

¿Porque qué pasaría si no lograba detener a Gwen? O peor, ¿y si se desmayaba y no podía ni intentarlo?

Rhys palmeó sus bolsillos. Mierda. No tenía el móvil. Se acordó de que estaba en la mesa de la cocina. Tragando bilis, asomó la cabeza por detrás de la posamanos. Gwen había arrastrado el cajón de las armas desde el sótano. Estaba en el suelo cerca de la puerta principal y estaba comenzando a abrirlo. Él no iba a ser capaz de pedir ayuda; tendría que detenerla por sí mismo.

No tienes elección, amigo.

Cuando Rhys estaba a mitad de las escaleras, Gwen ya había abierto el candado. Echó un vistazo hacia Rhys cuando éste saltó el último tramo de escaleras, aterrizando en frente suya. Ella levantó su arma, y Rhys pensó que era hombre muerto.

Gwen apuntó a su pecho, gritando. — ¡No me vas a dejar sola aquí nunca más! No pienso oler melocotones nunca jamás.

—Vale, cariño, vale. Puedes hacer lo que quieras. Es tu decisión, pero hagámosla sin el arma. —Dijo Rhys, dando dos pasos adelante, extendiendo sus brazos hacia ella, el dolor recorriendo el camino de su muñeca hasta su hombro, su voz le pareció ronca.

—No te me acerques, tus palabras tienen demasiados apuntes. —Siseó Gwen, clavándole el arma a Rhys. —Me haces daño.

—Bien. Me quedaré donde esto. —Se alejó lentamente. — ¿Pero puedes por favor apartar el arma, Gwen? Necesitas ayuda. ¿No lo ves? No eres tú quien habla.

Viniendo de su espalda, Rhys podía oír el chirrido del parque, el sonido de una silla arrastrándose, y entonces la puerta del salón se abrió y Anwen gateó dentro.

— ¡Mami! ¡Colo!

26

En su camino escaleras abajo, Andy dejó atrás a algunos de sus oficiales que subían desde las taquillas del piso más bajo. Los saludó distraídamente, todavía pensando en lo que había leído en los informes del incidente del día anterior. Dos pisos más abajo, se detuvieron frente a la puerta de seguridad que daba a la zona de video vigilancia. El compañero de Andy, Tommy Livesy, que jugaba al rugby con él en el equipo, estaba de servicio. Bien — Tommy mantendría la petición de Andy en secreto hasta que supiera exactamente qué significaba su descubrimiento. Andy podría haber estado escuchando a su tigre interior, pero no creía que los demás lo escucharan sin un poco de persuasión.

Pasando su identificación por la pantalla, Andy abrió la puerta. Un cúmulo de ordenadores amontonados lo recibió, junto con dos oficiales que miraban cientos de pantallas con transmisiones del CCTV y unas cuantas cámaras privadas de edificios financieros de Swansea.

Su compañero se giró cuando la puerta se abrió. —Andy, amigo mío. ¿Qué te trae por estos lares?

—Nada importante. Un par de preguntas sobre la guarda de anoche. —Andy señaló con la cabeza a la otra oficial en el escritorio. Tommy pilló la indirecta.

—Jan, danos un minuto. Me mantendré alerta.

Jan cogió sus cigarros y un mechero, pero cuando pasó al lado de Andy se paró y estiró la mano. Andy entornó los ojos y le dio sus dos últimas galletas de chocolate. Ella sonrió y salió.

— ¿Qué pasó?

Andy acercó la silla de Jan a la de Tommy. — ¿Tienes la grabación del incidente del supermercado de ayer?

—Dame un segundo.

Mientras esperaba, Andy observó a los hombres, mujeres y niños que se movían a través de las pantallas frente a él. Era hipnotizante y le hizo preguntarse cómo alguien podía hacer un seguimiento, y entonces decidió que sería mejor que no pudieran.

—Lo tengo. Lo mandaré a la pantalla de la esquina izquierda.

Lo hizo y a Andy le llevó unos segundos concentrarse en lo que estaba mirando. La cámara estaba en la puerta principal de la tienda, moviéndose a través de los pasillos cada minuto o dos, lo que significaba que Andy sólo podía ver lo que pasaba en la sección de desayunos de lejos. Además, el movimiento de la cámara hacía que pareciera que estaba viendo un libro animado, el giro que hacía a través de la tienda estaba lejos de ser suave.

No importaba. Tan solo unos minutos después, Andy estaba viendo a Gwen Cooper asaltar al mánager.

Andy cogió su libreta, encontrando rápidamente la página con los números y nombres de los otros dos incidentes locales. Tommy cogió la libreta, mirando la página antes de devolvérsela a Andy. — ¿Quieres ver ese vídeo también? Menuda locura.

— ¿Qué quieres decir? —Preguntó Andy, sentándose de nuevo.

—El detective inspector Horn estuvo aquí a primera hora de la mañana preguntando por el vídeo de ese caso. —Respondió Tommy. —Aunque quizás tú también estés trabajando en él.

—Echemos un vistazo, entonces. —Dijo Andy, volviéndose hacia las pantallas. —Y si alguien pregunta, estoy trabajando en ambos casos.

—Este vídeo está a color así que no es tan confuso como el otro. —Tommy puso el vídeo y Andy se dio cuenta inmediatamente de que estaba mirando el suelo de un edificio imponente. — Es la librería principal de la universidad. Han tenido problemas con estudiantes teniendo sexo en las estanterías.

—Habría ido a comprobar un libro alguna vez. —Se rio Andy. —Si supiera que estaba pasando eso.

—Instalaron un sistema de vigilancia el trimestre pasado. —Tommy adelantó el vídeo. — Mira al tío de pelo rizo con los pantalones holgados.

Andy y Tommy vieron cómo un estudiante joven y su sonriente novia se metían en un pasillo, con libros hasta el techo, donde empezaron a manosearse frenéticamente y a besarse

como babosos.

La cámara estaba colocada de tal forma que nunca se veía completamente a los estudiantes, sólo grabándolos cuando se movían fuera del montón de libros hacia su campo de visión. Pero aquellos juegos no eran el evento principal — Tommy aceleró el vídeo, dándole al play cuando los estudiantes intentaban desabrocharse los pantalones mutuamente.

En ese momento, una mujer de mediana edad que llevaba un vestido oscuro con un cinturón enorme corrió a través de la pantalla y se lanzó hacia la pareja, tirándolos a los dos.

—Jesús. —Dijo Andy. — ¿De dónde salió? —Sabía por sus notas que la mujer era la bibliotecaria principal.

—Oh, eso no es nada. —Dijo Tommy. —Sigue mirando.

Al principio la pareja de estudiantes estaban demasiado sorprendidos como para reaccionar, pero después de que el chico se abrochara los pantalones y se levantara, agarró a la bibliotecaria e intentó separarla de su novia. La señora estiró el brazo, agarrando un pesado tomo de la estantería y, con todo su peso tras el movimiento, golpeó la cabeza del chico con él, rompiéndole el labio y haciendo que un diente saliera disparado.

— ¡Au! —Dijo Andy, llevándose la mano a la boca. —Eso tuvo que doler.

El joven cayó al suelo, obviamente dolorido. Durante unos segundos, ninguno de los tres fue visible en la pantalla hasta que la chica joven, gritando histéricamente, apareció de nuevo y se abalanzó sobre la bibliotecaria, agarrándola con las rodillas contra el suelo.

— ¿Qué demonios está haciendo? —Preguntó Andy, acercándose a la pantalla.

—Según el detective Horn, la estudiante le destrozó la cara a la bibliotecaria.

Andy mantuvo la vista en la pantalla, intentando seguir los movimientos de la chica sin tener en cuenta a la bibliotecaria, pero era difícil debido al ángulo de la cámara y a su frenetismo. Unos segundos después el sonido había atraído a tres estudiantes, que se abalanzaron sobre las mujeres, separando a la chica de la bibliotecaria, agarrándola hasta que seguridad llegó corriendo e impuso control.

Tommy detuvo la cinta. —Según Horn, los tres están en urgencias, en St Helen's. El novio fue operado de la barbilla y la chica está en shock. Horn está intentando averiguar qué sucedió.

—Una pena que no tengamos otro ángulo. —Dijo Andy. —Supongo que ninguno de los estudiantes lo tendrá grabado en el móvil.

—No. Horn dijo que ni siquiera los estudiantes que las detuvieron vieron el enfrentamiento. Sólo el resultado.

Andy miró con detenimiento la cinta parada, a la espalda de la joven mientras estaba sentada sobre la bibliotecaria, sus brazos congelados en el aire sobre su cabeza, sus rodillas presionando los hombros de la otra. Andy pensó sobre las similitudes que habían llamado su atención sobre este caso en primer lugar. Podía oír a Bonnie obligándolo a pensar.

La mujer en la tienda se había arrancado su propio lóbulo mientras Gwen y el mánager tenían su pelea de puños, y aquí estaba la bibliotecaria con heridas faciales graves, el resultando de un ataque igual de extraño.

— ¿Puedes rebobinar hasta justo antes de que la bibliotecaria aparezca?

—Puedo. —Dijo Tommy. En la pantalla, la pareja iba y venía de la pantalla, su energético copular ya no recibía la atención de Andy.

—Para. —Dijo Andy, señalando a la esquina de la pantalla justo cuando la bibliotecaria apareció. — ¿Puedes acercar la imagen?

Tommy hizo zoom al hombro de la bibliotecaria y un lado de su cara.

— ¡Jesús! ¿Qué demonios...? —Dijo Tommy.

—Esa chica no hirió a la mujer. —Dijo Andy, mirando el borroso ángulo de la cara de la bibliotecaria, y lo que parecía su ojo reposando sobre su mejilla. —Creo que la chica intentaba detenerla. Hacer que parara de mutilarse su propia cara.

—Dios, menudo desastre.

—Menudo. —Dijo Andy.

Gwen parpadeó con rapidez, sacudiendo la cabeza, pero mantuvo su arma apuntando a Rhys, ignorando a su hija que se balanceaba contra el marco de la puerta.

—Creo que debo irme. —Dijo Gwen, las palabras saliendo con un extraño tono agudo. Pero en vez de dar un paso atrás, Gwen dio dos hacia Rhys, haciendo que cualquier disparo que lanzara pudiera dar a Anwen también.

Manteniendo la vista en Gwen, Rhys se movió hacia el centro del pasillo, su brazo un peso muerto en su costado, dedos martilleando de dolor. Si pudiera mantener a Gwen hablando, quizás volviera a recuperar la cordura, pero aun así tenía que sacar a Anwen de la línea de tiro.

—¿Qué crees que estás intentando hacer, Gwen, cielo? —Preguntó dando dos pasos atrás, hacia la puerta del salón donde Anwen estaba jugando con sus dedos en la esquina de la alfombra.

—Debes darme tiempo para pensar. ¡Necesito pensar! —Dijo Gwen, su voz llena de ira. —Dé. Ja. Me. ¡Pensar! —Se golpeó un lado de la cabeza con la culata del arma. Una, dos, tres veces, como si intentara meter un poco de sentido común a golpes en él. Rhys jadeó, horrorizado de que el arma se pudiera disparar, pero antes de que pudiera moverse, Gwen lo volvió a apuntar.

Sujetándola con firmeza, apuntó a su pecho, pero su mirada estaba centrada en un punto por encima de su hombro. La concentración de Gwen era tal que Rhys estaba seguro de que había alguien detrás suya.

Gwen ahora murmuraba algo como si estuviera hablando con alguien, teniendo una discusión que no estaba ganando. Gesticulando de forma exagerada, ella comenzó a pasar la pistola de una mano a otra como si alguien se la estuviera intentando quitar.

Ahora que la concentración de su esposa había desaparecido, Rhys decidió que esta podría ser su última oportunidad de moverse. ¿Pero para qué lado? ¿Hacia delante para intentar desarmar a Gwen, arriesgándose a que el arma se disparara y que Anwen se convirtiera en daño colateral? ¿O hacia atrás, sacar a Anwen de peligro, y arriesgarse a que Gwen hiciera algo con el arma?

Gwen apuntó el arma a la cabeza de Rhys. Quitó el seguro. Rhys tomó su decisión. Se agachó, estirándose y empujando a Anwen a la seguridad del suelo del salón, entonces cerró la puerta rápidamente, rezando porque estuviera más segura allí sola que en el pasillo con su madre desquiciada.

Gwen gritó. — ¡No! ¡No!

El arma se deslizó un poco hacia arriba cuando disparó, haciendo añicos el espejo que había tras Rhys. Se lanzó al suelo. Gwen disparó de nuevo. Rhys rodó hacia la puerta que daba al sótano, golpeando su hombro de nuevo contra el duro suelo. Todavía gritando, Gwen disparó y volvió a fallar.

Anonadado, Rhys entendió qué pretendía. Gwen estaba luchando contra sí misma, su cara contorsionándose exageradamente, sus ojos entrecerrados un segundo y grandes y asustados al siguiente, intentando parar con desesperación lo que fuera que estuviera en su cabeza diciéndole que disparara a su marido.

Agazapándose en una esquina, Rhys miró sin poder hacer nada cómo la Gwen enfadada apuntaba a su cabeza. La Gwen que lo quería, que adoraba a su hija, no estaba ganando la batalla.

Una expresión de horror pasó por la cara de Gwen. Sus hombros se tensaron, así como su cabeza, y con sangre corriendo por su brazo, apretó sus manos en el agarre de la pistola. Su compostura flaqueó durante una décima de segundo. La cara de Gwen enrojeció, su concentración agrandando las venas de su cuello. Disparó.

El tiro fue muy alto. Rhys avanzó hacia las sombras, clavándose el cristal roto en las rodillas. Por lo menos si me sigue disparando, pensó, no podrá herir a Anwen.

—Deja de moverte, estúpido, estúpido hombre. —La voz de Gwen era un gruñido grave. — Sólo haces que esto sea más difícil para ti.

Rhys se puso en pie y salió del rincón. —Gwen, tienes que intentar luchar contra esto... Lo que sea que te está diciendo que me hagas daño. Necesitas pensar en todos los buenos momentos que hemos pasado juntos y todos los que podemos pasar con Anwen.

—Podrías callarte, ¿por favor, Rhys? —Gwen sollozó, el arma sacudiéndose en sus temblorosas manos. —Es todo tan triste. Nada importa ya.

Gwen elevó el arma, apuntando directa al pecho de Rhys. Esta vez no había forma de que fallara.

—Te amo, Gwen Cooper.

Gwen disparó. Rhys saltó. El hombro de Gwen se lanzó hacia delante y ella cayó a los pies de Rhys. Él se abalanzó sobre el arma de Gwen, arrancándola de sus dedos y lanzándosela por encima de su cuerpo a la alta figura con abrigo militar que se cernía en el pasillo.

Enfundando su Webley, Jack Harkness corrió al lado de Gwen.

— ¿Por qué has tardado tantísimo? —gritó Rhys, corriendo al salón para rescatar a Anwen. —Te vi por la ventana cuando puse a Anwen aquí. —Rhys apretó a su asustada hija contra su pecho. —Podría haberme matado, capullo.

Jack sonrió y se encogió de hombros, arrodillándose junto a Gwen, quien se había golpeado la frente contra el suelo cuando cayera y estaba ahora gimiendo, su consciencia yendo y viniendo. Comprobando su pulso, Jack suspiro de alivio. Era fuerte.

Rhys lo miró con los ojos entrecerrados. Si no hubiera sido por Anwen, le habría pegado un buen puñetazo al idiota ese.

—Tenía que asegurarme de que realmente iba a dispararte, ¿no? —Dijo Jack, sonriendo. — No podía arriesgarme a disparar a Gwen sin motivo. Me gusta más que tú, ¿recuerdas?

—Sigues siendo un imbécil, lo sabes. —Siseó Rhys, manteniendo su atención en Anwen, quien había descubierto a su madre tirada en el suelo del pasillo. —Pero gracias.

— ¿Mamá durmiendo?

—Sí, Anwen, tu madre está durmiendo. —La tranquilizó Jack, quitándose el abrigo y colocándolo bajo la cabeza de Gwen. —Tenemos que llevarla al hospital. Es una herida fea la que tiene en la cabeza y su hombro necesitará cuidados.

—Creo que tendrá que ser una prisión. —Dijo la familiar voz de Andy desde la puerta principal. —No me puedo creer que esté diciendo esto, pero tengo que arrestar a Gwen.

96-106

28

MIENTRAS ANDY LLAMABA POR RADIO una ambulancia, Rhys llamó a Mary y le dijo lo que le había pasado a Gwen, dando el menor número de detalles posible.

Mientras esperaba, Jack estaba sentado al lado de Gwen y Rhys se paseaba con Anwen somnolienta sobre su hombro.

— Puedes poner a Anwen en su cuna— dijo Jack.— no voy a ningún lado. Estoy seguro de que Gwen estará bien.

— ¡No te voy a dejar solo con mi mujer! Podrías dispararle de nuevo.

— Eh, no te olvides que era a ti quien estaba intentando matar, no a mí.

— Gwen ha estado actuando de forma extraña durante estos días.— dijo Rhys.— No sé qué le pasa.

— No es sólo Gwen.— dijo Andy.

— ¿Qué quieres decir?— dijo Jack, que ya estaba trabajando en los posibles escenarios en su mente de lo que había llevado a Gwen a aquella violencia. Mientras las sirenas sonaban más alto, Jack vio unos puntos amarillos que rebotaban en su visión periférica.

Andy les contó lo que había oído en la comisaría, por qué tenía que arrestar a Gwen y el extraño patrón que él había descubierto en otras mujeres de la zona a las que se les había ido la olla.— y no han sido más suaves.— añadió Andy.— Se hirieron a sí mismas de formas horribles.

La llegada de la ambulancia y de dos coches le interrumpió.

— Voy a ir contigo y con Gwen al hospital.— dijo Andy a Rhys.— y veremos donde

nos lleva. Pero eso me hace que te hagas preguntas. ¿No es así?

— ¿Preguntarte qué?— preguntó Rhys.

— Bueno, quizás hay algo en el agua que está volviendo a las mujeres, ya sabes, locas.

Jack escondió una mueca ante la expresión de Andy.— ¿Cuántas mujeres dices que han perdido la razón y se han mutilado?— preguntó con cuidado.

— Desde ayer,— dijo Andy,— tres más cerca de aquí y al menos tres o cuatro en el norte. Puede haber más ahora.

— Estoy seguro.— dijo Jack, controlando el pulso de Gwen de nuevo, y poniendo una segunda servilleta limpia sobre la herida de su hombro,— lo que sea que está pasando, no está en el agua. Pero cuando vuelvas a la comisaría, Andy, quizás deberías alertar de un posible aumento de violencia doméstica.— se detuvo, sonriendo a Rhys.— me pregunto si Gwen no será la única mujer en querer disparar a su marido.

— Muy gracioso,— dijo Rhys.— ya que eres tan listo. ¿Qué crees que está pasando?

Antes de que Jack pudiera responder, Gwen gimió y abrió lentamente los ojos.

Jack probó un melocotón. Le encantaban los melocotones, pero no había pensado en ellos. Ni siquiera estaba hambriento.

Gwen miró a Jack, jadeó, asustada, intentó sentarse, pero no pudo.

— ¿Qué ha pasado?— gimió, su memoria estaba volviendo y sus ojos estaban abiertos. Lloró tocando con su mano la herida de su hombro, haciendo una mueca ante la toalla empapada.

Rhys se agachó hacia ella.— Estoy aquí, mi amor. Y aquí está Anwen, los dos estamos bien. De verdad.

Gwen se echó a llorar, mirando primero a Rhys y luego a Anwen y finalmente a Jack. Afuera, dos médicos estaban acercándose a la puerta principal, un agente de policía corría tras ellos.

— ¿Quién me disparó?

— Yo lo hice— asintió Jack, limpiando su húmedo rostro.

— Supongo que era mi turno.— dijo Gwen, tomando la mano de Jack y estrujándola. Entonces sus ojos se cerraron y ella se quedó de nuevo inconsciente.

Mientras Jack dejaba la mano de Gwen, notó que su antebrazo estaba sangrando.— ¿Qué ha pasado aquí?— Le subió la manga, y vio una herida en su brazo.

— ¡Jesús!,— dijo Rhys, palideciendo.— Eso es lo que debía estar haciendo en el baño. Se estaba hiriendo a sí misma.

Jack sacó su teléfono del bolsillo antes de que los médicos insistieran en hacer su trabajo, tomó una foto de los tres círculos solapados que Gwen se había cortado en su brazo.

*

Más tarde, Jack estaba sentado en casa esperando la llegada de Mary. Se esforzó por recordar donde había visto aquel dibujo que llevaba tatuado en el brazo de Gwen. En su teléfono, miró de cerca el diseño, desconcertado.

Mientras Anwen jugaba con sus pies, Jack dibujó la figura en una hoja de papel, una y otra vez. La miró fijamente, pasó sus dedos sobre ella, sintiendo familiar las líneas superpuestas y su extraña y antigua estética, pero cada vez que pensaba no tenía ni idea de donde lo había visto antes y qué significaba, cada vez que intentaba concentrarse, para recordar, era inútil. Lo que fuera aquella imagen seguía escapando a su escrutinio.

El Ice Maiden

26

Atlántico Norte, mismo día del incidente en el supermercado

UNA FERROZ TORMENTA estaba azotando el Ice Maiden, un barco de investigación de arrastre en el Mar del Norte cerca del Estrecho Skaggerak. Henry “Cash” Collins, un escocés— guapo, firme y seguro— de pie en el puente de mando, metiéndose su camisa de franela en sus tejanos desabrochados, con un puro sin encender entre sus dientes. Comprobó el radar una vez más para estar seguro. Esto iba a ser malo. Podía sentirlo en sus rodillas artríticas. Apretando un botón en el panel de control, dio la orden de bloquear el barco.

El Ice Maiden era un arrastrero de varas, equipado para navegar en los violentos mares del norte. Años antes, Cash y su padre habían arrastrado salmones entre los viajes de expedición para British Petroleum y Exxon— además de algunas operaciones encubiertas de perforación alrededor del mundo que solo conocían su existencia un tipo o dos. Cuando su padre murió, Cash cambió el nombre del barco, lo reequipó con cañones de aire, redes de arrastre con sónar, sensores acústicos y un sinfín de equipamiento electrónico en su mayoría ilegal, alquilando los servicios del Ice Maiden a los departamentos oceanográficos y geológicos de las universidades y de los institutos científicos. Solo en raros casos en los que necesitaba dinero prostituía los servicios del barco a un gobierno o a una agencia que quisieran hacer una misión fuera del alcance del radar.

Esta era una de esas veces.

Los principios de Cash no tenían nada que ver con su política, que era situacional, y todo lo que si intenso hasta el punto de su obsesiva curiosidad sobre los océanos del mundo. Henry “Cash” Collins nunca había conocido a ninguna autoridad que pudiera

soportar más de diez minutos, incluyendo, a decir verdad, a su propio padre.

Antes de que golpeará la tempestad, Cash había estado perdiendo una mano de strip-poker con su segundo al mando, y actual ex esposa, Dana, la hija de un magnate naviero sueco. Dana era alta, atlética y con el pelo corto y rubio. Había trabajado con el MI5 en una misión en el Ice Maiden. Ahora consideraba el barco su casa, amándolo tanto, si no era más, de lo que quería a Cash.

Atada a un arnés de seguridad en el puente en el medio de la tormenta— un impermeable con capucha, altas botas de goma negra y pantalones negros ceñidos— Dana parecía una adolescente desgarrada vestida de Storm Trooper mientras luchaba contra el viento y la lluvia para alcanzar el cabrestante principal. Cash estaba mirándola desde el puente de mando, al darse cuenta y no por primera vez, de la había fastidiado cuando él, bueno estaba realmente jodido.

Cash había asegurado el equipo informático en el puente de mando con dos de los tripulantes del barco, Nick Finley y Byron Austin. Ambos habían sido licenciados sin honores de la Marina americana por hacer contrabando de medicamentos.

Finn era un áspero americano de origen irlandés, cuyo apodo no era un resultado natural de su apellido, pero sino porque él había pasado la mayor parte de su tiempo negociando en las traicioneras aguas de los muelles de Baltimore, donde solo los tiburones sobrevivían. Utilizando un mando a distancia del tamaño de un ladrillo, Finn estaba asegurando la antena parabólica.

Su colega Byron era un afroamericano de Chicago, su abuelo había servido en la Segunda Guerra Mundial junto al padre de Cash. Estaba comprobando la munición. Dado el incremento de la piratería en la mayoría de los océanos en los que el Ice Maiden había navegado recientemente, sus armas eran tan importantes como su sofisticado sonar y su equipamiento informático.

Bajo la cubierta, el cocinero del barco, un navegante de aspecto peligroso de Nueva Orleans llamado Hollis, y el Ingeniero Jefe un canadiense llamado Sam, estaban ignorando que el barco cada vez marchaba más deprisa. Estaban viendo un partido de fútbol en la pantalla plana que estaba atornillada a la pared. Cuando Finn cerró la parabólica, una onda de estática irrumpió en la televisión y acabó volviéndose negra.

— Bueno, Jesús, cástate con mi madre y ten una vaca,— dijo Hollis, su acento sureño se volvía más fuerte cuando se enojaba. El empujó la mesa y andó hasta la puerta, sus piernas no se doblegaron a pesar del oscilante movimiento del barco.

Miró a ambos lados del pasillo vacío, entonces descolgó el intercomunicador del muro y apretó el botón.

Escuchó durante unos segundos.

— No hay nadie en el puente de mando,— dijo, volviendo a su cerveza y a Sam, que estaba barajando las cartas.

— Una tormenta,— dijo Sam, que había crecido en una comuna en las afueras de San Francisco, cultivando hierba y dieciséis variedades de tomates. Sam tenía una mella en el hombro del tamaño del Monte Rushmore y odiaba cualquier conversación que tuviera que ver con su familia hippy o con su origen mestizo. Él era el perfecto recluta para aquella tripulación, un hombre sin lazos con un país y una conciencia que se adaptaba a las necesidades de la situación.— He oído un silbido en la sala de calderas. Puede que sea una noche larga.

— ¿Entonces qué será?— preguntó Sam, arqueando sus cejas.— ¿Poker, una película o qué?

Hollis le sonrió, una sonrisa que podía hundir barcos.— oh, estoy pensando en “o qué”.

— O qué, nada, dijo Dana, entrando en el cuarto, y sacándose la ropa mojada hasta

que se quedó delante de ellos en una especie de calzoncillos largos, su corto pelo estaba pegado a la cabeza.— Cash y yo no hemos comido nada desde el desayuno y esta tormenta está sobre nosotros. Necesitamos todas las manos en el puente, chicos, no una sobre otra.

— Dana, querida,— dijo Hollis, rodeando a Sam no sin antes dándole un pequeño cachete en la mejilla.— Tu comida está aquí, maja, caliente y deliciosa.— se volvió y le guiñó un ojo a Sam,— Como yo.— Le deslizó dos placas de horno.— De todos modos, Cash siempre piensa que es la peor de las tormentas.

Sam empezó a barajar las cartas mientras Cash entró en todo el desorden, le tendió a Dana una toalla y aceptó la bandeja de Hollis.

— Poker, eso es.— dijo Sam.

*

Mientras tanto, en el mar, el Ice Maiden navegaba bajo la bandera de investigación de las Naciones Unidas, una bandera que les daba una cierta movilidad de incógnito, pero cuando atracaban para subir suministros entonces mostraban las estrellas de Nueva Zelanda o la hoja de Arce de Canadá, ambas las banderas más amigables y menos combativas y naciones, con las que se puede navegar.

Con la excepción de Cash, toda la tripulación asumía, incluyendo Dana, el resto del grupo no sabía qué (o quién) estaba financiando esta última empresa. Desde que empezó la misión, los salarios de la tripulación habían sido depositados en sus cuentas por una organización llamada Instituto Internacional de Defensa Geológica, con una dirección IP y un código postal, que sugería que las oficinas centrales estaban en las Islas Feroe y Puerto Rico. Los beneficios eran generosos, y aunque el casco del barco habían visto mejores días, el depósito de esta misión había significado que Cash podía afrontar una reforma en las cabinas de la tripulación, la cocina y una o dos piezas del sofisticado (y una vez más ilegal) equipamiento de arrastre que él le había echado el ojo hace tiempo.

Para esta misión, la tripulación del Ice Maiden se había encargado de monitorizar los océanos de la Tierra como un recién nacido, comprobando sus temperaturas desde cualquier posible ángulo geológico, observando los más mínimos cambios en los corrientes de aire, trazando patrones climáticos y los cambios de la marea, movimientos migratorios y fluctuaciones de población marina. En los meses pasados la tripulación había hundido algunos dispositivos en la profundidad de los océanos y registrado ecografías desde El Océano Índico al Pacífico Sur desde el Antártico al Atlántico Norte que el Ice Maiden había reunido una masa abrumadora de datos. Cash había transmitido sus conclusiones al Instituto para Defensa Geológica, pero dudaba que nadie, incluso allí pudiera estar haciendo algo en algún sentido.

Cash estaba convencido de que, a pesar que el mundo había cambiado a fuerza de crisis, los países y sus gobiernos habían vuelto a utilizar naves neutrales como antes, creyendo que todo y todos habían vuelto a la normalidad, y haciendo la vista gorda hacia todo lo que sugería problemas inminentes.

Esperaba que todos los datos que recopilaba sugirieran que todo estaba en orden, pero él lo dudaba.

Él estaba en lo cierto y estaba terriblemente equivocado.

Gwen

30

EL HOMBRO DE GWEN HABÍA sido limpiado y vendado. Viéndola agitarse como una loca en la cama del hospital, con sus manos atadas a las barras de seguridad de la cama, su pelo enmarañado y grasiento y sus brazos magullados y vendados— era más de lo que Rhys podía aguantar. Se fue al pasillo a esperar a Jack.

Afortunadamente, los detectives del CID que investigaban los otros incidentes de violencia y conducta desordenada se habían ido. Ellos habían decidido que Gwen, como las otras mujeres afectadas debía estar retenida y sedada hasta que los médicos pudieran determinar que había causado sus crisis mentales y sus graves auto-mutilaciones.

Al salir del ascensor a la planta psiquiátrica, Jack fue inmediatamente asaltada por la rabia de Gwen. Él lo sintió en sus rodillas, un dolor punzante, y lo probó en su boca, como las cebollas. Las malas palabras e insultos de Gwen, se estaban dirigiendo a alguien llamado “Suzie”.

Rhys estaba agazapado contra el muro contrario las pantallas de seguridad de plexiglás, el guardia en su despacho al lado del ascensor vigilaba cada movimiento. La cabeza de Rhys estaba enterrada entre sus manos, pero cuando vio a Jack se levantó lentamente. —

— ¿Cómo está?— preguntó Jack mirando al guardia, un dolor de cabeza empezó tras sus ojos. Gwen estaba en la primera de las cuatro camas, revolviéndose contra los cuidados de dos enfermeras y un asistente corpulento, mientras que la doctora, una pequeña mujer con una bata blanca, tomaba notas en una Tablet. Jack se dio cuenta de que las otras tres camas estaban ocupadas por mujeres heridas, todas ellas sedadas, sus góteros intravenosos estaban al lado de sus camas como delgados centinelas.

— Ella está mal, Jack.— dijo Rhys, su voz se quebró en su garganta.— A causa de su conmoción cerebral, el médico no quiere sedarla del todo, pero no tienen otra opción. Su ira está fuera de control. Es un peligro para ella misma. Para cualquiera.

La doctora puso su tarjeta de identificación en el panel de dentro de la habitación. Salió fuera y se paró con ellos. Jack se imaginó que tenía unos cuarenta años, su piel color caramelo era perfecta. Ella era bajita y parecía muy profesional con su blusa verde pálido y su falda lápiz azul marino que enseñaba piernas suficientes como para que Jack y Rhys se dieran cuenta. La tarjeta de identificación de su bata la identificaba como Dra. Olivia Steele.

— Sr. Williams, Soy la Dra. Steele. ¿Podemos tener unas palabras?— Ella le ofreció su brazo, guiándole hacia una sala tranquila.

Rhys señaló con la cabeza en dirección a Jack.— Él es de la familia... cuñado. Puede oír todo lo que vaya a decir.

Jack sonrió cálidamente a Rhys, aunque el dolor de cabeza estaba empeorando y la intensidad del sabor amargo en su boca.

La Dra. Steele asintió— Muy bien, pero siendo honesta, no tengo mucho que decirle,

Sr. Williams. Su mujer está experimentando una especie de neurosis histérica y puede que nos cueste entender que es lo que la ha desencadenado.— Miró a Rhys y a Jack.— ¿Hay algún caso de enfermedad mental en su familia?

— No que yo sepa,— contestó Jack antes de que Rhys pudiera procesar la pregunta.— Y si se hubiera producido, yo lo sabría...

— No hay nada,— dijo Rhys con énfasis, mirando Jack, que miró hacia otro lado y se encogió de hombros.— ¿Qué quiere decir, que puede tardar un tiempo? ¿Cuánto es un tiempo exactamente?

La Dra. Steele le tocó amablemente el brazo a Rhys.— Con la correcta combinación de medicamentos, en unos días si estamos de suerte, no permitirá hablar con Gwen y examinarla sin presentar estos síntomas físicos agudos. Su tratamiento real dependerá de lo profundo de su neurosis.— La doctora continuó hablándole a Rhys, pero sus ojos seguían a Jack mientras se movía, hasta situarse en el cristal de seguridad con la mirada fija en la sala ocupada, con la mandíbula apretada y las manos en el bolsillo.

— Si su mujer ha experimentado algún tipo de trauma que le ha llevado a esta crisis — prosiguió, volviéndose a Rhys,— entonces tendrá que afrontar que puede tardar años.

— ¿Qué pasa con las otras mujeres?— interrumpió Jack.— ¿También sufren de algún tipo de histeria nerviosa?

La doctora caminó hacia Jack y le siguió con la mirada por la habitación.

— Me temo que no puedo discutir los asuntos de mis otros pacientes con usted?

— ¿Incluso si ellas están sufriendo una histeria similar? Podría estar relacionado... ya sabe, ¿siendo todas mujeres?— preguntó Jack mirando directamente a la Dra. Steele.

La doctora miró a Jack, brillando sus ojos de rabia.— Esto no es el siglo diecinueve, ¿Sr...?

— Harkness, Capitán Jack Harkness.

— Capitán Harkness, su hermana no es un personaje en una novela de Brontë. Ella está sufriendo una enfermedad mental muy real que le está afectando un órgano de su cuerpo, para ser franca, su utero. El tipo de histeria femenina que está insinuando no es más que las fantasías sexuales represivas patriarcales de la clase médica victoriana. El cerebro de su hermana, como el de las otras mujeres, está sufriendo de algo muy real. El hecho de que estemos tratando su mente es más complicado y aterrador, pero estoy preparada para ayudarla.

— ¿Así que está convencida de que no hay un patrón?— continuó Jack, cruzándose de brazos, observando la ligera contracción de labios de la doctora.— ¿No hay causas relacionadas en el hecho de que las cuatro mujeres son de la misma zona y hayan experimentado una histeria similar?

— ¡Oh, por el amor de Dios!— continuó la doctora, despotricando,— Freud habría creído que Gwen estaba sufriendo de alguna rabieta emocional incontrolable y que por el tiempo y una o dos similitudes entre estas mujeres,— señaló a través de la ventana.— están compartiendo sus sufrimientos. Pero, Capitán Harkness, déjeme decirle que, a pesar de lo que haya podido leer en la prensa de lo que le pasó a estas mujeres y a Gwen, la enfermedad mental no se contagia y su hermana y las otras mujeres no son simplemente mujeres histéricas.

Jack asintió y trató de parecer apropiadamente arrepentido.— Si me disculpa.— Ella se volvió hacia Rhys.— Sr. Williams, le mantendré informado de la situación de su mujer. Por ahora, le sugiero que descanse, los días y los meses que tiene por delante pueden ser largos para usted y su familia.

La puerta se abrió de nuevo, esta vez para dejar salir a una de las enfermeras. Los gritos de Gwen se apagaron, pero Jack podía oírla gritar lo que ahora sonaba como "Schoozie"

— ¿Puedo hablar con mi hermana?

— Si es necesario,— dijo la doctora, mientras se dirigía hacia el ascensor,— pero sea breve. Necesita descansar. La medicación la ayudará a dormir, pero también necesita que la presión sanguínea y la adrenalina desciendan a niveles más seguros.

Cuando el ascensor cerró las puertas tras la doctora, Jack sacó su móvil del interior del bolsillo de su abrigo.

El guarda del despacho le miró.— Eh, no puede utilizar aquí el móvil. Déjelo aquí.

Jack lo ignoró.

Rhys miraba tristemente a través del cristal de seguridad a Gwen, que lentamente empezaba a estar menos agitada.— ¿A quién llama?— preguntó.

— La Dra. Steele se equivoca, Rhys. Aquí hay un patron en todo esto. Estas mujeres no son solo una anomalía estadística. La doctora ha confirmado que todas estas mujeres sufren de delirios similares, de crisis mentales similares, sin comentar el hecho de que todas se han mutilado de alguna forma.

Ambos hombres miraron más de cerca a cada una de las mujeres de la sala, esta vez observando las heridas. La mujer más cercana a la cama de Gwen tenía su cabeza vendada, la venda cubría la totalidad de la parte izquierda de su cara. La opuesta a ella, una mujer de veintimuchos tenía un brazo en cabestrillo, con solo tres dedos visibles. La tercera, una gran mujer de mediana edad con los rizos muy descuidados, tenía un parche en su ojo izquierdo, con ronchas rosadas y arañazos que cubrían sus mejillas.

El hombro derecho de Gwen estaba vendado, correas de cuero se ajustaban sobre su pecho y retenían sus piernas de los movimientos frenéticos. Ella parecía pequeña y frágil, al mirarla Jack sintió que su corazón se rompía un poco más.

— ¿Ocurre algo?— preguntó Rhys.— Tengo que ir a casa con Anwen para que Mary pueda venir a ver a Gwen. No puedo cuidarte a ti también, amigo.

— Ves— dijo Jack mientras sus rodillas le dolían terriblemente.— Me sentaré con Gwen hasta que Mary venga.

— ¿Seguro?

— Claro.

Cuando Rhys se fue, Jack marcó un número en su móvil. El guarda golpeó la ventana.

— ¿Esta línea es segura?— preguntó Jack.— Bueno. Necesito que hagas algo por mí.

Jack se rio por algo que le dijeron después de Jack explicara su petición.

— Shelley — dijo Vlad— , muéstranos lo que has descubierto sobre las erupciones y los géiseres de tus análisis apartir de nuestros datos submarinos, incluyendo su actual actividad y el orden en el que ocurrieron.

— Sería un placer, Vlad.

— ¿Qué quieres decir con actual actividad? — preguntó Cash, mientras se acercaba al centro de comunicaciones.

— Ninguno de los sucesos bajo el agua están sobre los esperados límites de placas, y ninguno atraviesa las líneas de falla tradicionales — explicó Vlad—. Pero aquí viene lo más extraño: todas siguen activas, a bajo nivel, pero aun así activas.

— De acuerdo con los datos, Capitán — dijo Shelley— , estos temblores no son resultado de terremotos sino de erupciones volcánicas causadas por una cantidad de conductos hidrotermales que separan el suelo oceánico. — Estaba golpeando su pluma sobre su diario. Mientras lo hacía, aspectos del mapa se iluminaron en la pantalla, con luces rojas parpadeantes que representaban los epicentros—. Estos conductos son similares al que atraviesa la superficie de Gales y otro par de sitios de aguas profundas.

— ¿Qué es exactamente un conducto hidrotermal? — preguntó Vlad.

— Básicamente un géiser submarino.

— ¿Y el orden de estas perturbaciones? — preguntó Jack, encajando estos datos dentro de sus propias teorías.

— Eva tiene una corazonada — interrumpió Vlad— , que estos sucesos de aguas profundas están sincronizados de alguna forma.

— Los géiseres erupcionando sobre la superficie que las sondas de *Ice Maiden* están detectando — prosiguió Shelley— son una consecuencia principal de estos conductos hidrotermales. El primero fue en la costa del sur de Perú, seguido exactamente un minuto más tarde por las erupciones de aguas profundas en la costa de Gales, Escocia, Nueva Zelanda e Indonesia. Y, Capitán, estos conductos hidrotermales no se registran a ninguna escala de medida tradicional. Actualmente, según mis datos, sólo hay otra fuente moritonizando estos eventos.

— ¿Quién? — preguntó Jack.

— La información se está descargando desde un satélite gubernamental de Reino Unido a una oficina en la Cámara del Támesis, Londres.

— Jesús — dijo Vlad— , es el MI5. Pensaba que habías dicho que este programa y esta misión no nos iban a traer a los hombres de negro.

— Este hombre de negro en particular está de nuestro lado — dijo Jack—. Y aunque Shelley pueda monitorizar lo que están haciendo, no pueden... — Vlad rodó los ojos—. Confíad en mí. No tienen ni idea de lo que estamos haciendo, y tengo la palabra de mi amigo de que tendremos algo de libertad. Por ahora, al menos. Está aguantando a Gran Hermano y a Gran Hermana en la bahía.

Eva sólo escuchaba a medias a Jack y a Vlad. Estaba mucho más interesada en el inusual descubrimiento de que el océano tenía una cierta cantidad de nuevos conductos hidrotermales erupcionando desde las profundidades en el núcleo de la Tierra. Más de lo que había registrado ayer. Como científica ésto era intrigante. También le ayudaba ahora a suprimir el deseo por Vlad que no estaba muy lejos de la superficie. Tampoco ayudaba el hecho de que el Capitán, de una forma más refinada e imponente, era también guapísimo.

Céntrate, pensó. Céntrate.

— De acuerdo con mis cálculos — continuó Shelley— , se están creando continuos terremotos a partir un campo de energía bastante inusual desde la primera erupción. No son, al parecer, el resultado de ningún cambio en las placas tectónicas como Eva y Vlad especularon en un principio a partir de los datos.

— ¿Es una resonancia mórfica? — preguntó Jack.

— He estado monitorizando los campos mórficos — dijo Vlad— . Es una de mis áreas de interés— bueno, lo era hasta que me robaron los fondos. No me he percatado de nada inusual.

Shelley continuó.

— Los datos también sugieren que el agua que rodea cada uno de los conductos tiene una composición más alta en carbono, hierro y azufre de lo normal. También detecto rastros de algo más. Necesito más tiempo para el análisis.

— El suelo del océano siempre tiene bastante ácido carbónico — dijo Eva— . Es parte del ciclo del carbono y parte del sistema de eliminación de desechos natural de la Tierra. — Estaba haciendo una representación gráfica de los datos en otra pantalla mientras Shelley lo presentaba.

Vlad estaba mirando a Shelley, que dijo:

— Ruego que me disculpes, Eva, pero aunque seas fiel a tu valoración de que el océano es parte del ciclo del carbono, las cantidades de ácido carbónico que estoy detectando alrededor de cada uno de los conductos hidrotermales son mucho más altos de lo que se considera normal, y, junto con la temperatura del agua, los niveles se están elevando significativamente a diario.

Shelley deslizó la pluma por su diario de cuero y proyectó sus números sobre la representación de Eva, mostrando que los niveles de carbono en las áreas alrededor de cada uno de los géiseres hidrotermales eran más de mil veces más altos que las demás partes del océano.

— También detecto que muchos conductos están formando chimeneas.

— Nuestras sondas tienen que estar estropeadas — dijo Eva, sorprendida por los datos— . No es posible en tan corto período de tiempo. Las chimeneas tardan miles y miles de años en formarse. — Miró a Vlad— . Llevamos las sondas a todos los lugares donde había habido terremotos, pero algo debe de ir mal. Esos datos carecen de sentido. Shelley, ¿podemos activar las cámaras de las sondas que las tienen?

— Activando cámaras en la pantalla.

Vlad se quedó de pie y atravesó el pasillo hasta el comedor, volviendo con cuatro cervezas, pasándole cada una a Jack, a Eva y a Cash. Mirando desde la otra parte de la habitación a Shelley, levantó su botella.

— Por desgracia, esa función todavía tampoco está operable.

Vlad tomó un gran trago de su cerveza, mientras las imágenes de las tres sondas a kilómetros bajo el océano aparecían en la inmensa pantalla.

— No pueden estar estropeadas todas nuestras sondas, Eva. Haré un diagnóstico de las demás, pero todas fallando, ¿al mismo tiempo? Me parece que no.

Eva miró las imágenes de vídeo de la pantalla.

— No me lo creo. Es como si estuviera viendo un millón de años de evolución terrestre en segundos. ¿Qué está pasando?

— ¿Qué estamos mirando exactamente? — preguntó Jack, de pie detrás de los dos analistas.

Eva señaló uno de los conductos donde una estructura parecida a una colmena se estaba formando alrededor del géiser.

— Estos cráteres o grietas en el suelo oceánico emiten una compleja combinación de químicos y gases supercalientes. Lo único que los mantiene hirviendo el agua es la

presión de océano. En todos estos casos, lo que se conoce como una chimenea de ventilación se puede ver elevándose sobre el océano, en torno a cada uno de los géiseres. Shelley, ¿puedes poner una imagen más clara de una chimenea de ventilación?

Al lado de Shelley, apareció una imagen que dejó sin aliento a Jack. Se inclinó contra la silla de Eva, mientras una ola de imágenes atravesaban su mente, una después de otra— un hombre, un beso, un avión, una montaña, una lucha, y luego cayendo y cayendo, el suelo abriéndose y tragándolo. Una hermosa mujer besándolo profunda, apasionada y nostálgicamente, un puma con unos ojos del color de la noche, ágil y pulcro. La fiera familiaridad de las imágenes sacudió a Jack hasta la médula.

Miró otra vez hacia la imagen que Shelley había puesto, consciente de que algo había cambiado en su mente.

— Esto — dijo Eva— es una chimenea de ventilación, una inmensa torre de hierro oxidado, zinc y roca elevándose sobre el suelo oceánico.

La chimenea estaba desprendiendo humo negro.

Y de repente Jack supo donde había visto la chimenea antes. Dentro de una montaña hace muchos años.

— Jack, ¿estás bien? — preguntó Vlad, ofreciéndole su silla a Jack— . Parece que hubieras visto un fantasma.

— No un fantasma, una astilla de mi pasado — dijo Jack, sentándose, calmando su acelerado corazón. Finalmente, Jack entendió que, por alguna razón, su cerebro estaba reconstruyendo una brecha en su memoria, un vacío que había estado allí durante mucho tiempo, juntando las piezas que hacía tiempo alguien o algo las había separado, enviando como un bumerán fragmentos por su conciencia. Y ahora al fin estaban volviendo.

El cerebro de Jack necesitaba más tiempo procesar lo que ya no olvidaba, tiempo para dejar a su memoria llenar los espacios en blanco como si estuviera reconstruyendo la pista dañada de un disco duro.

50

— Shelley — dijo Jack, tragándose la mayoría de su cerveza— . ¿Cuántas chimeneas hidrotermales han detectado las sondas de aguas profundas de la *Ice Maiden* antes, digo, hace dos semanas?

— Incluyendo la que ahora está por la costa de Gales, Capitán, siete.

— ¡Qué! — dijo Eva— . Eso es imposible. Simplemente imposible. Esa clase de fenómeno geológico tarda al menos un millón de años en producirse. El macizo Atlantis tiene al menos dos millones de años.

— ¿Qué demonios es el macizo Atlantis? Suena como una raza de perro — dijo Cash, sintiéndose cada vez más marginado con cada minuto de esta conversación.

— ¿Se lo explico? — preguntó Shelley.

— Por favor — dijo Jack, devolviéndole a Vlad su silla. Jack se puso frente a la pantalla, observando todas las chimeneas de ventilación que parpadeaban en el mapa. Cruzando los brazos, la observó, mientras su mandíbula se apretaba y se desapretaba al ritmo de las luces pulsantes.

— El macizo Atlantis, llamado así por la ciudad perdida de Atlantis — explicó Shelley — , es una montaña submarina en el Atlántico Norte a aproximadamente doce kilómetros

bajo al mar, alzándose sobre su cima a aproximadamente 4.000 metros. Se puede encontrar en la costa norte de África y al este de la cadena montañosa medioatlántica. — Con un gesto de su mano, Shelley sacó una imagen computarizada de la montaña submarina entre ella y Jack—. Eva está en lo cierto. Este macizo tiene 2,5 millones de años.

— Y — interrumpió Eva—, los otros dos o tres complejos centrales del fondo oceánico parecidos a éste que ha sido descubierto son al menos de la misma edad. La Tierra no responde al cambio así de rápido.

— A ver, Shelley — dijo Cash—, déjame ver si lo he entendido bien.

— Puedo hablar más despacio, Cash, si eso ayuda — sonrió Shelley.

A pesar de su ansiedad en aumento, Eva también se rió. Jack se encogió de hombros como si un sentido del humor fuera exactamente lo que te esperarías de un programa de Torchwood.

— Estos temblores están creando conductos hidrotermales y como consecuencia están formando chimeneas como ésta — dijo Cash, ignorándolos. Señaló hacia las estructuras cónicas crecientes que estaban viendo gracias a sus sondas submarinas.

— Correcto.

— ¿Y estos fenómenos geológicos están ocurriendo a una velocidad de evolución que es imposible — Cash pilló el ojo de Jack—, al menos según las reglas como las conocemos?

— También correcto.

— Si todo eso fuera verdad — dijo Eva, finalmente recomponiendo algo de compostura—. ¿Qué es lo que causa entonces las erupciones?

Por primera vez desde que él y Eva habían empezado a monitorizar estos eventos submarinos dos semanas antes, Vlad estaba comenzando a preocuparse de que algo bastante malo estaba ocurriendo bajo el mar.

— ¿Habéis oído hablar de la teoría de Gaia? — preguntó Jack.

— Sí — dijo Eva—, pero es una teoría con tan sólo un montón de temas dispares sin probar.

— Oh, todavía hay unos cuantos más temas que encontrar — dijo Jack.

— ¿Cómo lo sabes?

— Confía en mí.

— Gaia es uno de los antiguos nombres que se le dio a la diosa de la Tierra — dijo Shelley—. La teoría de Gaia fue llamada en su honor y sostiene que todos los organismos vivos, incluida la propia Tierra, son parte de un complejo proceso de autoregulación que lucha por el equilibrio y la sostenibilidad. Esta estabilidad, este equilibrio, depende de tres importantes funciones: la salinidad de los océanos, el oxígeno de la atmósfera y la deformación y destrucción causada por la población humana en equilibrio con las otras dos cosas.

— Y si no es así — dijo Vlad—, ¿qué pasa?

— El equilibrio se perturba — dijo Jack— y la Tierra ya no puede sostener la vida como la conocemos.

— ¿Y?

— Escucha — dijo Jack—. Ya sabemos que el calentamiento global está fuera de control, que la atmósfera de la Tierra ya está dañada, puede que irreparable, y ya sabemos que ese calentamiento global está afectando a todo desde el clima hasta los cultivos y hasta la extinción de especies. Si ahora tenemos chimeneas hidrotermales fluyendo de repente por los océanos con sulfuros de metal, entonces nuestro deber es desalinizar los océanos y quebrantar por completo la habilidad de la Tierra para autoregularse.

Eva estaba estudiando detenidamente los datos que Shelley había resumido, usando una serie de cálculos y simulaciones que ella y Vlad habían tardado meses en completar.

— Jack, tienes que ver esto — dijo Eva—. Ahora tenemos una comparación de todas las fechas de los eventos de aguas profundas con los incidentes de sinestesia informados en el mundo.

Los tres se pusieron uno al lado del otro, observando el mapa iluminarse mientras uno por uno, las fechas de los brotes de sinestesia aparecían en naranja al lado del ya rojo pulsante de los conductos profundos.

Vlad los miró del uno al otro.

— Eso no es bueno, ¿verdad?

— No es nada bueno — dijo Jack—. Shelley, tenemos que saber exactamente qué están emitiendo exactamente estas chimeneas hidrotermales a los océanos y rápido.

— Tardaré más tiempo en analizarlo bien, pero mirándolo por encima yo diría que es hierro, azufre, ácido carbónico, hidrógeno y algo más que no puedo categorizar aún a partir de mis muestras.

— Ejecuta los datos tan rápido como puedas.

— Ayudaría si no necesitara usar parte de mi programa para la proyección.

— Por supuesto. — Jack tocó el disco, y Shelley desapareció.

51

Océano del Sur, una semana antes a la toma de Isela.

La primera chimenea hidrotermal erupcionó desde la superficie del océano y se volvió visible a cien kilómetros de la costa sur de Nueva Zelanda, formando una concha alrededor de uno de los géiseres más pequeños a punto de erupcionar.

Un yate de alquiler era la única embarcación lo bastante cerca como para presenciar el evento, pero los pasajeros a bordo, una pareja de luna de miel procedente de California y dos abogados retirados que no tuvieron oportunidad de reportarlo, fotografiarlo, twittearlo, o incluso comentar que estaba a su lado.

Junto a sus cuatro pasajeros, los dos compañeros del yate observaron con asombro cómo una cáscara rocosa e irregular comenzaba a taponar el géiser como si el agua estuviera escupiendo rocas y construyendo una pared a su alrededor.

En 10 minutos y 42 segundos, el géiser se taponó completamente, dejando una masiva estructura cónica visible sobre el nivel del mar, mientras unas delgadas venas de plata parpadeaban por su acanalada e irregular superficie.

— ¡Madre del amor hermoso! ¿Qué demonios es eso? — dijo uno de los abogados, revolviéndose en su asiento buscando su cámara. Nunca la encontró.

Segundos antes de que el conducto hidrotermal se sellara, su nueva mujer dejó salir un débil aullido de angustia, sacó su anzuelo para pescar y apuñaló a su marido por la espalda.

— Deberías haberme llevado a Roma — murmuró.

Se sacudió y cortó las gargantas de los dos retirados con la navaja de su marido antes de que supieran qué estaba pasando.

— Odio el hedor a pescado.

El primer compañero vio a la joven mujer cargar contra su amigo con una lanza

ensangrentada.

— ¡Danny! Cuidado — gritó, alejando a su amigo del panel de control mientras la mujer le clavaba el arpón en la parte de atrás de su silla.

Mientras Danni atravesaba el suelo en un desesperado intento de alejarse de la mujer, su compañero corrió hasta el camarote abriendo todos los armarios, tirando todo de los cajones en una aterrada búsqueda de agarrar el arma que sabía que el propietario tenía escondido para emergencias. Estaba lanzando libros del casillero sobre una de las literas de repuesto cuando oyó los gritos moribundos de su amigo por encima.

Y luego silencio.

Dejándose caer de rodillas, tiró las herramientas extra para pescar de un casillero de almacenamiento metálico de debajo de la litera más baja.

— Por favor quédate aquí. Por favor quédate aquí.

— Va a ser que no — dijo la mujer, un instante antes de dispararle.

Salpicada de sangre y murmurando con rabia para sí, la nueva mujer subió a la cubierta, estudió su cacería, y luego con una mano temblorosa se puso el arma en la cabeza y disparó.

52

Jack abrió la puerta de hierro del camarote de Dana, entrando dentro en silencio. Se quedó sobre la litera de Gwen, apartando un mechón de pelo de su frente, observando el continuo vaivén de su pecho, escuchando el lento goteo del sedante IV, colgado de la litera de arriba. Los brazos de Gwen estaban cubiertos de moratones y tenía un golpe morado alrededor del ojo, pero la herida de su brazo se estaba curando, ya no era tan visible como antes.

— Eres una señorita dura — susurró Jack.

Levantando su mano, Jack le comprobó el pulso. Normal. Había estado comprobándolo cada dos horas, no sólo por temor a una reacción al sedante IV sino también al temor de que el sedante no funcionara y ella empeorara.

Jack le besó la frente, arrojó su brazo bajo las mantas y salió al pasillo donde se encontró con Hollis.

— Bon ami, justo a tiempo — dijo Hollis, acercándose a Jack por detrás mientras avanzaba por el estrecho pasillo hasta su camarote.

— ¿Qué puedo hacer por ti? — preguntó Jack cuando llegó a su puerta.

— Quería ofrecerte el postre — dijo Hollis.

— Lo aprecio de tu parte, Hollis, pero no creo que pueda comer más del pastel de nueces de tu abuela, por muy rico que esté.

Hollis se puso directamente delante de Jack, poniendo su mano justo en su pecho.

— Oh no estaba ofreciendo pastel.

Jack sonrió.

— En ese caso, será mejor que entres.

*

Una nave al alba nunca es un lugar tranquilo. Todos los espacios son pequeños, todo suena con una voz más amplificadas.

Cash golpeó la puerta del camarote de Jack a las 6:15 de la mañana siguiente.

— Hollis Jefferson Albert tercero — llamó Cash, golpeando otra vez— , aquí tu capitán. Con el que trabajas no es con el que follas. Si no mueves tu agotado culo hasta

la cocina y me das de comer, vas a sentir haber puesto un pie en mi nave.

Hollis se alejó revolviéndose de Jack, cogió su ropa y se dirigió a la puerta.

— Después, mon cher. Sólo está enfadado porque Dana no está aquí y él ha tenido que dormir solo. — Hollis le dio un beso a distancia a Jack y salió al pasillo desnudo, con su ropa colgando de los brazos.

— Ya veo dónde has estado — exclamó Sam, asomando la cabeza de su camarote.

— Estoy dispuesto a compartir — se rió Hollis.

Jack estaba bajando de su litera cuando Eva entró en su camarote. Jadeaba y parecía exhausta.

Jack agarró la sábana, enrollándola alrededor de su cintura.

— Oh, perdón — dijo— . Vi a Hollis yéndose a las duchas. Creía que te habías ido.

— Se encogió de hombros— . Es una nave pequeña.

Jack dio dos zancadas hacia ella. Ella retrocedió hasta la puerta. Jack se inclinó y su cadera rozó la de ella mientras su mano se deslizaba por su desnudo brazo y ella le levantaba la cabeza. Exhaló, pero no se movió.

— ¿Qué puedo haber por ti? — susurró Jack.

— Eso no. — Se sonrojó, pero no se apartó de su camino.

Jack sonrió y retrocedió, sentándose en una esquina de la litera.

— ¿Siempre eres tan fácil de avergonzar?

— Normalmente no — admitió ella, alejándose de la mirada maliciosa de Jack.

— Ya hace tiempo, ¿verdad? ¿Vlad no es tan rápido para pillarlo?

Esta vez, quemaron hasta sus orejas.

— Vlad lo sería si yo fuera como Shelley.

— Hmm. No confundas las fantasías de Vlad con lo que realmente quiere; de otra forma, no sería una fantasía. — Jack se puso los pantalones, dejando sus tirantes sueltos — . ¿Qué te trae por aquí tan pronto esta mañana?

— A mí no, a Shelley.

Eva puso el disco de Torchwood en el pequeño escritorio del camarote y lo conectó. Shelley apareció delante de Jack.

— Buenos días, Capitán. Has dormido bien, ¿supongo?

— Por supuesto.

Por un fugaz momento, Jack se preguntó si Shelley había estado en su camarote durante la noche. Había dejado su portátil encendido en el caso de que Rhys o Andy lo hubieran tocado y parte de la inteligencia de Shelley formara parte de un programa alienígena, después de todo.

Nah, pensó. No hay sido lo suficientemente consciente como para pensar completamente por sí misma. ¿Verdad?

Jack decidió que necesitaba monitorizar su evolución. Sabía que cuando vivías en un mundo con tantas máquinas poderosas juntas al final se desarrollaba una conciencia. Le había echado un ojo a Shelley.

— Capitán, quiero informarte de los resultados de mi análisis del agua que ha estado surgiendo de los conductos hidrotermales.

— La cual — añadió Eva, apoyada en la jamba de la puerta— ha aumentado significativamente.

— ¿Cuánto? — preguntó Jack.

— Al menos siete unidades más en los grupos que estamos monitorizando, y están creciendo igual de rápido que los demás.

— Ésas no son buenas noticias — dijo Jack, recostándose en la cama— . ¿Aún lo está monitorizando mi amigo?

— Sí, Capitán.

— Puede que tengamos que hacer algo con eso, Shelley.

— Sí, Capitán.

— Dile lo que has descubierto, Shelley — dijo Eva, cautelosa de oír demasiados detalles secretos de este hombre; después de una búsqueda a través de la red, sólo había encontrado dos cosas significativas sobre él: que había desaparecido después del funeral de un agente de la CIA y que le gustaba leer.

— Tres puntos críticos, Capitán — dijo Shelley— . Primero, he determinado con precisión los elementos que fueron difíciles de detectar la noche anterior. El primero es una ectohormona con una alta densidad de androstenal, y el segundo elemento es carnosina.

— La carnosina es una hormona tóxica que afecta al sistema nervioso — dijo Eva — . Puede crear defectos de nacimiento si no naces con el inhibidor genético, el cual tiene que provenir de los dos padres. Los geólogos tendrán un día de campo con esto. ¿Quién habría sabido que se filtraba bajo el océano? Nunca hemos encontrado nada como carnosina en la corteza de la Tierra antes.

— No tan rápido, Eva. No puedes hablar nada de esto hasta que podamos detener lo que está pasando. Si el mundo descubre que los océanos se están llenando de una hormona tóxica tendremos un pánico global, y nosotros no nos comportamos tan bien delante de otros cuando eso pasa.

— ¡Pero no puedes ignorarlo, Jack! La gente está muriendo. Lo harán muchos más. Al ritmo a la que esas chimeneas se están formando, emitirán toxinas al aire ¿en...? — Eva se giró y miró a Shelley.

— En exactamente cuatro días y cuarenta y siete minutos — dijo Shelley.

Jack se puso los tirantes sobre su camiseta y recorrió sus manos por su pelo.

— Es la hora.

— ¿Para qué?

— Para mi plan.

— Oh bien. Tienes un plan.

Jack puso sus manos sobre los hombros de Eva.

— Necesitas tumbarte. Estás muy tensa.

Alejó los hombros de Jack.

— No estoy segura de que eso importe, pero ¿qué es exactamente el androstenal?

— Eso explica muchas cosas — Jack agarró una toalla— . La mayor sinestesia entre las mujeres, las extremas respuestas físicas hacia los que aman y el aumento de deseo de aquéllos — miró hacia Eva— que necesitan liberación sexual.

— Estoy de acuerdo — dijo Shelley, poniendo una gráfica que mostraba las proporciones por unidad de ambos elementos en el agua— . Las cantidades son significativas y están aumentando.

— ¿Podría decirme alguno de vosotros qué es el androstenal?

— El androstenal — dijo Jack— no es sólo una ectohormona, Eva, es una feromona femenina.

Cuando terminó de comer el desayuno, Cash dirigió el curso de la nave durante el día con Sam, entonces volvió bajo cubierta, uniéndose a Jack, Vlad y Eva en la sala de comunicación. Cash se alegró de que hubiera comido un buen desayuno para afrontar lo que estaba llegando porque sabía que la información que Jack planeaba compartir con el equipo no iba a ser fácil de oír.

En la sala de comunicaciones, Jack estaba viendo una emisión del CNN sobre el géiser negro en la costa de Gales cuya chimenea era ahora visible sobre la superficie del agua. Era el primer géiser que había aparecido y estaba muy cerca de un área poblada, había atraído la mayoría de la atención de los medios, la comunidad científica y el público.

El géiser tenía casi cincuenta metros de diámetro, y desprendía un chorro negro de 15 metros al ire, su chimenea de roca ya estaba sobre el nivel del mar. Por encima, la chimenea parecía un cuenco de barro girando en una rueda de alfarero, con una torre de agua surgiendo desde su centro.

Aunque la Armada Real y los guardacostas habían establecido una zona restringida al vuelo y a la navegación de cinco kilómetros alrededor del géiser galés, el tráfico marino en el canal Bristol nunca había sido tanto y muchos helicópteros rondaban ahora por el cielo, parecía una fuerza de invasión de zumbantes y masivos insectos que estaba flotando sobre Gales y el suroeste de Inglaterra.

Cash se unió a Jack.

— Casi todo lo que los medios informan es que los hospitales psiquiátricos están llenos — le dijo—. A la mayoría de las mujeres las están enviando a casa con recetas para sedantes. Los números en otras partes del mundo donde los géiseres han erupcionado y las chimeneas se están formando se están estabilizando. Creo que la chimenea de Gales es peor debido a la proximidad del géiser a una masa de población.

— Y luego viene esa reacción — dijo Jack, observando mientras la cámara de las noticias hacía zoom sobre un crucero de los guardacostas fuera de la costa de Weston— super— Mare, sacando un yate fuera de la zona restringida, con sus pasajeras desnudas bailando con la música a todo volumen, divirtiéndose completamente con la compañía que tenían.

Cash se acercó a la pantalla, sonriendo ampliamente.

— Me está gustando esa reacción al géiser mucho más que la que ha pasado en la costa de Nueva Zelanda.

— A ellas también — sonrió Jack.

— ¿Alguna idea de qué diferencia hay en la forma en la que una mujer responde a las feromonas que los géiseres están emitiendo? — preguntó Vlad.

— Si puedo — respondió Shelley, mirando a Eva para pedir permiso. A pesar de ser una creación de ella y Vlad, Jack se percató de que Shelley difería a Eva más que a Vlad.

— Por supuesto — dijo Eva, cuyo deseo sexual había disminuido más al sur del Atlántico de donde el *Ice Maiden* navegaba, un hecho que tenía que admitir que la molestaba un poco, incluso aunque supiera que estaba reaccionando a las feromonas tanto como reaccionaba a Vlad.

— Los científicos clasifican las feromonas en una gran cantidad de categorías — dijo Shelley—, las más comunes son obviamente las feromonas sexuales, luego las feromonas receptoras, de rastro y de señal, y cada una provoca una respuesta por medio de un cambio de comportamiento o un cambio de humor en uno o ambos miembros de la

especie afectada. La feromona que detecté en los conductos hidrotermales es una ectohormona, una combinación de dos o tres categorías que es la razón por la que desencadena cambios en el humor y en el comportamiento de las mujeres, particularmente las mujeres fértiles, y los cambios parecen estar conectados a conflictos hormonales internos que las mujeres ya están experimentando.

— Lo que explicaría por qué algunas mujeres responden con orgasmos y otras con violencia — dijo Vlad.

— De acuerdo con mi análisis de los datos del paciente, Vlad — añadió Shelley— , actualmente el otro punto que explica por qué algunas mujeres responden con violencia y otras con lujuria está ligada a su sinestesia. La mayoría de los primeros grupos de mujeres, las sinestésicas, tendieron a responder con violencia, pero creo que tenía más que ver con la intensidad de su elevada sinestesia relacionada con su estabilidad emocional y cómo ambas excedían su deseo sexual.

Jack pensó en la respuesta de Gwen— cómo son sus frustraciones sobre los repentinos cambios en su vida profesional y personal después de la suspensión de Torchwood, cómo esta inestabilidad emocional combinada con las feromonas había dado lugar en ella una violenta respuesta. Aun así, Jack pensó, había un aspecto en la locura de Gwen que continuaba preocupándole. Por qué había grabado el glifo en su brazo cuando la investigación de Jack y Shelley no había revelado que nadie más hubiera visto o grabado la misma marca, a parte del propio Jack, que ésta.

¿Por qué respuesta de Gwen era tan distinta?

Vlad y Eva comenzaron a comprobar los datos de la noche de los conductos hidrotermales, monitorizando los siete que habían erupcionado, dos de los cuales tenían un diametro menor y ya se habían asentado como el de Nueva Zelanda. Shelley se fue al ordenador de Vlad, proyectando datos en el aire que estaba entre ellos cuando Eva preguntó. Si no fuera por un ligero brillo alrededor de los pliegues del vestido de Shelley que se hizo más que obvio cuando se acercó a ella, podría haber cogido fácilmente a otro miembro del equipo.

Jack observó al avatar interactuar con Vlad y Eva, impresionado por lo bien que el programa original de Vlad se había fusionado con el software de Torchwood, con sólo unos errores menores.

— ¿Qué malos son los números? — le preguntó a Vlad.

— Malos — dijo Vlad— . El PH está casi fuera de su escala. Los bancos de peces están comenzando a aparecer en las playas de todo el litoral este y la costa oeste de África.

— Lo que está pasando no tiene ninguna razón científica — dijo Eva, mordiéndose las patillas de sus gafas distraídamente. Se levantó y caminó hacia la pantalla en la que Jack había cambiado para ver a las noticias introducir el mapa. Una vez más, Eva se levantó y miró hacia las luces pulsantes.

— ¿Qué ves? — preguntó Jack a su lado.

— Antes de que estuvieras a bordo, creía que podía detectar un patrón en los conductos — dijo Eva, observando las luces— . Pero no fui capaz.

— Shelley — dijo Jack— , ¿puedes descargar el archivo que te di del teléfono de Gwen?

Shelley apareció al lado de Eva y abrió el archivo del móvil de Gwen entre ellos.

— Es la imagen del brazo de Gwen — dijo Eva.

— ¿De dónde es el archivo? — preguntó Vlad.

— Gwen lo descargó en móvil de un ordenador la noche antes de que intentara matar a su marido. Al principio pensaba que el mensaje era para mí, pero dado todo lo que les está pasando a las sinestésicas, estoy empezando a pensar que lleva yendo tras

Gwen todo el tiempo. — Jack se detuvo a respirar, entonces le pidió a Shelley que sobreponiera la imagen del glifo en el mapa y sacara los detalles del subsuelo.

Shelley lo hizo, dejando sólo las luces parpadeantes y la silueta de los continentes.

Jack se aclaró la garganta, y miró a cada uno directamente, consciente de que lo que estaba a punto de decir iba a cambiar todo, a hacer ésto menos una misión científica y más una suicida.

— Cada una de estas luces parpadeantes es una chimenea hidrotermal que ya se está formando sobre la superficie del océano, y podemos suponer que cuando se sobrepasen, forzaran toda esa presión, todo ese calor, todos esos químicos combustibles a volver al centro del planeta.

— Lo que — añadió Cash— esencialmente convertirá a la Tierra en una maldita bomba de hidrógeno gigante.

— Mierda — dijo Vlad— . Juego terminado.

54

Eva estaba sin habla. Se desplomó en su escritorio. Sus emociones ya estaban hechas un desastre que le estaba haciendo pasar un mal rato para separar y categorizar exactamente lo que estaba sintiendo. Desde el momento de ayer cuando descubrieron lo rápido que las chimeneas estaban evolucionando, Eva se había sentido como si se estuviera metiendo en una simulación de entrenamiento disparatada y como si en cualquier momento alguien le devolviera a la nave y le dijera que lo habían hecho bien en esta misión y que ahora podrían volver a casa.

Y si lo que Jack, Cash y Shelley estaban sugiriendo era cierto, en un par de días no tendría casa a la que volver. Ni nadie.

— Shelley — dijo Jack— , veamos este modelo de la Tierra desde arriba.

Shelley puso la animación y alejó la imagen, para hacer que el glifo coincidiera con todas las chimeneas hasta con la más alta, el géiser de Gales.

— No me jodas — dijo Vlad.

— Este programa todavía no está operativo — dijo Shelley.

— Cuando todas las chimeneas están así reunidas, forman el diseño de Gwen — dijo Cash—. Y el mapa explota.

— Si es eso lo que está ocurriendo — dijo Shelley—, entonces debemos suponer que estos conductos hidrotermales están conectados bajo tierra. Así.

Shelley reconfiguró la imagen, poniendo al descubierto las papas superiores de la Tierra, partiéndola en dos, y mostrando cómo era el enlace de los conductos hidrotermales bajo la corteza terrestre: tres túneles de fuego superpuestos y latentes atravesando el mundo.

— ¿Qué significa todo esto? — preguntó Eva con una voz aguda y aterrada mientras su rostro se empalidecía al tiempo que miraba el modelo del núcleo de la Tierra de Shelley.

— Creo que significa — dijo Jack— que la Tierra se está autodestruyendo.

— Eso es ridículo — dijo Eva. Miró a Jack a Vlad, a Cash, a Shelley y otra vez a Jack.

— ¿Tan difícil es de imaginar, muchacha? — preguntó Cash—. Piénsalo. Hemos machacado este planeta. Está superpoblado, contaminado hasta reventar y la temperatura de los océanos se está elevando cada vez más rápido. Puede que la pobre haya decidido que ya ha tenido suficiente.

— Mira — dijo Eva, levantándose y atravesando el pequeño espacio, el miedo taladrándole el pecho—, puedo creer que la Tierra sea una serie de complejos sistemas orgánicos. Puedo también creerme lo de la teoría de Gaia en el que el planeta está constantemente cambiando y evolucionando a escala masiva para quedar en equilibrio, para sustentar vida, pero la Tierra no es un ser consciente.

— ¿Pero y si lo es? — interrumpió Jack.

— Oh, por favor — dijo Eva—. La Tierra no piensa, no procesa todo lo que le pasa y lo guarda. Oh, ahora hay demasiada gente. Vale. Demasiado calentamiento global. Vale. — Eva estaba contando con los dedos mientras hablaba—. Los océanos están perdiendo salinidad. Vale. Hasta que un día el sol se alza con una densa neblina y la Tierra se dice, al diablo, ya no aguanto más, hora de implosionar y comenzar la vida en otra parte del universo.

— Di todo lo que quieras, Eva, pero creo que Jack tiene razón y que es básicamente lo que está pasando — dijo Cash.

— Y tenemos que detenerla — dijo Jack.

— Eva — interrumpió Vlad—, con todo ese vocerío ¿por qué sigues llamando a la Tierra “ella”?

— Porque todo el mundo lo haces... ya sabes— lo de Madre Tierra — farfulló Eva, recostándose en la silla con una fuerza que casi la parte.

— Eva — dijo Jack—. ¿Tienes alguna otra explicación para lo que está pasando?

— Si puedo interrumpir — dijo Shelley, que apareció detrás del escritorio de Eva—. Toda la cultura, desde los antiguos griegos hasta los egipcios, pasando por los nativos americanos, las tribus africanas, los chinos, los noruegos y los celtas tienen una historia de la creación, y en muchas de esas historias de la creación la humanidad nace de la Tierra de alguna forma. La Tierra es la madre de la humanidad. Uno sustenta la vida del otro. Incluso la judeo— cristiandad tiene el jardín del Edén, un paraíso en la Tierra y...

— ¡Shelley, para! Ya lo he pillado — gritó Eva. Cash le frunció el entrecejo. Vlad le puso la mano en su hombro para intentar tranquilizarla. Ella se apartó de él. Todo el mundo la estaba mirando, excepto Jack, que estaba usando la almohadilla para acerca la imagen del mapa de Sudamérica.

Ella lo miró por un instante, dándose cuenta de algo enorme.

— ¡Hijo de puta! Sabías que ésto estaba pasando — siseó Eva—. Lo sabías antes

de que te subieras a nuestra nave.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó Vlad, sintiendo que se había perdido algo importante.

Eva señaló a Jack, que se levantó y la miró a los ojos.

— Él fue el que nos envió a monitorizar esos puntos calientes en el océano. Sabía que la corteza de la Tierra se estaba fragmentando, que esas fisuras se estaban formando. Él es el que está financiando la misión del *Ice Maiden*. Él es el responsable de todo este increíble equipamiento. — Ella miró a Cash para que se lo confirmara—. ¿No?

— Sí — dijo Cash.

— ¿Cómo sabías que esto iba a pasar? — Le gritó Eva a Jack con un grito que sacó a Hollis del desastre del pasillo donde él se escondía, escuchando.

Eva se levantó, mezclando el miedo y su rabia en una peligrosa mezcla.

— ¡Dinos cómo sabías que esto iba a pasar! ¡Dínoslo! Porque si estamos navegando hasta el fin del mundo, nos merecemos saber todo.

Jack miró a Cash, que asintió. Jack se alejó de la pantalla plana. Cash le disparó.

55

Jack dio un grito ahogado y después otro, luego se levantó, con un gran agujero lleno de sangre en su frente, goteando lentamente.

— Hostia puta — dijo Vlad.

— Necesito un trago — dijo Hollis.

— Trae la botella — dijo Jack.

— Pensaba que tu cabeza iba a armar menos estropicio que tu pecho — dijo Cash, ayudando a Jack a ponerse sobre sus pies y devolviéndole su Webley.

— Lo comprendo. Mi cabeza ha tenido más agujeros de lo que me imaginaba. Me deja hecho pedazos instantáneamente y el dolor durante la recuperación es más tolerable. Un agujero en el pecho duele la leche antes de matarme.

Hollis puso la botella de tequila y unos vasos sobre la mesa de Vlad, llenando cada uno un poco, rellenando su vaso dos veces, asegurándose de que Eva, cuya cara estaba paralizada del horror, bebiera la suya antes de que él cogiera una silla de la suciedad y la arrastrara hasta la sala de comunicaciones.

— Sabía que tenías mejores habilidades de recuperación que la mayoría — dijo, sonriendo y pasándole un vaso a Jack—, pero esto es realmente ridículo.

A pesar del dolor de cabeza, Jack se rió, bebiéndose el tequila.

Entonces todo el mundo comenzó a hablar a la vez, con la locura, la ridiculez y la amenaza sobre lo que ellos habían presenciado llenando la sala. Finalmente, Jack silbó y puso un poco de aparente orden a su curiosidad.

— ¿Así que eres inmortal, cariño? — preguntó Hollis.

— En realidad no. Puedo morir, y, créeme, duele morir, pero me curo, así que técnicamente soy capaz de resucitar, lo que, supongo que, si extiendes la definición un poco, eso me hace inmortal.

— ¿Pero cómo es eso posible? — dijo Eva—. ¿Es debido a lo ocurrido con el Milagro? ¿No te curaste después de que ocurriera?

— No, Eva, no he podido quedarme muerto desde hace mucho, mucho tiempo. Mi estructura celular fue alterada, oh, hace un par de miles de años en mi línea temporal.

— ¿Y Cash lo sabía?

— El abuelo de Cash era un colega de Torchwood en Escocia.

Cash asintió.

— El muy cabrón estaba lleno de secretos, pero me contó algunos de los más importantes.

— Así que supongo que — dijo Hollis— , con esa clase de poder, has visto algunas cosas que nosotros no. ¿Tengo razón?

— Oh, tienes razón. — Jack se apartó el pelo de los ojos, frotándose la herida cerrada al hacerlo— . Y gracias a mi longevidad y a mis experiencias creo que puedo explicar qué está causando estos cambios en la Tierra.

Eva tomó otro trago de tequila.

— Hace mucho tiempo — dijo Jack— , una querida amiga y una valiente mujer me contó una historia sobre las fuerzas de energía llamadas las Inteligencias Hélice. — Jack se metió las manos en los bolsillos— . Sarah Jane dijo que eso fue posible cuando nuestro sistema solar se estaba formando y una de las hélices quedó atrapada en el centro de la Tierra.

Eva le pasó su vaso a Hollis, quien lo rellenó. Otra vez.

— Mi primer indicio — continuó Jack— de lo que podía estar ocurriendo bajo el mar y a mí, y a todas esas mujeres, incluyendo Gwen, era un palpito, una respuesta al fragmento de un recuerdo, y la urgencia de una pequeña voz en mi cabeza recordándome la historia de Sarah Jane.

— ¡Genial! — cortó Eva, recuperándose del shock de lo que había presenciado, con ayuda del tequila— . Tenemos que confiar en ti debido a una voz en tu cabeza.

Jack se encogió de hombros.

— Escucha. Sé que es difícil para ti comprenderlo...

— ¿Tú crees? — dijo Eva.

— Pero creo que dada la rapidez con la que estas chimeneas se están formando no tenemos mucho tiempo para actuar.

Eva exhaló un gran suspiro exasperado. Se sentó en la mesa, a punto de llorar. Vlad le puso la mano sobre el brazo. Esta vez ella le dejó.

Hollis le pasó otra bebida.

— Te vendrá bien, cariño.

Ella bebió dos.

Jack se negó a otra, pero Cash se unió a Eva y bebió dos.

— No puedo dejar beber sola a una mujer.

— Sé lo de las Inteligencias Hélice — dijo Vlad— . Hubo una cátedra de físicos en los años 60— algunos decían que eran un culto y que pasaban demasiado tiempo experimentando con LSD. Aun así, postularon una teoría de que una poderosa y consciente fuerza astral fue atrapada en el Big Bang y parte de la fuerza astral se liberó y más tarde quedó en el centro del planeta. La fuerza de energía le da a la Tierra su naturaleza orgánica y es a partir de esta fuerza consciente por lo que la vida evolucionó y está protegida.

Eva miró a Vlad.

— ¿De verdad te tragas eso? Suena como otro mito de la creación, sólo que con alienígenas y esas cosas.

— ¿Y esa es la cosa más rara que has oído hoy?

— Las Inteligencias Hélice no son alienígenas — dijo Jack— , sino fuerzas astrales conscientes. Los griegos los llamaban Titanes, los dioses de los dioses.

— ¿Cómo lo sabes?

— La amiga de la que te estaba hablando presenció la división de la Hélice.

Eva miró a Jack, entonces a Cash y finalmente a Vlad.

— No os estaréis creyendo esto, ¿verdad?

— Eva — dijo Vlad— , Shelley tiene datos que prueban que las funciones de la Tierra, que deberían de tardar dos millones de años en desarrollarse, están ocurriendo de repente esta noche. Miles de mujeres en el mundo se están volviendo locas por culpa de una ectohormona, una sofisticada feromona que se está liberando lentamente a la atmósfera. La explicación de Jack es la mejor que he oído, y — levantó su mano para detener a Eva quien estaba a punto de interrumpirlo—. Y en 2009 un virus infectó la red. Era un fragmento de una Inteligencia Hélice. Fui uno de los técnicos que tuvieron que estudiarlo.

Eva inclinó la cabeza hacia la mesa. Hollis puso su silla al lado de la suya, y suavemente le acarició la espalda.

— Hollis, ¿y tú? — dijo Jack—. ¿Te crees mi teoría?

— Jack, me creo todo lo que digas, cariño. Soy de N'Orleans. Yo también he visto un montón de mierdas raras hoy.

A cinco kilómetros de la costa de Gales, el HMS *Churchill* alcanzó su profundidad de crucero a 100 metros bajo la superficie del Atlántico.

— Torpedos preparados.

— Listos, señor.

— Posición confirmada.

— Confirmada, señor.

— Liberad los torpedos.

— ¡Fuego!

Dentro de la bien iluminada sala del sonar, tres oficiales de la Marina Real y dos comandantes de visita de la Marina de los EE.UU observaban las pantallas mientras los torpedos atravesaban el agua hasta el cono de la chimenea hidrotermal. Ambos torpedos golpearon la estructura al mismo tiempo, detonando contra la superficie de la roca y enviando una fuerte onda de sonido de vuelta al submarino. Las ondas rodearon en espiral a la nave, provocando cortocircuitos a cada elemento eléctrico del interior, y girando el submarino 360 grados en el agua.

Los generadores de emergencia se encendieron inmediatamente. Sólo un puñado de hombres y mujeres estaban heridos. Cuando el equipo de locomoción ajustó los lastres y el submarino se estabilizó en el agua, los oficiales, sacudidos pero de pie, echaron un buen ojo al daño que los misiles le habían infringido al conducto hidrotermal.

— Deja que el General Laine de HQ sepa que la chimenea no ha recibido daños de nuestro ataque — dijo el comandante británico—. Esperamos nuevas órdenes.

FALTA HASTA LA 253